

SABAQUILLO

DE PITÓN

PITÓN

PRÓLOGO

DE MARIANO DE CÁVIA

DIBUJOS
DE

ANGEL FONS

FOTOGRAFADOS

DE LAPORTA



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2.



DE PITON A PITON



SOBAQUILLO



DE PITÓN A PITÓN

CON UN PRÓLOGO DE

Mariano de Cavia.



Ilustraciones de Angel Pons.

MADRID

Librería de Fernando F^é.

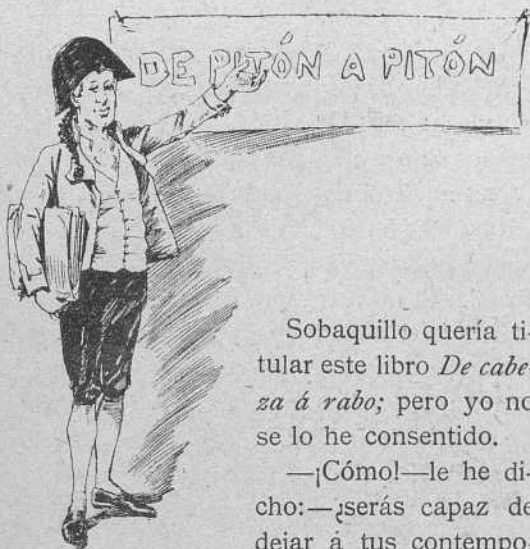
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

1891



ES PROPIEDAD

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



Sobaquillo quería titular este libro *De cabeza á rabo*; pero yo no se lo he consentido.

—¡Cómo!—le he dicho:—¿serás capaz de dejar á tus contemporáneos, y acaso á la

posteridad, esa muestra perenne de tu vanidad y presunción? ¡*De cabeza á rabo!*... Eso significaría que tú mismo declaras magistrales y completos los pases de muleta que das. Eso equivaldría á coronarte por tu propia mano, como cuentan que hizo Napoleón I al ser consagrado emperador. Baja, muchacho, baja esos humos, y conténtate con clasificar tus pases entre la turbamulta

de los que ahora se estilan, medianos, incompletos y de pura zaragata... Sé modesto, y titula tu libro DE PITÓN Á PITÓN. Hartos excesos te permito, para que vaya también á consentirte el de echarla de maestro.

Rara vez hablo con esa saludable severidad á *Sobaquillo*. ¡Tengo tanta debilidad por él... Si no fuera por tamaña flaqueza, ¿le dejaría escribir revistas de toros, faena en que se gana muy poco para con Dios, para con el público y para con la literatura? ¿Le dejaría decir infinidad de cosas que no me atrevería yo á escribir por mi cuenta? *En jamás de los jamases*, como dice la gente del bronce.

No obstante, tengo la seguridad de que nunca incurrirá *Sobaquillo* en el feo vicio de "torear por lo didáctico,, ni de tomar en serio "el sacerdocio de la crítica taurina,, ni de imaginarse que las mejores lecciones son las que se dan desde la barrera; y esa seguridad bastaría por sí sola para excusar mi tolerancia, si no la reforzara, por añadidura, la convicción de que *Sobaquillo* habla con perfecta sinceridad cuando dice en uno

de los artículos que más adelante hallará el curioso lector:

—Soy, á lo sumo, un modesto guisandero, que da más importancia á la salsa que á los caracoles.

Los caracoles vienen á ser las *doctrinas*... ¡Aquellas *doctrinas*, en cuyo nombre cualquier regular aficionado, harto más conocedor de las tres partes en que se divide la lidia, que de las cuatro en que se divide la gramática, enmienda la plana al propio *Lagartijo*... desde las columnas de un periódico más ó menos profesional!

“El toro *quería* más castigo...”, “El toro *pedía* que lo sujetaran en las tablas...”,

Estas frases, santas y buenas en la Plaza de Toros (es decir, precisamente santas no son), me causan, cuando las veo en letras de molde, el mismo efecto que aquel aforismo, nunca bastante bien ponderado, de un célebre Libro de Cocina:

“El conejo *pide* ser comido fresco; la liebre *prefiere* aguardar..” (1).

(1) «Le lapin DEMANDE á être mangé frais; le lièvre PRÉFÈRE attendre.»

De puro sério, viene eso á resultar prodigiosamente cómico, y como eso es en puridad lo que constituye dichos caracoles, fuerza es inventar una salsa variada, apetitosa y atractiva que haga soportar á los paladares y estómagos cosa tan desabrida é indigesta.

Yo no diré que *Sobaquillo* haya acertado del todo, ni siquiera á medias, en la elaboración de la salsa; pero tampoco me creo en el caso de censurarle, desde el momento en que pongo el V.º B.º á su libro, y desde el punto en que todavía hago más, puesto que le cedo seis ó siete artículos que se publicaron con mi firma, para que los agregue ahora á esta serie (*suite d'orchestre*, como dicen los músicos) de fantasías más ó menos caprichosas, sobre motivos más ó menos cornamentales.

Muchos de los aficionados que caten la salsa —y perdóneseme este *leitmotiv* de la pringue—hallarán en ella sobra y exceso de ingredientes, exóticos unos, ajenos otros á la fiesta española por excelencia.

¡Ay! Ya el gran Quevedo se quejaba de

la adulteración de nuestros castizos condimentos, cuando echaba de menos los días en que aún no había venido á España

*...al gusto lisonjera,
la pimienta arrugada, ni del clavo
la adulación fragante forastera.
Carnero y vaca fué principio y cabo,
y con rojos pimientos y ajos duros,
tan bien comió el señor como el esclavo.*

Todavía hay quien se contenta en la llamada literatura taurina con tan simples aderezos. El que no guste sino de ajos duros y pimientos rojos, que no lea este libro. Aquí hay pimienta de Cayena, y mostaza inglesa, y *Worcester-sauce*, y otros aliños, (¡ojalá no sepan al lector á rejalgar!), que ya no son forasteros ni nacionales, sino sencillamente cosmopolitas.

El cosmopolitismo lo invade todo, y hasta en materias toreras se echa de ver su influjo. Sin pedir que se absuelva á *Sobaquillo*, juzgo, no obstante, que debe culparse en primer lugar á los tiempos que corren y á los gustos que privan.

Para redimir las culpas del autor, está

Angel Pons con su capote magistral. ¡Qué modo de ayudar al novillero en su faena! Podrá provocar silbidos y naranjazos el trasteo de *Sobaquillo*; pero el admirable trabajo con que le auxilia el diestro del lápiz, basta para asegurar gran estruendo de palmas, con copiosa lluvia de sombreros y tabacos en el redondel... editorial.

Me complazco en ceder á Pons la frase con que un celebradísimo escritor favoreció á *Sobaquillo*:

— ¡Usted acabará por meter los toros en la Academia!

MARIANO DE CÁVIA.





MACCHERONI ALLA ROMANA

Gastronomia y Tauromaquia.—León XIII y las corridas de toros.—El Vaticano ante la Sociedad Protectora de Animales.—Salud y Bendición Apostólica. Interview con el Nuncio.—Roma acude al trapo.—Lagartijo y Frascuelo, herejes.

NUMEROSOS han sido, según parece, los ruegos dirigidos á Mariano de Cavia, mi inseparable amigo, compañero, y aun creo que pariente, para que se ocupara en esta sec-

ción (*) de la petición hecha al Papa desde París por la Sociedad Protectora de Animales; manifestados unos—no los animales, sino los ruegos—por medio de cariñosas cartas, y expresados otros desde las columnas mismas de la prensa, como, por ejemplo, el del brillante colaborador de *El Resumen* que firma *Severo Franco*, en quien creo descubrir estrecho parentesco con *Un clérigo de esta corte*.

Dada la índole del manjar que apetecían los gastrónomos, el autor de los *Platos del día* me ha cedido por esta vez los trastos de guisar, después de haberme dado el espaldarazo caballeresco con una sartén, y de haberme ceñido el blanco mandil, la nivea chaquetilla y el albo gorro.

Pero, ¿podía yo, que tantas veces me he complacido en señalar los estrechos vínculos y grandes semejanzas que existen entre la Iglesia y la tauromaquia, tratar nuevamente este asunto, sin incurrir en repeticiones enojosas?

¡Duro, y á la cabeza!

Lo que había que conocer en este asunto era la opinión de León XIII con respecto á

(*) *Plato del día* de *El Liberal* (13 de Agosto de 1887).

la petición de los brutófilos ó filóbrutos de París...—Por eso, ya que era imposible irme derecho á la cabeza visible de la Iglesia, resolví “arrancarme,” hacia el Nuncio de Su Santidad y preguntarle, manejando la *interview* corto y ceñido, cuál es la actitud del Vaticano ante las aficiones taurinas de los fieles en nuestra católica España.

El Nuncio, receloso.

Monseñor Di Vaccio es propiamente el espejo de la cortesía y el dechado de la gentileza; pero al recibir mi tarjeta, acompañada de leves indicaciones sobre mis pretensiones de *reporter*, no pudo menos de recelarse algún tanto... Así es que al ser recibido por el reverendo Prelado, lo primero que oí fué una negativa en un delicioso churrado hispano-italiano.

—Non può essere, signor *Sobaquiglio*; io non posso parlar... Io non son'il Beatissimo Padre. ¿Come conoscere le risoluzioni pontificali?

Insistí con heróica terquedad, y el diplomático romano accedió por fin á pedir permiso á Roma para contestar á la *interview*, siguiendo el ejemplo—que le cité—de Monseñor Galimberti, Nuncio en Viena.

La venia apostólica.

Con efecto, ayer recibió monseñor Di Vacio el telegrama siguiente:



*“Roma, 12.—Su Santidad accede *inter-*
view, advirtiéndome ténganse en cuenta ins-
trucciones previas sobre materias tauromá-
quicas. Criterio Vaticano no variará ante
petición Sociedad Protectora de Animales.*

Cardenal Rampolla, secretario de Estado.,,

Postrado de rodillas, con una corrección que para sí quisiera el Gallo cuando da un quiebro á puerta de *gayola*, escuché la lectura del telegrama anterior, á la cual siguieron inmediatamente las preguntas y respuestas de la *interview*.

Pepe Hillo y Montes en el Vaticano.

P.—¿Es decir, monseñor, que antes de venir á Madrid recibísteis instrucciones previas sobre materias toreras?

R.—Sicuro, signor *Sobaquiglio*. É naturale che prima di venire in Spagna, tutti i Nunzi faziamo il studio di vostre costumbri. Per ciò, nel Vaticano c'è un libro di texto la *Tauromaquia* di Francesco Monti, é cosi l' *Arte di torearé á pede ed á cavallo*, de Pepe Higlio.

P.—Así, hablando con perdón, torear ustedes tan magistralmente á nuestros Gobiernos.

R.—Si fà qualche cosa... I Pontifici moderni fanno tutto il contrario de Sixto V. Quell' uomo immortale, cuando fú fatto Papa... voy sapete?

P.—Sí; tiró la muleta. Ustedes, en vez de tirarla, no dejan de manejarla ni un momen-

to. Lo que ahora necesitamos saber, monseñor, es si Su Santidad intentará dar un volapié á las aficiones del pueblo español, accediendo á la demanda de la Sociedad Protectora de Animales para que interponga



su paternal mediación, á fin de que se supriman las corridas de toros en los países católicos.

El Nuncio se crece.

R.—Questa petizione é molto satisfattoria per il Vaticano. Tutte le nazioni domanda-

no l'intercesione pontificale. Bismarck coll' affare delle Caroline e dei tabacchi; il re di Belgica colla sua legge militare; Sagasta ed Alonso Martinecci col suo matrimmonio civile di camama; finche il Gran Turco ed il imperatore della China... Tutti, tutti andano adesso al Vaticano.

P.—Por algo dice el proverbio que á Roma se va por todo. Los brutófilos de París no han querido ser menos, y es opinión general entre los enemigos de las corridas de toros que el Sumo Pontifice atenderá la petición de dicha Sociedad, porque la Iglesia—dicen ellos—es enemiga de tales diversiones.

R.—La Chiesa non é inimica delle corse di tori.

P.—¡Oh, monseñor! ¡Qué declaración tan grata!

R.—Sí; stampatelo nel vostro giornale... La Chiesa non discende al redondelo; ma vede i tori desde la barriera.

Una Bula echada al corral.

P.—Es decir, que la famosa Bula de Pío V...

R.—Fú annullata per altra Bulla di Gregorio XIII.

P.—Con efecto, no todos los que recuerdan la primera con aquella serie de terribles anatemas contra los que torearán ó permitieren y vieran torear, saben que Felipe II suplicó al sucesor de Pío V que proveyese de nuevo “con benignidad apostólica,, y que el nuevo Pontífice levantó las censuras de su sucesor, “movido del provecho que del tal correr de toros solía venir á los reinos de España.,, ¡Gloria á aquel santo Padre, cuyas huellas sigue el ilustre León XIII! ¿Puedo decir, monseñor, en mi periódico que el actual Pontífice no condenará las corridas de toros?

R.—Sicuro, mio caro. La Società Protetora degli Animali uscirá del Vaticano colla coda fra le gambe... rispettivamente ai tori.

Cambio de reses.

P.—Si la Sociedad se interesase por otros animales, ¿alcanzaría mejor éxito?

R.—Sì, signore. Altri animali spagnuoli sonno più simpatici al Vaticano che i berrendi di Siviglia ed i retinti di Colmenare Vecchio.

P.—¿Cuáles son, monseñor?

R.—I mestici quando sonno perssecuti per

gli integri. Gli integri quando sonno persecuti per i mestici.

P.—En cuanto á los toros...

R.—Che los mate il Tati.

P.—Permitaseme, aunque humilde, felicitar á la Iglesia por tan loable actitud. Si Su Santidad condenase los toros, hasta el padre Gago se hacía judío, musulmán ó protestante.

Cuestión de peluquería.

R.—Oh, c'è un pericolo immaginario! I sacerdoti spagnuoli sonno i veri fratelli dei toreri. Tutto presbitero é un poco banderigliero... Tutto picadore é un poco canonigo. La differenza consiste unicamente in una piccola parte della testa.

P.—Creo adivinar...

R.—C'è una questione capillografica. Dove i toreri hanno la coleta, noi abbiamo la tonsura.

El sentido católico en el toreo.

P.—Por eso, monseñor, es tan perfecto el acuerdo que hoy reina entre la Iglesia y las aficiones taurinas. ¿Seguirá siempre así? ¿Se modificará este *statu quo*?

R.—Il Vaticano non condanna adesso le corse di tori, ma aspira à infondere il senso cattolico nelle manifestazione tauromachiche. E necesario finire colla impietà...

P.—Pero, ¿hay detalles impíos en las corridas?

R.—Sicuro. Io trovo abominabile e sacrilega tutta stocata nella croce.

P.—¡Toda estocada en la cruz!

R.—Si; ed anche tutta stocata mogliandosi i ditti.

P.—¿Qué hay de malo en mojarse los dedos?

R.—Che questo é un ricordo buffone dell'acqua benedetta per santiguarsi.

P.—Creo excesivas, monseñor, tales suspicacias.

R.—Non siate guasone... Voi sapete bene che la veronica é un'altra impietà.

P.—¡Monseñor!

R.—Finalmente, é un veró scandalo che essista un torero appellato—¡o che vergogna!—il Ostione.

P.—Pero, monseñor, si se suprimen las verónicas y las estocadas que el Vaticano cree sacrílegas, el toreo clásico perecerá y habrá que declarar heterodoxos á *Lagartijo* y *Frascuelo*.

R.—Non, mio figlio. Dio illuminerá ai toreri per che facciano nuove invenzione.

Dove meno si pensa salta la lepra, ed anche il coniglio... Al fine ed al cabo, la Piazza dei Tori stá edificata sotto l'immediata protezione della Divinitá.

P. - No acierto...

R. - Ricordate che la Piazza si trova presso le Vente dello Spirito Santo.

P. - ¿Y no habría medio de que transigiese el poder eclesiástico con las verónicas y las estocadas en la cruz?

Modus vivendi.

R. - Nessuno, mio caro, nessuno. Noi siamo intransigenti. Ciò non ostante, l'impresario della Piazza potrebbe fare qualche cosa per la Chiesa ed i suoi diritti...

P. - ¿Cómo, monseñor?

R. - Donando il tanto per cento delle corse per il Denaro di San Pietro. Voi sapete? A Dio preghando, e col mazzo dando! Gli amici son gli amici, e gli affari, gli affari.

P. - ¿Podría llegarse á este arreglo, de acuerdo con el clero español, ó sin contar con él?

R. - Signor *Sobaquiglio*, questo é troppo. Voi vi mettete in camicia di undice vare. Si volete sapere di più, andate á Salamanca.

Advertencia final.

Y con estas últimas palabras, recibí la bendición del venerable y amabilísimo Prelado.

Advierto, para que nadie dude de la autenticidad de esta *interview*, que fui á ella provisto de un fonógrafo, en cuya placa están textualmente reproducidas las palabras del dignísimo varón. Además, me acompañó un notario del Colegio de Madrid, que levantó acta y dió fe.

Esto es lo cierto, y renuncio
á dar más explicaciones...
Lector, si en duda lo pones,
¡puedes apelar al Nuncio!



LANCES DE HONOR

UN torero español (huyamos de los nombres propios) ha tenido en México una cuestión personal con un hijo del país.

La cuestión se ha llevado al terreno de los "cabayeros"; el lance se ha verificado á espada, y el indígena, como era de presumir, ha resultado herido levemente.

Estas son noticias puramente telegráficas, y por consecuencia, hasta que venga el correo de México los aficionados ignorare-

mos los pormenores de la lid: el trapío, pelo, libras y defensas del herido; el traje que vestía el torero; los pases que precedieron á la estocada; de qué género fué ésta, y en dónde; con todos los demás detalles importantes en tal clase de luchas.

Y no se ofenda el mexicano por el papel que le atribuyo en el combate... Lo ha elegido él mismo, y le doy por ello mi parabién, así como doy mi pésame al torero.

Envío á éste mis *condolencias*—como dicen en la tierra del pulque y los frijoles—porque la leve herida de su adversario demuestra á las claras que el diestro se arrancó de lejos y cuarteó mucho al herir, ó que tuvo la desgracia de coger hueso.

En cambio mando mi pláceme al herido. Su conducta ha sido la de un héroe, ejemplo de abnegación. Bien puedo llamar con Juvenal

*...rara avis in terra
nigroque simillima cygno*

al hombre que se presta á recibir una estocada de manos de un matador de toros, con toda solemnidad y aparato.

Su conducta le coloca al nivel de los dioses. ¡Qué digo al nivel! A mayor altura todavía; porque si el excelso Júpiter se disfrazó de toro con el liviano fin de seducir á

Europa, nuestro mexicano habrá obedecido seguramente al noble móvil de honrar á América.

Adeñás, cuando vemos por ahí tantos infelices, á quienes la dura fatalidad—teoría de *La bella Elena*—condena á pitones forzados, es admirable la desinteresada conducta del que espontáneamente toma la alternativa de res.

Líbreme el Evangélico Toro—como diría y escribiría el discípulo de Antón Zotes—de entrar ahora en la embrollada y enojosa cuestión de si es ó no aceptable el duelo con los toreros; si rigen ó no en nuestra niveladora época leyes y usanzas del tiempo de los privilegios de casta y las calidades de condición; si el *gentleman* puede otorgar á un lidiador de reses bravas la reparación por las armas que el demócrata más igualitario negaría al cochero, al aguador y al limpiabotas, gente toda ella tan honesta y desde luego más útil á la República que el mismísimo Montes...—No se trata de nada de eso; trátase solamente de la jurisprudencia sentada en México por los que no se desdeñan de ir á medirse con un torero en el redondel del honor.

Aceptada la espada en el duelo con el matador de toros, ya se sabe cuáles serán las armas designadas en los lances con los

demás lidiadores. Con los banderilleros, á banderillas; con los picadores, á garrocha; con los cacheteros... á cachetes.

Y claro es que en esos desafíos cabrán todas aquellas reglas y condiciones que haga necesarias la mayor ó menor gravedad del caso.—En el lance con un

banderillero, los padrinos señalarán si ha de efectuarse con

banderillas ordinarias, de á cuarta, de lujo ó de fuego, y si el duelo ha de ser á

primer par, ó han de ponerse varios pares. Las clases de suerte,

salidas falsas, etc., quedarán

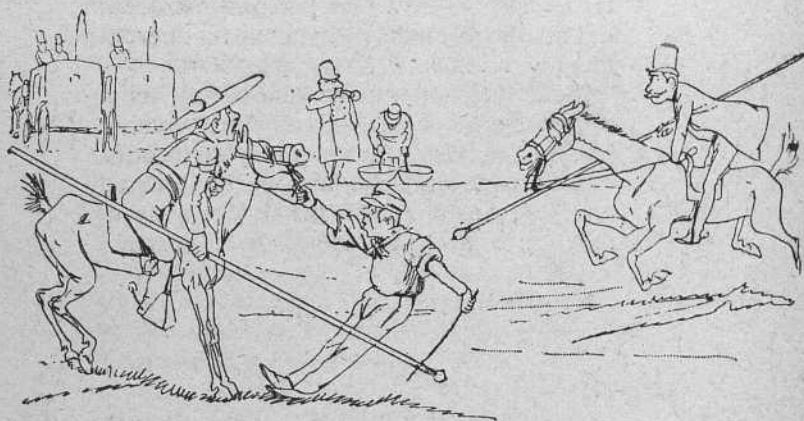
á voluntad de los combatientes.

En el desafío

con un picador, podrán ser designadas—amén de la longitud del palo—ora la puya de verano, ora la de invierno. Habrá lances á caballo y á pie firme. En los casos de poca importancia, se considerará satisfecho el honor á la primer costalada ó al primer marronazo... Los padrinos señalarán previamente el número y calidad de copas de aguardiente con que deberán pre-



pararse sus apadrinados. No hay para qué decir que en todos estos duelos las palmas de ordenanza serán sustituidas con toques de clarín y timbales... De estos últimos, alguno podrá ser de arroz ó de maca-



rrones, para el caso de que el lance acabe con el tradicional almuerzo.

¿Tendré necesidad de añadir que un desafío con el *Buñolero* no podrá efectuarse sino llave en mano?

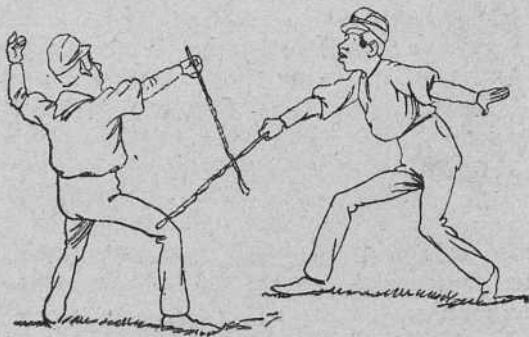
Eso es evidente, y más evidente todavía que sólo los que se batan con el *Medrano* estarán á la altura de nuestra época. ¡La chispa eléctrica!... Hé ahí el arma del hom-

bre verdaderamente civilizado y amante del progreso.

Todas estas son consecuencias del hecho de México. La luz no nos viene ya del Norte, como en tiempo de Voltaire, ni del Oriente, como en todos los tiempos, sino del extremo Occidente... Una luz al revés, propia del tiempo absurdo, dislocado é incoherente en que vivimos.

Meditemos, pues, ¡y nada de tomar á chanza estas cuestiones!—Cualquiera está expuesto á morir de un volapié, y, por ende, á que arrastre su coche mortuario un tiro de mulillas, y se ponga en las esquelas de defunción: *El duelo se despide en el corral.*

Diciembre de 1887.





CARTA

Á UN "ALGUACIL,"

EX CRONISTA TAURINO DE "EL GLOBO,"

Á tí me dirijo, ó me *enderezó*—como diría cualquier Buñolero de la Academia,—á ver si de este modo te resuelves á colaborar en estas columnas de *La Risa*; es decir, á alternar en el redondel de la gentileza y coso de la bizarría, donde ejerce sus funciones de presidente el autor de *En las astas del toro*.

No te pido, como recompensa á la suerte

que te dedico con la montera y los trastos en la mano, ni opulenta petaca, ni rica sortija, ni deslumbrante botonadura... Sólo te exijo que escribas, *manque* sea con pluma del *Gallo* ú otra ave cualquiera.

Y te pido también que, si eres hombre, contestes á esta *miaja* de pregunta:

“*La forma poética, ¿está llamada á desaparecer de los brindis tauromáquicos?*”

Ahí tienes un tema que en un Ateneo Taurino no daría menos juego que la análoga y semejante proposición puesta á la sazón en tela de juicio por los doctos individuos del Ateneo de Madrid.

Tú, tan apegado á las castizas y fundamentales tradiciones del toreo, encontrarás demasiado audaz la idea de un Ateneo Taurino; pero ¿no es más grave privar á la patria de tan notorio adelanto, cuando hasta los cocheros, *horsemen*, caballeros, *jockeys*, palafreneros, y chalanos tienen establecido su Ateneo Hípico en esta corte?

¡Oh, no! No han de quedar los toriles pospuestos á las caballerizas, ni los corrales á las cuadras.

Buena falta hace á la “afición,” un centro serio, pero muy serio, en donde discutir, con una elevación superior á la de un salamanquino corniveleto y con una amplitud mayor que la de la muleta del *Gordito*, har-

tos problemas que ahora sólo se debaten en *La Taurina*, *La Sanluqueña*, *La Estufa*, y *altri siti*, cuyo "medio ambiente," no es el más favorable para obtener luminosas conclusiones, por más que en tales parajes concluya por alumbrarse en demasía el mismo Bocanegra, exclamando á lo Baltasar de Alcázar:

¿No pusiste allí un candil?

¿Cómo me parecen dos?

A falta, *empero*, del Ateneo Taurino, cuya creación agradeceríamos tanto los espíritus cultos, nos queda el redondel literario, y emplazado en él vuelvo á preguntar, como el heraldo de *Lohengrin*:

—*La forma poética, ¿está llamada á desaparecer de los brindis tauromáquicos?*

Ya habrás oído decir que estamos atravesando un período de transición... Eso de atravesar es cosa muy fea, porque depende de arrancarse de lejos y echarse fuera al herir; pero, en fin, ahora no se trata de eso, sino de la transición á que hoy en día están sujetas todas las instituciones, desde las más venerandas á las más veneberrendas.

Mientras el hijo de Sara Bernhardt y el cómico M. Garnier matan novillos en la plaza de México, Mazzantini y *Badila* se arrancan por zarzuela en los teatros de la

misma capital. ¡Olé, los cambios en la cabeza! El toreo los sufre tan grandes, no sólo en la cabeza, sino en todas sus partes y pormenores, que no es fácil predecir si los brindis tauromáquicos—cuyo linaje viene del *Ave Cæsar* nada menos—acabarán en un *Ave Maria*, á guisa de sermón, ó volverán á pronunciarse en latín ciceroniano, ó, por el contrario, se dirán en caló genuino, como el del Evangelio de *Bajaró* Lucas que arregló Mr. Borrow para los gitanos de la provincia de Cádiz.

El brindis clásico ha sido hasta ahora “en copla,, cuando las Musas, *hiciendo* de peones de brega, acudían en auxilio del matador, y le inspiraban *morceaux* tan brillantes como éste del *Tato*, dicho pocos días después de la Revolución de Septiembre:

«Brindo por el presidente,
también brindo por Pierrad,
por Prim, Serrano y Topete,
y por la Soberanía Nacional.»

Cuando las musas, en vez de ayudar al diestro, tomaban el olivo, contentábase nuestro hombre con decir en prosa lisa y llana:

—Brindo por usía, por su acompañamiento y por los buenos aficionados.

Los toreros galantes y con principios solían añadir:

—...Y por las señoras del bello sexo de esta población.

Pero todo esto es ya muy vulgar para los matadores que ahora se usan.

Los que aún se conservan fieles á la “copla,” no pueden salir por pies de su propia invención sin que la gente se les ría en sus barbas ó en su coleta, á poco que “la forma poética,” no sea de primer orden.

Es lo que me decía uno de estos vates con taleguilla:

—Mus pide ya el público mejores coplas que á un cómico del teatro Español... Entavía vamos á tener que encargar los versos á Ruiz Zorrilla, el que ha sacao de su cabeza *Don Juan Tenorio*, ó al mesmo Castelar, si á mano viene.

De algún matador sé que ya ha puesto en práctica el sistema, y que ha recitado versos por este estilo, con *tremolos* y todo, á lo Rafael Calvo:

Tengo el honor, señor *de* presidente,
de brindar por usía,
y por toda la culta y noble gente
que está en su compañía.

Tengo sangre, y no hay nada que me *anemie*,
mi corazón es grande;
si acierto á quedar bien, Dios me lo premie;
si no, me lo demande.



Y el que se lo demandó no fué precisamente Dios, sino la autoridad, que lo envió á la cárcel por no querer arrimarse al toro.

Los que tienen la "forma poética," por cosa de atraso y retroceso, más propia de la infancia del arte que de la elevada misión del lidiador moderno, cifran todos sus empeños—amén de los del Monte de Piedad—en dar á sus brindis tonos semiparlamentarios y semiacadémicos.

¡Créeme! No acabará la temporada que está á punto de "sobrevénir," sin que oigas á alguno de esos toreros-oradores expresarse en estos términos:

—Cábeme, señor presidente, la alta honra de poner bajo los auspicios de su señoría y demás dignísimos individuos de la mesa presidencial, la suerte que voy á tener el honor de ejecutar dentro de breves momentos. No es mi ánimo pronunciar un discurso, porque yo entiendo (*pausa*) que hoy no es día de hablar, sino de sentir. Diré más. Tampoco es día de sentir, sino de obrar... ¡De obrar, señores! Y para obrar con todo desahogo, permitidme que cuente con vuestro bill de indemnidad. He dicho.

Llegará día en que los diestros intercalen en el texto de sus brindis sendos vasos de agua con azucarillo, y no me sorprenderá que á lo mejor publique Arcadio Roda una

nueva edición de las *Oraciones de Demóstenes*, arregladas y corregidas para uso de los matadores de toros. ¡País como éste!

Y no me taches de exagerado. ¿No has reparado, por ventura, en los toreros que, al brindar ó al recoger los aplausos de sus amigos saludan con repetidos y acentuados pases masónicos, ni más ni menos que si estuvieran en una logia? Supongo yo que darán esos pases con ánimo de indemnizarnos por los que dejan de dar en regla á los cornúpetos; pero, por más que la intención sea buena, ello es que el que ha contemplado esas añadiduras, ya no tiene derecho á asombrarse de nada.

Lo repito. El toreo, como todas las instituciones sociales, está atravesando un período de transición. Nadie sabe adónde vamos á parar... En esto de parar, lo único averiguado es que no hay un solo torero que pare los pies.

Y como los pies son tan esenciales y fundamentales en la "forma poética", de ahí que no sea fácil saber dónde aprieta el zapato á nuestros lidiadores.

Brindando en verso al natural, ó sea en copla espontánea, los diestros que estén de muleta mejor que de retórica corren el peligro de hacer reír á un auditorio que ya habla así á los picadores:

—¡A ver, señor Calderón! ¡Un poco más de sindéresis!

Brindando con todas las reglas del arte, se suscitarán entre los diestros competencias más terribles que las taurinas. La escuela rondeña desaparecerá ante la *parnasiana*; la sevillana, ante la *decadentista*; y la cordobesa, ante la *subjetiva-trascendental*.

Semejante perspectiva es horrible; pero quizá es más horrible todavía ¡ay de mí! la que nos ofrece el torero-orador, de cuyo tipo ya sabes que se están dando muchos quesos, digo, casos.

¿Qué es mejor? O para hablar con más propiedad: ¿qué es lo menos malo?

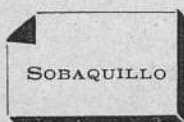
Esto es lo que deseo averiguar, y esto es lo que te pregunto, por no haber regresado aún de América el espada Hermosilla; porque en esta cuestión, Hermosilla es el único juez competente... Ya sabrás, aunque sólo sea de oídas, que es el autor del *Arte de hablar en prosa y verso*.

En tanto que se dilucida el tema y se le tantea con todos los pases que hagan falta, permíteme que te diga, como opinión mía particular, que la forma poética no debe desaparecer:

Ni de los brindis tauromáquicos;

Ni de las epístolas amorosas;

Ni de las envolturas para caramelos.
Te abraza en corto, rozándote el costillar
y saliendo por donde *Lagartijo*, tu amigo
verdadero,



Marzo de 1888.





RACIÓN DE LENGUA

I

DOMINGO de Pascual! ¡El día español por excelencia! Hoy se inaugura la temporada de toros... Hoy me daré un buen atracón de españolismo—aunque sea brutal—y olvidaré por un momento las invasiones extranjeras que sufren los demás espectáculos madrileños.

—¡Manuela!

—Señorito...

—¿Qué tiempo hace?

—Nublado. Bien *pué* ser que se agtien los toros.

—Hasta el tiempo se va extranjerizando. Tendremos un día á la moda de Londres. Ya no hay nada puro en España... Todo está aguado. Pero hoy estoy decidido á darme un hartazgo de españolismo, y si llueve en la plaza me vengaré de la Providencia con un chaparrón de interjecciones castizas, llenas de *jotas*, y de *erres*, y de *eñes*.

—Señorito, ya empiezan á caer algunas gotas.

—No importa, ¡re... tall! Estrenaré el sombrero cordobés de casa de Rafael Cruz, el Lagartijo de los sombrereros andaluces. Dámelo... ¡Y qué bonito es! Pero, ¡re... cuall! ¿A qué demonios conduce poner en el forro de un sombrero así el lema: *Not loud but proud*, y la marca *London: Best finish?*

¡Por vida del extranjerismo!

II

Ya estoy en la calle. Lo que es hoy no almuerzo en ningún *restaurant*. Quiero ir á un colmado, á un figón, á un merendero, á un sitio cualquiera en donde no haya más que platos nacionales.

Allá viene mi amigo Rodríguez. Consultaré con él.

—¡Adiós, simpático Rodríguez!

—*Bon jour, carissimo. Salutem plurimum, my dear!*

—¡Anda, anda! Francés, italiano, latín é inglés en una pieza... Y á todo eso, ni una palabra en castellano.

—¿Qué importa, si me *chanelas* de búten, *gachó*?

—¿Ahora te “arrancas,” por el caló? ¡Hombre, ni tanto ni tan calvo!... Pero dejémonos de divagaciones lingüísticas, y vamos á almorzar. ¿Has almorzado?

—*Pas encore.*

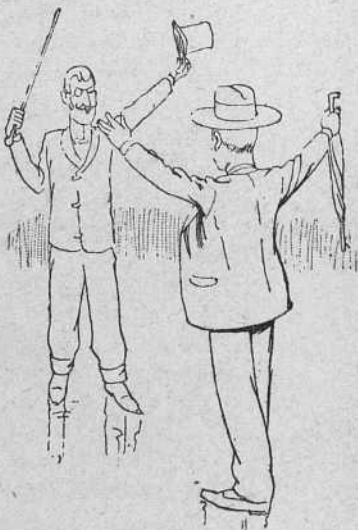
—¿Quieres almorzar conmigo?

—*Yes.*

—Pues vamos á *La Chiclanera*, en donde almorzaremos á la antigua española, y desde allí, ¡á los toros!

—*All right!*

—Estás incorregible.



III

- ¡Mozo, la lista!
—*Tré volontié, meziéz.*
—¿También tú, hijo de Chipiona?



Hasta en estos establecimientos cunde la epidemia; y luego, ¡vaya una concurrencia de casta y raza!

En la mesa inmediata, unos *jockeys* y cocheros de casa grande hablando en inglés más ó menos legítimo, bebiendo *pale ale* y produciéndonos la grata ilusión de que esta

no es una tienda de andaluces, sino un *bar* de Haymarket.

Más allá, unos coristas de la compañía de Tomba, *hiciendo* de españoles adoptivos, y diciendo tan formales:

—Quest'anno faremo` quá *Il Barberiglio di Lavapiese...*

—Ed anche *La gran Via...*

—Con quell' aria portentosa:

*Cavaliere de Grazia mi chiamanno,
ed, in efetto, son cosi...*

—E quell'altra, tanto patetica e sentimental:

*Po-ve-
ri-na
la fanciulla di servire...*

Estaba por irme á almorzar á otra parte; pero está aquí la lista. Nos resignaremos.

—Lee y elige, amigo Rodríguez.

—*Plats du jour: Grasdoubles, escargots...*

—Mira, no traduzcas sin razón, ni la en-vaines sin honor.

—Te digo que está así. Miralo, *parbleu*.

—¡Cielos, es verdad! ¡*Grasdoubles et escargots!* ¡Hasta los callos y caracoles se disfrazan de franceses!

IV

Hemos almorzado, y, contra nuestros propósitos de españolería, no hemos hablado más que del *debut* de la compañía Novelli en la Comedia; de los italianos de la Zar-



zuela; de los italianos de la Alhambra; de la *tournée* de Sara Bernhardt, y de si hará ó no hará furor *La Tosca*, de Sardou; de la enfermedad del *Kaiser Fritz*; del *mailcoach* que estrenará en las próximas *courses* nuestro amigo Berroqueño; del *fly-dog* que tiene nuestra camarada Aguilar; de los *stepper* que ha ven-

dido el marqués de la Sota de Espadas, *tout decavé* en la persecución del *abattage à neuf*; de los *clubmen* que han fundado el nuevo *cercle* de Alcalá-street...

Hé nos ya en la esquina del Suizo. La hora de los toros se acerca, y el cielo se aclara. Ahí van Mazzantini y Badila... Esto ya tiene carácter.

—Adiós, Luis.

—*Bon jour, mon cher.*

—Adiós, Pepito.

—*Addio, mio caro.*

Decididamente el mal no tiene remedio; y puesto que á la fuerza hay que extranjerizarse, tomemos, antes de ir á la plaza, sendas copitas de *kummel* y *pippermint*.

—*Ça te va, mon bon Rodriguez?*

—*Go head.*

V

No hay escape. Hay que montar en un *Rippert* ó en un vehículo de la *Tramway's Company Limited*... ¡España se va!

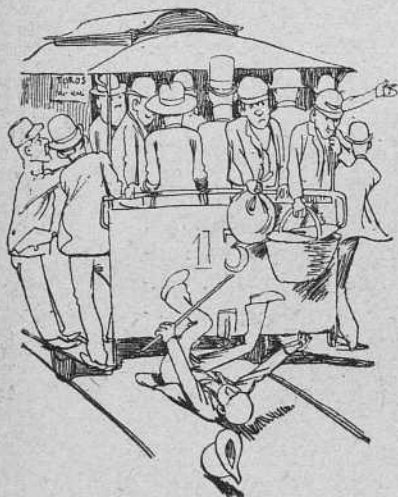
Mucho es que el cobrador, al pedirnos el importe de los asientos, no nos suelta un:

—*Plait-il?*

Y, al recibir el dinero, un:

—*Merci bien.*

Pero el conductor del coche, entre trallazo y trallazo, canturrea la *Marsellesa*, y un señorito *ajumao* que va á nuestra “vera,” no hace más que tara-rear:



*Le petit bleu,
p'tit bleu,
p'tit bleu...*

Y al parar frente á la puerta del circo taurino, una chula “cotizable,” exclama, tan satisfecha de sí misma:

—*Nous avons lle-gué.*

VI

Me separo de Rodríguez, que tiene su asiento en otra localidad, y al ocupar el mío, oigo á derecha é izquierda:

—*C'est un beau coup d'œil!*

—*O, come é bello!*

—*Very beautiful!*

—*Very splendid!*

He caído entre *touristes*, y me he lucido.
Salen las cuadrillas, y esto me consuela;
pero advierto de pronto que la música toca
la marcha de *Carmen*, ¡ópera francesa!
Los toreros se colocan en sus puestos;



suenan el clarín; ábrese el portón, y el primer toro aparece en la arena, bramando:

—¡MÚ!...

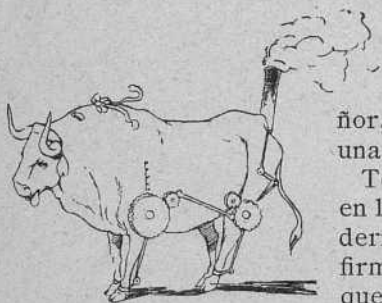
Y yo, al oír este monosílabo conmovedor, caigo de rodillas, diciendo:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Por fin oigo hablar en castellano puro!

Abril de 1888.



TOROS MECÁNICOS



Llegará á haberlos, si señor, ó el progreso es una palabra vana.

Tengo vivísima fe en los adelantos modernos, y poseo la firme seguridad de que no tardará en surgir un nuevo Juanelo Turriano que construya toros automáticos, tan perfectos como la maravillosa figura de movimiento que dió nombre en Toledo á la calle del Hombre de Palo.

¡Son tantos y tan pomposos los inventos del día!

Leyendo pocos días hace un periódico, tropecé con una noticia que fué para mí revelación tan luminosa como la que descubrió á Newton la ley de la gravedad, ó la que sugirió á Antonio Carmona la invención del quiebro.

Referíase la noticia á un invento encaminado á salvar á los inofensivos pichones de ser víctimas de la diversión que tan en boga está en el mundo elegante.

Se ha inventado el modo de sustituir las aves vivas por un pichón de porcelana, lanzado al aire por medio de un aparato que permite imitar con gran exactitud el vuelo del pichón, de la codorniz y de la perdiz.

El pichón de porcelana—decía el periódico—atraviesa el espacio con un movimiento muy adecuado para el tiro al blanco.

Y añadía:

“El vuelo de esta clase de pichones artificiales puede ser regulado, desde el más tranquilo, hasta el vuelo, rápido como la flecha, de la perdiz.”

Contaba, por último, el diario en donde hallé cosas tan sorprendentes, que en muchos *clubs* de Inglaterra y en los Estados Unidos, sólo se emplean los pichones de

porcelana, que son, además, mucho más económicos que las palomas vivas...

En una palabra: que el arte ó el artificio lleva extraordinarias ventajas á la obra de la Naturaleza, y que la falsificación supera á la misma verdad.

Y de deducción en deducción, como el marido de *Cabeza de Chorlito*, dije para mi capote (no para el de brega, sino para el de lujo):

—Eso que se hace con los pichones, ¿no podría hacerse con los toros?

De tal suerte van poniéndose las ganaderías de reses bravas, que si un hombre de genio acertase á fabricar toros mecánicos, arruinaría en poco tiempo á todos los criadores de toros auténticos, dejándolos sin clientela.

Empresas y toreros preferirían los toros automáticos.

Las Empresas, porque sabrían á qué atenerse respecto de la calidad del género, y porque les saldrían mucho más baratos que los de carne y hueso, atendida la facilidad con que, una vez arrastrados, se les podría volver á armar, remediando sus desperfectos y dándoles cuerda nuevamente, para "torearlos," en corridas sucesivas.

Los preferirían también los toreros, porque conocerían de antemano las condicio-

nes de las reses, puesto que la casa constructora expediría toros á la medida y á gusto del consumidor, con tantos y cuantos derrotes garantizados; con tales y cuales grados de bravura; con esta y aquella cantidad de empuje, velocidad, etc.

Y no crean por esto las almas sensibles que la vida de los lidiadores quedaría asegurada.

Conténtense esos espíritus generosos—ya que á los filántropos y humanitarios les interesa más la vida de las bestias que la de los hombres;—conténtense, digo, con saber que el prodigioso invento de los toros mecánicos libraría de los horrores de la lidia á los pobrecitos jarameños, marismeños y colmenareños, que ahora pagan el pato.

Los toros de movimiento traerían fuerza sobrada para enganchar y enviar á lo alto á todo el que se descuidase, ni más ni menos que las máquinas de vapor, que arrancan un brazo, una pierna ó la cabeza á quien más acostumbrado se halla á su manejo.

El arte, pues, no se menoscabaría en nada, y si desaparecían algunos floreos y juguetes caprichosos que ahora se ejecutan *ad libitum*, se evitarían, en cambio, ciertos abusos que hoy privan.

¿Qué toro de los del nuevo sistema doblaría á fuerza de pinchazos y capotazos?

Esto sería imposible. Los capotazos serían inútiles con un artefacto inconsciente, y los pinchazos no servirían—dada la construcción del armatoste con puntas—más que para provocar arrancadas y embestidas que castigaran la torpeza del matador, poniéndolo cada vez en más peligro.

Para que el toro cayera, sería preciso que la estocada estuviera en la misma cruz, perfectamente recta, y hasta los gabilanes.
E si non, non.

¿A que sería más difícil, en resumidas cuentas, torear á las nuevas máquinas que á las reses de ahora?

Es decir, sería más difícil torearlas mal, y más fácil torearlas bien, porque las reses de movimiento estarían compuestas y construídas para no responder más que á las suertes ejecutadas en regla.

Así, ni los toreros tendrían para qué disculparse, llamando *güeyes* á los toros, ni los “ganaderos,” podrían llamarse á engaño, como presentasen reses perfectamente dispuestas y acondicionadas.

A las que se interrumpiesen en plena lidia se les daría cuerda, en equivalencia del actual vilipendio de las banderillas de fuego, y á las que no diesen juego alguno, se las llevaría al corral en brazos de los monos sabios, provisto cada cual de su cence-

rro correspondiente, á fin de conservar la tradición de los cabestros.

—¡Hombre! Para broma basta.

—Pues no basta, lector pacientísimo, por que continuando de deducción en deducción—siempre como el personaje de la comedia—he pensado también:

—Eso que se hace con los pichones, y que puede hacerse con los toros, ¿no podría hacerse asimismo con los toreos?

—Alto ahí— volverá á decir el lector;—usted, por lo visto, sueña con convertir el toreo

en un espectáculo de *fantoches*...

Y yo confesaré mi error, y cantaré la palinodia, y reconoceré que, efectivamente, me he caído de un nido; pero diré en conclusión:

—*Fantoches* por *fantoches*, los de ahora son peores y más caros.

Abril de 1888.





LETTERA

À FILIPPO FILIPPONI

BARÍTONO BERRENDO IN BASSO

Tu non puoi figurarti come a fatto furore la *Carmen* in Madrid.

Ma che dico furore? Fanatismo é poco dire... Tutti i madrileni siamo pazzi (guillati, come quel che disce) doppo d' avere udito l' ineffabile musica di Bizet.

Che disgrazia, carino, non averla sentito finche al fine della temporata! *Alla ora di*

matate, como quel che disce! — Pegna e Gogni l' a detto, ed io lo repetto: “Noi abbianno quedato colla melle nei labbri..”

Fortunatamente, nella temporata prossima del Teatro Reale—che sarà una temporata taurina piú che lírica —Madrid se donará la gran panzata il gran atracone di *Carmen*, ed io ti giuro, Filipponi, che non voglio udire altra musica in tutti i giorni della mia vita. (Parlo dei giorni, ma non delle notti.)

Prima di cognoscere quá l'opera di Bizet, dicevanno tutti:

—Non piacerá... Non piacerá... Un' opera di toreri, cigarriere e contrabandisti! I madrileni crepperanno di risa!... La povera *Carmen* sarà mandata al corrale, come quel che disce!

Ebbene, i pesimisti anno tocato il violone; il delizioso spartito a triunfato nel redondele musicale come *Jaquetone* nella scena taurina.

Ti rammenti della bronca armata fra il Michelena ed il Ducazcale sovra il diritto esclusivo di rappresentazione? Corpo di Bacco! Tutta la stampa nazionale e straniera parló de quell' affare gravissimo... Piú che un conflitto, fú una lotta di galli inglesi, una zambra di zingari, una merienda d' uomini di colore, come quel che disce.

Finalmente,

il dio delle tempeste,
il fier Adamastor,

ebbe il buon gusto di mettere fin alla juer-ga degli impresarri, facendo vincitor al Ducazcale, e *Carmen* fú piccata, banderigliata e morta alla spada nel Teatro di Giovegliani.

Ma che *Carmen*, mio caro Filippo! Fú una *Carmen* embolata, come quel che disse! — Malgrado l'intelligente adaptazione del simpaticone Raffaello Maria Liorna (il tuo vecchio direttore al Teatro Reale nei tempi del Rovira), e malgrado i desiri del infatigabile Ducazcale, il publico non é arrivato á saboreare in Giovegliani tutte le belle melodie di Bizet, interpretate per cantanti che non potevano cantare appena *Pane e tori...* La sua taglia artistica non é molto superiore alla nezesaria per fare *Nelle aste del toro, Toreare per lo fino, Pepe-Higlio, e Tori di punte.*

Alla *Carmen* li mancava dunque quello che mancava á Caffarelli; quello che manca ai conservatori delle odalische del harem; quello che manca ai cantanti mistici e sovrannaturali del Vaticano... Ma per ché ragionar di lor?—Passiamo.

Nonostante, *Carmen* fú in Gliovegliani il

vermouth di Torino che lascia apperta de pare in pare la porta del apetito... *Carmen* a stato nell' Opera la tavola ben servita, il pranzo opiparo; e tutti i convidati, doppo avere mangiato, abbiamo piorato come il ragazzo dell eschilatore, che piorava perche non poteva piú.

La temporata musicale é finita, e tutti gli amatori della *Carmen* siamo cridando ancora, come alla piazza del cammín d' Aragona:

—*Altro toro! Altro toro!*

E adesso, caro Filippo, tu puoi venire á Madrid senza paura. Tú sarai ben ricevuto. Questo non é chiamarti bestia di lidia; io non faccio altro che rispondere alla tua lettera, e dirti col cuore nella mano, como quel che disce:

—Filippone, lascia Milano; vieni in Madrid. Tu puoi cantare senza vergogna la parte

de l'illustre Escamillo,
lidiador di Granada,

ma prima di partiere, ascolta un consiglio...
Lásciati la coletta!

Sí, mio Filippo. Per cantare bene quella particella e reppresentare al pelo, come quel che disce, il personaggio di Escamillo, bisogna studiare un piccolo corso di tauro-

machia. Vieni; studia; torea... e canta. Tu canterai come un Selva berrendo in Lagartigio.

Il tuo collega Vaselli a fatto un Escamillo che rinovaba de corpo entiero e Tamagno naturale le figure di Pietro Romero e di Gioacchino Costigliari.—Il tuo maestro Uetam vuol cantare la stessa parte nella temporata prossima, proponendosi fare una creazione ancora piú spagnola.—Il basso caricato Baldelli vuol esser l' unico Escamillo possibile, e s' apresta a mimare maravigliosamente la faccia di Salvatore San ciezzi (Frascuolo).—Abbremo qualche altro artistone, che voglia mimare la faccia dell' Urone o la testa del Bugnoliero?

Ebbene, mio Filippo, se tu non vieni per fare un torero autentico, leggitimo e che sia la stessa veritá, io te dico che per un tale viaggio, non bisognano alforgie.

Vieni; lásciate la coletta; alterna nell' Imperiale e nella Sanluquegna coi toreri; io te faró cognoscere al Mazzantini, al Bartolesi, al Chuchi, ed altri tuoi compatrioti; io t acompagneró al Matadero ed alla Mugnozza; finalmente, io te faró prendere l' alternativa nella piazza de tori del Ponte di Vagliecche.

Senza questa somma di principi taurini, ed anche alcun colpo di corno in salva la

parte, come quel che disce, é impossibile fare bene in Madrid il Escamillo di *Carmen!*

Coraggio dunque, mio caro Filipponi, coraggio! Vieni alla testa del toro! La gloria lirica t'aspetta in forma di corne... Per maggior securitá, lascia tua moglie Caterina in Milano.

SOBAQUILLO.

Abril de 1888.





TAÑEDORES Y VIHUELAS



Lo que te igo yo es que hay cosas que no puén ser.

(Un filósofo, en la esquina del Imperial.)

Las leyes inmutables de la Mecánica Universal...

(Castelar, en todos sus discursos.)

Estos días se ha hablado largamente en los círculos taurinos—á cualquier cosa se llama ahora círculo—acerca de la resolución que se atribuye á *Lagartijo*, ó mejor

dicho, al ganadero D. Rafael Molina, "desagradablemente impresionado," por la innoble abdicación de principios con que han hollado su programa político las reses la-gartijianas últimamente lidiadas en la capital de Cataluña.

El hecho ominoso de Barcelona,—como lo llamaría cualquier orador de la extrema izquierda—ha llegado al alma á Rafael, y según cuentan las crónicas, no va á contentarse con menos que con exonerar á todos sus toros de aquellos atributos que para sí quisieran los rodrigones del Gran Turco y los *meistersinger* del Vaticano.

Pero una vez resuelto el ganadero cordobés á enviar sus reses al matadero ó á la labranza, nuevo protagonista de *El médico de su honra*, ¿renunciará definitivamente á este género de industria con que trata de ampliar y prolongar su renombre tauromáquico, ó reconstituirá sobre nuevas bases y con nuevos elementos la vacada que tantos gastos y tan pocos gustos está ocasionándole?

Hé ahí la cuestión que los aficionados traen y llevan estos días, y en la cual quiero meter también mi cuarto á espadas, aunque guardándome muy bien de renovar, respecto del principal interesado en el asun-

to, aquella famosa frase de un polluelo, aprendiz de crítico:

«Aconsejamos al Sr. Bretón de los Herreros...»

Renuncie ó no el cordobés á sus aficiones de ganadero, de lo suyo se trata, y, por lo tanto, no hay para qué dar consejos imperinentes á quien es muy dueño de hacer de su capa un sayo, si bien esto último sería doloroso y lamentable, porque nos quedaríamos sin ver las famosas largas que da con dicha prenda el moderno sucesor de los Abderrhmanes y los Hixenes

¿Largas dije?

Pues largas se me antoja que debiera ir dando *Lagartijo*—y repito que esto no ha de valer como consejo—al negocio de su ganadería, sin dejarse apocar por el desengaño sufrido, ni arrebatarse tampoco por las sugerencias del amor propio; pero meditando sobre la verdad que pueda encerrar una frase de mucha miga, que se ha recordado con ocasión del “hecho de autos.”

Cuando *Cúchares* se metió á ganadero, con el lastimoso éxito que todos saben, dijo un día al duque de Veragua, padre del actual:

—Ahora, ahora va á vé vusensia lo que es criá güenos toros.

El duque, encogiéndose de hombros, le contestó:

—Desengáñate, *Curro*; las vihuelas nunca las han hecho los tañedores.



¡Frase que encierra una verdad profunda bajo su aparente sencillez!

Stradivarius ha hecho inmortal su nombre construyendo violines, y de seguro tocaría ese instrumento como el más vulgar de los rascatripas.

Sarasate, en cambio, es Sarasate, y si se metiera á construir violines, ¿qué destino habría que darles?

El que se ha dado en Barcelona á los toros de Rafael... ¡El fuego!

Y eso que acontece con los instrumentos de cuerda—ya que el descendiente de Cristobal Colón se fijaba en ellos principalmente, recordando sin duda que el marinero genovés descubrió allende los mares una vihuela maravillosa para que la tañeran otros—acontece del propio modo con los demás instrumentos de otras clases.

En los de metal, ahí está Krupp—que fabrica los cañones—pero no gana con ellos

las batallas. De esto se encarga Molke, á quien jamás le ha ocurrido poner tienda enfrente de la de Krupp, porque podría ocurrirle el lance de verse derrotado con productos de su propia fabricación.

En los instrumentos de viento, ¿á qué autor silbado le ocurre poner fábrica de pitos? Harto hace con oír los que le tocan.

A esa ley que constantemente se advierte en los instrumentos de cuerda, de viento y de metal, no podían sustraerse los de cuerno.

Los *dilettanti* que hemos visto las vihuelas de Rafael en los llanos de Córdoba la Vieja, sabemos que es posible tener el mismo es-

mero, la misma escrupulosidad, la misma vigilancia, pero más no. ¡Como que apenas entiende de esta clase de vihuelas el gran tañedor!

Y, sin embargo...

No parece sino que se trata de una ley inmutable de la Mecánica Universal, como diría el orador á quien cito al frente de esta humorada.



Recuérdese lo que sucedió al insigne Balzac cuando, además de ser escritor, quiso ser impresor.

No contento con hacer libros, literariamente hablando, quiso hacerlos también en el sentido material de la palabra, y puso una imprenta con todos los adelantos y mejoras del arte tipográfico, aplicando, por añadidura, á esta clase de industria todos los recursos de su portentosa inventiva y de su laboriosidad inagotable.

¿Cuál fué el resultado de su empresa?

La ruina.

Claro es que remediando el daño á tiempo ó reconstituyendo el negocio sobre nuevas bases, se librará con facilidad el simpático Rafael Molina de ofrecernos en *Lagartijo, ganadero*, una segunda edición de *Balzac, impresor*.

Así como así, ¡bueno es el hombre para quedarse en las astas del toro!

De mayores peligros le han librado su vista y su muleta, y ellas le valdrán de sobra en el presente aprieto.

Si Dios mejora sus horas, y las reses lagartijeñas resultan á la postre tan buenas como las mejores que hayan criado Gavi-ria, Lesaca y Barbero, lo celebraré en el alma por los aficionados y por el ganadero; pero aun así y todo—¿qué quieren ustedes

que les diga?—*Lagartijo* criando toros me causa un efecto semejante al que me haría el pintor Pradilla abriendo una tienda de pinceles, brochas, barnices y tubos de colores.

Julio de 1888.





EL ESTANCO DE LOS TOROS



Departía yo — como dicen los *cursicastis* — con un antiguo amigo y compañero mío, y rodando la conversación de uno en otro tema, vino á parar en esta pregunta que mi digno camarada me espetó á quemarropa:

—¿Por qué no habían de estancarse los toros?

—¿Le parece á usted —repuse— que están poco estancados?

A despecho de la primorosa maestría de *Lagartijo*, y de la extraordinaria pujanza de *Frascaelo*, no ha adelantado un solo paso el arte desde hace veinte años.

Pero no se refería mi interlocutor al estancamiento del toreo, sino al estanco de las reses bravas y al monopolio oficial de las corridas de toros, viniendo á hacerse con el ganado y con la lidia lo que se hace ahora con el tabaco, lo que se hizo un tiempo con la sal, y lo que lleva trazas de hacerse con el alcohol.

¡Válame Dios—como dicen también los *curscastizos*—y qué de cosas fuimos bordando sobre esta caprichosa trama en el curso de nuestro coloquio!

Aquí sí que vendría como pedrada en ojo de boticario, ó naranjazo en espalda de picador maulón, el consabido *cliché* del “derroche de ingenio,” que inevitablemente sacan á relucir los periódicos en toda noticia relativa á literatos.

Resistiré, no obstante, á la tentación, contentándome con alabar el alto “sentido práctico,” que resplandeció en aquella conversación luminosa, cuyas sólidas observaciones y profundas conclusiones hubieran colmado los deseos de un hacendista *en détresse* y causado el asombro de aquellos arbitristas

tan bien pintados por Cervantes en su *Diálogo de los perros*.

¡El estanco de los toros!

¿Qué más quisiera el señor ministro de Hacienda sino conocer el plan en toda su extensión y pormenores?

Tengo la certidumbre de que lo haría suyo, y tengo también la de que ni siquiera me otorgaría, en pago de tan seguro medio de salvación para el Tesoro, la dirección general de Rentas, Hierbas y Astas Estancadas.

Por eso, sin entrar en detalles, me contento con lanzar á la publicidad este pensamiento, mogón todavía, á fin de que otros más hábiles que yo le hagan soltar la bellota y le saquen punta.

De sobra sé que no sería muy liberal ni estaría muy conforme con el progreso de los tiempos esto de entregar el toreo al monopolio del Estado, sin perjuicio de que luego se hiciera cargo de él una Compañía Arrendataria de los Cuernos; pero mis escrúpulos se desvanecen ante el espectáculo que dan en la vecina República los Gobiernos más radicales, manteniendo con todo rigor el estanco de las cerillas fosfóricas.

¡Qué pintoresca trilogía la del juego, el cigarro y los toros!

ADMINISTRACIÓN GENERAL DE LOTERÍAS
 FABRICA NACIONAL DE TABACOS
 DEHESA NACIONAL

¿No sería hermoso ver el azar, el humo y los cuernos, puestos bajo la tutela del Estado?

Porque más bien que un monopolio, el Estado ejercería una tutela, benéfica quizás y provechosa, sobre la fiesta nacional por excelencia, organizándola y haciéndola funcionar con todo el esmero y perfección de que es capaz la Administración pública.

La admirable manera cómo se cumplen en España los servicios del Estado, hace concebir halagüeñas esperanzas acerca de lo que serían los toros

nacionales en cuanto se incautara el Gobierno de las dehesas, las vacadas y las plazas, expropiándolo todo por causa de utilidad pública, indemnizando debidamente á sus actuales dueños, y montando sobre



amplias bases el vastísimo negocio de la tauromaquia, legal, única, privilegiada y escogida.

En vez de proclamar la fórmula "*el toreo libre en el Estado libre,*" que sería denunciabile y penable, nos encontraríamos con "*el Estado ganadero,*" con "*el Estado empresario,*" y quizás con "*el Estado toreadero,*" si, aparte de lo que ha toreado, torea y toreará al mísero individuo en todos tiempos y lugares, no quisiera contratar á los diestros por corridas, sino tenerlos á sueldo como funcionarios públicos, con uso de uniforme, derechos pasivos, tratamiento y honores correspondientes á su jerarquía en la Administración civil.

De "*el Estado-res,*" no hay que hablar, siendo tan conocida la explicación dada por un importante político, que declaró haber sido Ministro en 1874, no de la República, sino de *la res pública*...—Así y todo, habría novedades en el género, porque entrando los toros estancados á formar parte integrante



de la España oficial, no faltaría alguno que se creciera y dijese á su modo, berrendo en Luis XIV:

—¡El Estado soy yo!

Pero ya esas son fantasías. Lo seguro y positivo es que la nación realizaría un negocio colosal con este monopolio, cuyo plan no he hecho más que esbozar levísimamente, para que el ministro de Hacienda no nos plagie el pensamiento á mi amigo y á mí...—Por lo que toca al arte, los resultados no serían menos favorables y provechosos.

Siendo los toros de estanco, ¿habría uno sólo que pudiera llevar fuego?

Julio de 1888.





UN NUEVO CUERPO FACULTATIVO



— ¡Progreso! ¡Reformas!

— ¡Reformas! ¡Progreso!

No se oye gritar otra cosa por esos mundos de Dios, y á despecho de la formidable tenacidad con que se ha encastillado la rutina en sus vetustas alcazabas (¿qué frasecita, eh?), las ideas de novedad van triunfando en toda la línea y dando al traste con lo

que llamamos tradicional, por no decir rancio.

El espíritu de innovación y reforma al-

canza á todo, y el toreo no puede sustraerse á esta ley general.

Ya he indicado en otras ocasiones algunas de las novedades que el progreso moderno, cada vez más rápido y avasallador, puede introducir de un momento á otro en el arte de la lidia y sus derivaciones.

Se me dirá que, arrastrado en alas de la fantasía (¡ otra frasecita, caballeros !), me anticipo á los acontecimientos; pero antes quiero pecar por ese lado que por este otro (señalando atrás).

Sí. Todo, menos retroceder. Todo, menos *retrogradar*, como dicen algunos puntilleros del idioma.

Mi lema es la frase del glorioso fundador de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla:

—Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional.

Si alguna vez damos el paso atrás, á lo *Lagartijo*, démosle

para que la fuerza sea
mayor, y el ímpetu más.

Pero basta de paja (con perdón de Fernando VII y de Moratín el padre), y vamos al grano.

Y el grano es que una de las innovaciones llamadas á realizarse en la vida taumáquica dentro de breve plazo, consiste en

la creación de un cuerpo facultativo que, á la manera del cuerpo de Sanidad Militar, se llamaría *Cuerpo de Sanidad Taurómaca*, y funcionaría de un modo análogo.

Su necesidad es urgente; su utilidad, evidente; su organización, muy fácil.

Todo se reduce á que cada cuadrilla, como cada regimiento, lleve, adonde quiera que vaya, su médico-cirujano titular.

—Pero—dirá algún aficionado á esta fruta:—¿no hay médicos-cirujanos en las poblaciones adonde van á torear nuestros diestros?

Ahí está el toque: ahí *fica o punto*.

Sabido es, y á la vez que sabido lamentado por toda la "afición", con cuánta frecuencia ocurre que la causa de desgraciarse algunos lidiadores, ora perdiendo la vida, ora quedando inútiles para el toreo, se debe á la poca fortuna con que se les hizo la primera cura después de un accidente en el redondel.

¡La primera cura!

De ella depende casi siempre la salvación de un herido; sobre todo cuando la herida se aparta y diferencia tanto de las que ordinariamente ven y curan los profesores quirúrgicos.



Poco ó nada acostumbrados á tratarlas en poblaciones donde las corridas de toros son escasas—y muchísimo más escasas, por lo tanto, los percances de este género,—los cirujanos “pierden su latín,” cuando tienen



que habérselas con un torero herido; salen del paso como Dios les da á entender, y el paciente paga las consecuencias, no de la impericia y torpeza, sino de la poca práctica de los facultativos en estos especialísimos casos de la clínica quirúrgica.

Y aquí de mi *Cuerpo de Sanidad Taurómaca*.

Llevando cada matador para sí y su cua-

drilla un médico-cirujano , perfectamente enterado de lo que son las heridas de asta, y cabal conocedor del temperamento de sus clientes, ¿no tendrían éstos la plena seguridad de que, en caso de accidente desgraciado, serían asistidos con verdadera puntualidad y fructuosa eficacia?

Algún discípulo del Caballero de la Tenaza dirá que eso sería mucho lujo.

Mayores son los que se permiten los toreros, y bastante más inútiles en verdad.

Llevan apoderados que les cuestan un ojo de la cara; secretarios (*sic*) que les comen un riñón con sus telegramas , bombos y reclamos ; parásitos , ó bien *mangones* , que les devoran el otro ojo de la cara y el otro riñón ; pero no llevan—ni piensan en semejante pequeñez—quien les eche unas tapas y medias suelas cuando los descuaderna un toro descortés y grosero.

Porque hay toros descorteses que se propasan con los niños y con los abuelos, y cuando el niño se queda cojo, y el abuelo manco, por *mor* de la poca urbanidad de una res que les salió en tal ó cual plaza de provincia, entonces es el lamentarse y el decir :

— ¡Ay! ¡ Si hubiera estado allí D. Fulano!
¡Ay! ¡ Si me hubiera asistido D. Perengano
en los primeros momentos!

Y como esas quejas, aunque estériles y extemporáneas, son justas y fundadas, parezco y digo:

—Señores *de toreros*, lo que han de hacer ustedes mañana, háganlo hoy. Puesto que en la actualidad son ustedes los verdaderos reyes de España y sus Indias, obren y procedan como tales soberanos... Nada, nada: ¡á echarse sus correspondientes médicos de cámara!



Además, hay que otorgar protección al saber patrio... Hay que buscar salida y dar ocupación decorosa á los médicos jóvenes que andan por ahí con su título en el bolsillo y sin una "mota," en el *idem*.

Uno de éstos me decía pocos meses ha:

—¿Sabe usted si en las novilladas del invierno próximo se practicará la suerte de parrear en cestos? Porque yo, con tal de ganar algo, estoy resuelto á todo.

Otros tratan seriamente de ingresar en la corporación de monos sabios... Lo único que les detiene es la consideración de que tendrían que ponerse blusa y gorra (muceta y birrete) de color rojo, y éste es el color de la facultad de Derecho.

Y es lo que ellos dicen :

—¿Qué va á quedar para los abogados?

Éstos responderán que tampoco sienta del todo mal á los Galenos dicho uniforme, puesto que lleva cabos amarillos, que es el color de la facultad de Medicina; pero lo mejor sería que ni unos ni otros se vieran en la precisión de tener que ponerse á las órdenes del conocido *Lavativa*, cuyo mote no le da derecho en la carrera médica más que á la modesta categoría de practicante.

Vuelvo á decirlo. El *Cuerpo de Sanidad Taurómaca* es de urgente necesidad, de evidente utilidad y de facilísima organización.

Prestará servicios de inmensa importancia á los lidiadores, y reportará notorias ventajas á los facultativos.

¡Poquito tono que se darán éstos cuando vean sus nombres en los carteles de las corridas, al lado del matador, picadores, banderilleros y puntilleros, y cuando al hacer el paseo por la plaza salgan formando parte de su cuadrilla respectiva, montando hermosa jaca y vistiendo adecuado uniforme, que ya cuidarían de inventar Perea, Unceña, Ferrant ó Pons!

El progreso impone esta reforma, y ¡vive Dios! que no hemos de tardar mucho en verla realizada, al paso que lleva el espíritu de innovación en el toreo,

Organizado el *Cuerpo de Sanidad Taurómaca*, y atendida debidamente la salud de los cuerpos, podría irse pensando en atender la de las almas... ¡Cuán hermoso y consolador sería ver presentarse las cuadrillas en el ruedo, provistas de su respectivo médico y de su correspondiente capellán!

Pero este punto del clero taurino no es ya de mi incumbencia, y cedo los trastos á *El Siglo Futuro*, defensor de la integridad religiosa y de las corridas de toros, para que recoja esa idea, si le place.

La otra me parece indiscutible.

Así y todo, yo no hago más que echarla al redondel, como echa la res el ganadero. Ahora que me la toreen los que gusten.

Septiembre de 1888.





LA ESCUELA DE TAUROMAQUIA

Y EL TOREO MODERNO

Al libro que acaba de publicarse con este título no le ocurrirá lo que deseaba aquel escéptico á quien parecía mejor

*vivir en el mundo un día
que cien años en la historia.*

Aunque no ejerzo de verdadero zaragozano, soy zaragozano verdadero, y bien puedo echármelas de profeta por esta vez,

El libro de Pascual Millán quedará.

Y quedará, no sólo para enseñanza y recreo de los aficionados, sino también como abreviado archivo de datos típicos y notas características que habrá de consultar en adelante todo el que quiera estudiar uno de los aspectos más pintorescos del reinado de ese Calígula corto de talla que figura en nuestra historia con el nombre de Fernando VII.

Este Monarca, á quien ya me guardaré bien de llamar desdichado, porque los desdichados fueron los que lo sufrieron, anduvo en todo tan desacertado y torpe, que hasta como aficionado á toros fué de los peores y más obtusos de su tiempo.

¡No en vano era el ídolo de las honradas masas de Villabrutanda y Villamelón!

Vida, cultura, adelanto, alegría, todo estuvo á punto de desaparecer de nuestro suelo en semejante época, y la decadencia general alcanzó en igual grado y medida á la fiesta española, como en demostración de que el toreo, en lugar de prosperar á expensas del progreso público, parece cuando éste sucumbe, por ser cosa al fin y al cabo tan ligada á la riqueza, al reposo y al bienestar de las gentes.

De toda aquella decadencia horrible, lo único que "conmovió" al déspota fué el es-

tado del toreo, y para sacarlo de tal postración, no imaginó mejor recurso que el de crear la célebre Escuela de Tauromaquia en Sevilla, cuya apertura, por haber coincidido con la clausura de algunas Universidades, ha dado tanto que decir á los adversarios del déspota español por excelencia.

Para éstos, más que para nosotros, parece escrito el libro de Millán.

Léanlo, y se persuadirán de las razones que tenemos los aficionados para censurar la fundación de la tal Academia Taurina, yendo en este punto del brazo con los que más vituperan el desatinado propósito de Fernando VII.

Examinando Millán un legajo de la rica colección de Luis Carmena, cuya cubierta (la del legajo) dice así: *Expediente original de la creación, existencia y supresión de la Escuela de Tauromaquia establecida en Sevilla en los años de 1830 á 1832*, fué como concibió el autor de este libro la idea de estudiar la vida y analizar los resultados del famoso *instituto*.

¿Qué diré de la realización de esa idea?

Soy amigo y colega del autor; soy paisano suyo; uno á estos títulos el de correligionario en política; opino como él en materias toreras; mis puntos de vista estéticos son casi iguales...—Si el libro de Millán tie-

ne algún defecto, yo no puedo encontrarlo. Todo en él, desde la cruz á la fecha, me parece superior.

Ya sé que no faltará quien diga, aunque no son de esta clase de lectores los de *La Lidia*.

—¿Tanto bombo para un libro de asunto tan baladí?

Pero yo responderé:

—Sí, señor, y me quedo corto.

Libros así constituyen lo que un autor francés ha llamado la *petite monnaie* de la Historia...

Recorriendo estas páginas vivas, animadas, curiosas, llenas de color, de toques intencionados, de anécdotas expresivas, de recuerdos exactos y de observaciones críticas, que ya quisiéramos ver resplandecer en trabajos de mayor categoría, se aprende más y se refresca mejor lo ya aprendido acerca de una época determinada, que engolfándose en los enfadosos piélagos de la historia académica ó aventurándose en los estériles desiertos de la crónica oficial.

¿A que no deja de leer y releer el libro de Millán nadie que tenga que llevar á la novela, al teatro, á la historia misma, algún apunte, alguna escena, algún episodio de las costumbres españolas en la época de *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla*?

He aquí el mejor elogio que puede hacerse de esta obra.

Cuanto á la mejor fortuna que puede tener, no deseo sino que le adquieran todos los aficionados que opinan como el autor en la parte relativa al toreo moderno, que es, por cierto, una de las mejores partes del libro, merced al gallardo estilo, sólida argumentación y amenos recuerdos con que se procura demostrar á algunos Jorges Manriques de similor que el arte taurino ha llegado hoy á una altura que nunca alcanzó, y que no hay para qué echar de menos las que

*no fueron sino verduras
de las eras.*

El libro de Millán trae al frente un prólogo de Carmena (y también Millán de segundo apellido), interesante, grato y curioso como suyo, y una carta de Rafael Molina, en donde el maestro cambia el toreo de adorno y elegancia por la más simpática modestia y sencillez.

¿Impedirán estas prendas, tan raras en nuestros empingorotados diestros, que alguien le saque algunas tiras del pellejo á *Lagartijo*?

¡Qué han de impedir!

Por lo tanto, bueno será advertir á las gentes *murmuraderas*—como dicen en la

tierra de Pascual Millán y mfa—que cuando Pepe Hillo tuvo la poca aprensión de firmar un libro que ni siquiera sabía dictar, y Montes la sobrada frescura de dar por suya una obra ajena, bien puede *Lagartijo* poner una modesta carta al frente de unas páginas que le han sido dedicadas.

Tres pesetas vale; digo, tres pesetas cuesta—porque como valer, vale mucho más—el libro del culto y distinguido redactor del *El País*.

¡Dos reales menos que un tendido de sombra!

¡Al despacho, caballeros!

Octubre de 1888.





ALLELUIA! ALLELUIA!



Échense las campanas á vuelo; retumben los cohetes en el aire; háganse bélicas salvas por mar y por tierra; resuenen atabales y atambores; fatíguense los ecos repitiendo vítores y lililíes; haya jaleo, ármese zambra, venga tela.

Alleluia! Alleluia!

No es que haya resucitado Cristo; ni que celebremos la Pascua; ni que hayamos asegurado para la temporada que empieza

buen tiempo, buen ganado y buenos toreros; ni siquiera que hayamos dejado de hablar y de oír hablar de la causa seguida "por asesinato é incendio á Higinia Balaguer y otros.,"

Motivo más grande que todos esos para la explosión de júbilo y alborozo que pido, es el haber encontrado, al fin, en fin y por fin, un escritor extranjero que al hablar de España y sus corridas de toros, lo hace con buen acuerdo, buen gusto y buen sentido.

¿Hay ó no hay razón para jalearle por todo lo alto?

El señor Julio Barroil—que este es su nombre—dió una conferencia en el Círculo Filológico de Florencia la noche del 11 de Febrero próximo pasado, con el título y tema de *Tauromachia*, y si bien la prensa española ha dado noticia del suceso á título de curiosidad, nadie ha hablado con los debidos pormenores—que yo sepa—del trabajo en sí mismo, que he tenido el gusto de recibir pocos días hace, impreso en un folleto muy pulcro y muy lindo, y con esta dedicatoria, que transcribo para solaz del bienhumorado lector:

AL SIGNOR D. SOBAQUILLO

DONO DELL'AUTORE

G. BARROIL,

El gazapo de ponerme el *Don* (como si no fuera bastante *don* el del folleto) es quizá el único que he cogido á *Don* Barroil, y para eso se le ha escapado de puertas afuera. De puertas adentro, el opúsculo *Tauromachia* es un dechado de exactitud, que puede proponerse como modelo á los extranjeros, sobre todo á los franceses, que tanto desbarran al hablar de estas cosas.

De Francia es oriundo el señor Barroil, pero lo único que conserva de su abolengo es el *esprit*; pues en lo demás, en los fundamentos antropológicos sobre los cuales basa el estudio de la afición á las corridas de toros y en las conclusiones racionales á que le lleva la resultante de los hechos, y no el capricho de la opinión individual, se reconoce al compatriota serio y culto del ilustre profesor Mantegazza y del insigne César Lombroso.

¿Quién había de suponer que en una sociedad científica de Italia iba á invocarse, con mucha formalidad y ante un auditorio ilustradísimo, nada menos que al autor de *L'uomo di genio*, á propósito de *Lagartijo*?

Al que lo supusiera, se le tomaría por un bromista à *outrance* ó por un fanático ridículo de Rafael Molina; y, sin embargo, ahí tienen ustedes el siguiente párrafo (que dejo en italiano para conservarle todo su

sabor) escrito por un hombre de ciencia al estudiar antropológicamente nuestro famosísimo torero:



“Lagartijo ha una fisionomia che ti resta impressa nella mente. Nel vederlo, l'osservatore riconosce un uomo che agli altri non assomiglia. Quasi tutti gli uomini di genio, hanno qualcosa che li distingue dal resto dei mortali. E nel suo genere Lagartijo é un genio, e come tutti gli uomini di genio, é strano e bizzarro...”

Ocioso es decir que, para llegar á penetrarse tan vivamente de la importancia que tiene un torero dentro de su arte, el señor Barroil aprovechó admirablemente su viaje á España, y no perdió corrida alguna en Madrid, Barcelona, Sevilla, Granada, etc., y tomó notas, compulsó datos, estudió los libros de más interés, leyó periódicos, coleccionó estampas, oyó á aficio-

nados y toreros, visitó la casa de *Lagartijo* en Córdoba, hasta se detuvo en las plazas y calles á ver cómo jugaban los muchachos al toro, *sintió*, en fin, la cosa, y se enteró cumplidamente de ella, hasta dar quince y falta á muchos españoles que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen.

No se crea por esto que el señor Barroil, en la sobria pero expresiva y exacta reseña que hace del toreo, su historia, sus principales suertes, sus hombres, sus *dilettanti*, etc., concluye por hacer el panegírico entusiasta é incondicional de las corridas de toros.

Por más que las haya estudiado sincera é imparcialmente, acertando á apreciar todo cuanto hay en ellas de seductor, brillante, esforzado y viril, *non si può negare*—dice al final de su conferencia—*che questo giuoco non sia sanguinario, barbaro e crudele*; pero sabe atenuar esta conclusión, aprovechando algunos argumentos de un libro que escribió el que esto firma, consignando la explicación que de estas aficiones y espectáculos dan las leyes de la herencia y atavismo, y conviniendo, finalmente, en que la atención de cuantos aman el progreso de la humanidad y apetecen su perfección, debe fijarse más principalmente en otra clase de diversión que ha costado á la humanidad millones y millones de víctimas.

¡Y dice bien el hombre!

Mientras las naciones que más presumen de adelantadas y cultas continúen llamando "la excelsa carrera de las armas," y "el noble arte de la guerra," á un ejercicio que no consiste, en resumidas cuentas, sino en destrozarse horrorosamente los hombres entre sí, ¿quién tiene derecho á injuriar á los españoles porque gusten de ver lidiar reses bravas?

Cuando la ciencia más acreditada en este siglo de las luces es la ciencia de muleta y estoque que emplea un Bismarck contra sus prójimos, no hay para qué escandalizarse de que *Lagartijo*, *Frascuero* y *Guerrita* hagan en nuestros redondeles con las bestias lo que hace aquél en la arena de la política europea con los pueblos, los individuos, las ideas y los intereses más sagrados de la humanidad.

El día en que no haya en el mundo una sola espada dispuesta á traspasar el pecho de un hombre, podremos discutir si deben ó no suprimirse las destinadas á hundirse en las carnes de los toros.

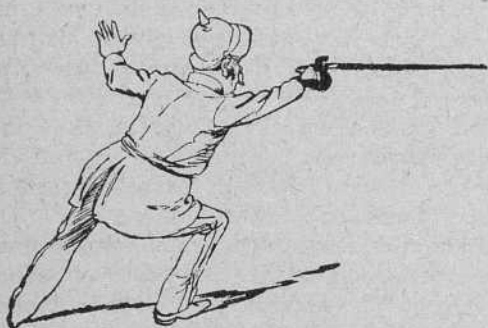
¿No es verdad, señor Barroil?

Y aquí hago punto, volviendo á mi *Alleluia!*, que no merece menos el espectáculo de ver á un extranjero disertando sobre nuestra fiesta nacional (aparte del juicio éti-

co que ésta le inspira) con buen gusto, buen acuerdo y buen sentido.

Tres cosas ¡ay Dios! que ya van escaseando por aquí tanto como los buenos puyazos, los buenos pares y las buenas estocadas.

Abril de 1889.





OBRAS DE ARTE

DENTRO de quince días se habrá abierto la Exposición Universal de París, y antes de treinta no quedará en Europa quien no confiese y diga:

—La nación que “corta el bacalao,” es España.

Y no está inspirado por la vanidad y la fanfarronería este pronóstico, sino por la evidencia de los hechos, tan clara y poderosa, que ante su fuerza no tenemos los españoles más remedio que hacer el sacrifi-

cio de nuestra característica modestia nacional.

Reconozco humildemente que no serán los adelantos de nuestra industria, ni las iniciativas de nuestro comercio, ni siquiera los productos de nuestro suelo los que aseguren esa indubitable victoria de España sobre todos los demás pueblos en el gran certamen internacional de París.

Confieso, con mayor humildad todavía, que tampoco deberemos el triunfo á las corridas de toros...—¿Qué tiene que ver nuestra fiesta nacional con los risibles espectáculos de circo ó de opereta que se preparan allí bajo el disfraz de fiestas taurinas?

España vencerá únicamente por el Arte y por su *magico poder*, como cantan en *Lo-hengrin*.

¡Oh, el Arte!

Puestos, sobre todo, sus soberanos prestigios al servicio de estas típicas costumbres españolas, impregnadas de varonil gentileza, luminosa alegría y bizarro carácter, el Arte triunfa en toda la línea; y ya no queda en las márgenes de la fuente Hipocrene laurel alguno que no se corte para los artistas españoles, cuando buscan éstos sus inspiraciones en las fiestas toreras.

¿He dicho algo?

Pues es un *chavo* lo que he dicho junto á

lo que se puede decir en honor del artista ó artistas sevillanos á quien se debe la última palabra en el género.

¡Mal año para los Villegas, Uncetas, Ferrants, Pereas y Benlliures!

Los pintores toreros han quedado derrotados por un escultor de la hermosa ciudad, reina de las ciudades andaluzas.

—¿Se trata—dirá el ilustrado lector—de alguna obra de Susillo?

No, lector ilustrado. Susillo, que lo concibe todo, y lo realiza todo, y todo lo idealiza también, es incapaz de concebir la obra de que se trata.

Leed y pasmáos, como se pasmó Sicilia contemplando el famoso cuadro de Rafael de Urbino:

“En Sevilla hállanse expuestas dos esculturas que han sido hechas expresamente para figurar en la próxima Exposición de París.

„La una representa á Manuel García (*el Espartero*) en actitud de ejecutar la suerte de matar y con el mismo traje que llevaba en la corrida celebrada en aquella plaza el día 20 de Enero, cuando fué cogido por un toro de la ganadería de Miura.

„Delante de la escultura está el *mismo* toro disecado.

„La otra figura un torero en el acto de po-

ner banderillas á un toro, también disecado, perteneciente á la ganadería de Orozco.,

El *mismo* traje... el *mismo* toro...

El colmo de la propiedad, en este asom-



broso y nunca bien ponderado alarde de naturalismo artístico-taurino, hubiera sido prestarse á "hacer de estatua," el *mismo* matador.

¡Lástima que falte ese pequeño detalle en obra de tantos méritos!

Así y todo, bastan y sobran los que tiene para que España "corte el bacalao,"—ó me corto yo la coleta—en el gran concurso universal de 1889.



¿Se decidirán de esta hecha las grandes potencias á darnos la alternativa en el toreo internacional?

Si no lo hacen, será porque la pícara envidia se lo impida, y porque no son las grandes victorias artísticas las que disponen de

la suerte de los pueblos; pero el triunfo moral no nos lo quita nadie.

Nadie podrá estorbar tampoco la influencia que ejercerán en la política los dos grupos que envía Sevilla á París, cuando los contemplen los hombres que hacen en Europa *la pluie et le beau temps*, según la frase francesa.

El czar de Rusia, M. Carnot y el príncipe de Gales, exclamarán de seguro:

—¡Esto tira de espaldas!

Y, en efecto, se caerán *pa* atrás; y, naturalmente, se alterará el equilibrio europeo.

La importancia de esas obras de arte es tan colosal, que á su lado resulta la torre Eiffel del tamaño de una banderilla de á cuarta.

Habrá quien diga:

—¡Pues ninguno de esos grupos es una obra de romanos!

Concedido; pero ¿quién negará que son una obra de *romanas*?

El éxito inmenso, brillantísimo é indiscutible que aseguran á España en la Exposición, me obliga á admirarlas y ensalzarlas



incondicionalmente; y, sin embargo, no puedo abstenerme de oponerlas algún reparo en forma de pregunta.

Sabemos que la escultura que representa al *Espartero* va vestida con el mismo traje de éste en la corrida del 20 de Enero; pero ¿y la cabeza de la figura?

¿Es de madera policroma?
¿Es de *terra cotta*? ¿Es de cera?

¿El pelo es pintado, ó es natural, como el del Santo Cristo de Burgos?

Y si es natural, ¿se ha tenido el cuidado de trenzar la coleta con cabellos del propio Manuel García?

Esto completaría el mérito de la obra, y espero que si el autor no ha tenido presentes ahora semejantes extremos, no los desatenderá en ocasiones sucesivas, para mayor gloria suya y del Arte.

Y si quiere llegar por tal camino, nada áspero en verdad, sino grato y florido,



de la inmortalidad al alto asiento,

no tiene más que seguir el ejemplo de esos artistas religiosos que antiguamente revestían las caras de ciertas imágenes con piel humana.

Sería indudablemente de asombroso efecto un cartelito, puesto en el pedestal de una de estas novísimas obras de arte, que dijera así:

“El famoso diestro representado en esta efigie ha tenido la abnegación de prestar para la cara de la misma cuarenta centímetros cuadrados de epidermis, que le han sido extirpados por el doctor Bulipén, de la parte más carnosa y posterior de su individuo.”

Abril de 1889.





Las escribiré cuando llegue el momento supremo de cortarme la coleta; y juro á ustedes que no han de ser menos interesantes que las del general don Fernando Fernández de Córdova, publica-

das recientemente con ese título.

Tampoco irán en zaga á los famosos *Recuerdos de un anciano* y á las célebres *Me-*

morias de un setentón, y me prometo dejar bizcos (del derecho) á los aficionados de 1930, probándoles, de la manera más perentoria, que jamás hubo matador que todos los días se arrancase más en corto que *Lagar-tijo*, ni torero que se adornase de continuo con mayor seguridad y elegancia que *Fras-cuelo*.

En tanto que llega esa hora definitiva de poner las cosas en su punto, debo dar un *avant-goût* de mis Memorias, si no al público en general, por lo menos á las personas que frecuentemente me piden datos para escribir mi biografía, y á las cuales dejo siempre sin contestación (descortesía de que me acuso con toda humildad), lo propio que á quien me pide mi retrato para reproducirlo en los semanarios de caricaturas.

¡Mi retrato! ¿Para qué?

Probablemente para que renieguen las gentes de mi estampa, como ocurre con mi inseparable amigo y compañero Mariano de Cavia, á quien cada vez que le sacan á relucir en los referidos semanarios le pintan con una cara de hereje que asusta, siendo, como es, un muchacho de firmísimas creencias religiosas y de acendrada piedad.

El que quiera conocer la *vera effigies* de *Sobaquillo*, que se atenga á la que anda por ahí en ciertas cajas de fósforos, donde apa-

rezco con una fisonomía que recuerda, según unos, la de *Cara-ancha*, y según otros, la del difunto papa Pío IX.

¡Salud y bendición apostólica al retratista!

Por lo que hace á mis datos biográficos, me resigno á usar el *yo* satánico—y no volveré á hacerlo más— para ahorrar molestias á las personas que me favorecen con dichas peticiones.

Si me preguntan las “generales de la ley,” debo contestar, ante todo, que tengo siete años.

Nací el domingo de Pascua de Resurrección de 1882 (el mismo día en que vino *La Lidia* al mundo), en la redacción de *El Liberal*.—Hé ahí la fecha y el lugar de mi nacimiento, y conste que desautorizo toda otra versión.

Mis siete años son como los veinte y pico



que tendría ahora el general Izquierdo, que declaró haber nacido en Septiembre de 1868, y, naturalmente, después no pasaba día sin que los periódicos le dedicasen algún sueltcito por el estilo:

“El capitán general de Madrid no podrá asistir mañana á la revista de las tropas, por hallarse con los primeros síntomas de la dentición..”

Nada me importa que, dándome este mismo género de toreo, escriba alguno:

“El popular escritor Sobaquillo sigue siendo el orgullo de la escuela de párvulos de la calle de la Leche. Ahora está aprendiendo las cuatro reglas. Aún no se sabe si multiplica; pero se ha averiguado que divide..”

Mis pocos años me servirán para justificar muchas niñerías y puerilidades; y si alguien, rechazando la exactitud de la edad que declaro, se obstina en buscarme otra fe de bautismo, siempre me quedará el recurso de decir:

—Pues miren ustedes; ahí está Juan Molina, que me lleva una “racha,” de años, y el otro día decía de él un revistero, al hacer el resumen de la quinta corrida de abono: *“De los niños, Juan..”*

En fin, que soy una criatura.

¿Cómo fué el venir yo al mundo tauromáquico?

Ocurrió en la redacción de *El Liberal* que su cronista *Don Éxito* había sido nombrado en 1881 gobernador de Cádiz, y al llegar la temporada de 1882 se encontró el periódico sin revistero *en titre*.



—¿A quién buscaremos?—dijeron allí una tarde.

Y yo contesté:

—A nadie, estando yo aquí. ¡Venga esa alternativa!

Una carcajada digna de los héroes de Homero fué la respuesta que recibí de

todos mis cofrades. ¡Ninguno creía en mi aptitud para el cargo de revistero de toros!

Tan incompatibles creían mis gustos literarios, mis trabajos en el periódico y mis costumbres fuera de él con aquel nuevo género de tareas, que fueron inútiles cuantos antecedentes y testimonios aduje en favor propio.

Por fin, eché mano á unas tijeras y me corté los faldones de la levita; hice pedir una botella de aguardiente al café inmediato; cogí una capa, y lanceé en toda regla á un señor eclesiástico que en aquel momento entraba en la redacción; armé "una bronca," espantosa á un seglar que venía con no sé qué pretensiones... y mis compañeros creyeron en mí.

Quedé armado de todas armas; y *Fernanflor*, que fué al principio de los que menos fe tuvieron en mi vocación taurómaca, me confirmó con el nombre de *Sobaquillo*, que algunos amigos, entre pachones y perdi-gueros, calificaron al principio de seudónimo mal oliente.

—¡Ya será mejor llamarse uno *Oppoponax* ó *Patchuli*! les respondía yo.

De entonces acá he escrito de estas cosas en puntas más que el *Torrao*, como llamaba al Tostado un teniente de alcalde.

Si lo he hecho bien ó mal, no he de ser yo

quien lo diga; porque ahí están para juzgarme

el tribunal de Dios y el de la Historia.

Lo único que me permitiré decir—para aclarar la vista á algunos—es que no soy escritor taurino propiamente dicho, sino un guisandero que da más importancia á la salsa que á los caracoles.

¿Están satisfechos los que me piden datos biográficos?

Sentiré que les parezcan pocos y sosos; pero no puedo dárselos más ni mejores.

Aprovéchenlos como se les antoje, teniendo en cuenta solamente—y en esto hago hincapié, como favor que pido—que soy de la escuela de Manuel Domínguez, el cual jamás autorizó el mote de *Desperdicios*.

Hay literato tan distinguido como el autor de *La Regenta*, que pone, ó deja poner en las portadas de sus libros y folletos “Leopoldo Alas (*Clarín*)”, ó bien “*Clarín* (Leopoldo Alas)”,.

Respeto, pero no admito ese procedimiento. Si rejas, ¿para qué votos? Si votos, ¿para qué rejas? Si nombre propio, ¿para qué seudónimo? Si seudónimo, ¿para qué nombre propio?

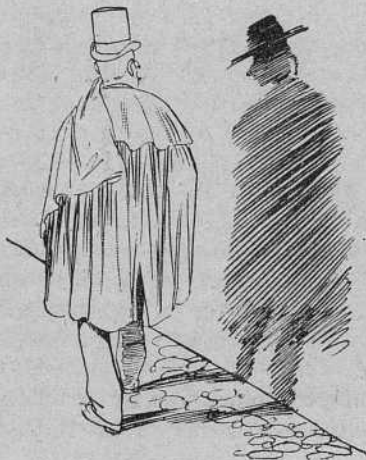
No autorizo, pues, que se mezcle mi nombre de *Sobaquillo* con el apellido de otro

escritor alguno, por estrechos é innegables que sean los vínculos que me unan con él.

La teoría de las dos naturalezas que invocó don Fernando Calderón Collantes, bien puedo invocarla yo también; con tanta más razón, cuanto que con ninguna de ellas cobro del Estado, ni de la provincia, ni del Municipio.

Antes bien, con una y otra—y aun quisiera disponer de muchas más para este fin—no soy más que un rendido servidor de mis lectores.

Mayo de 1889.





EL SANTORAL TAURINO

Hoy lunes 13 de Mayo (día en que escribo el presente artículo), conmemora la Iglesia la gloriosa vida de San Pedro Regalado, y es día en que se debiera repicar gordo del uno al otro confín de la España torera.

Gala con uniforme marca el calendario, por ser el cumpleaños de D. Francisco de Asís, augusto consorte de doña Isabel II; pero nada tiene que ver con eso el repique

general que pido á las campanas y esquilonas.

¿Cuántos españoles saben que San Pedro Regalado fué un santo de grandes méritos taurinos?

Bien pocos, fuera de los hijos y vecinos de Valladolid.

Me ha contado uno de éstos—y á su dicho me atengo, por tratarse de una persona seria y veraz—que en cierto altar de un templo vallisoletano donde se presta culto á aquel santo, se le representa parando los pies con su capa á un toro furioso.

Se trata, según parece, de uno de sus milagros. Se escapó una res brava por las calles de Valladolid en ocasión de hallarse éstas llenas de gente, y el santo impidió que la fiera hiciera de las suyas, por el procedimiento indicado en la devota pintura,

No faltará quien diga:

—¡Valiente milagro! Eso también lo han hecho el *Gordito* en Valencia, y Hermosilla en el Puerto de Santa María.

Lo cual, aparte de no rebajar en modo alguno el mérito de la suerte practicada por San Pedro Regalado, que no era torero de profesión, no quiere decir sino que el día menos pensado pueden instruirse sendos expedientes de canonización ó de beatificación que terminen colocando en los altares

á San Antonio Carmona y al beato Manuel Hermosilla.

Ello es, dejando á un lado estas gallardías, que la fiesta de San Pedro Regalado pasa inadvertida para los toreros y para la afición, cuando tan indicado está el patronato que debiera concederse á aquel glorioso siervo del Todopoderoso.

Si así se hiciera, esto podría servir de base á un Santoral taurino que fortaleciese á nuestros compatriotas en la piedad de sus mayores, á la vez que los confirmase en sus aficiones taurómacas.

Por de pronto, tenemos á 3 de Agosto *Santa Lidia*, patrona del arte en general, y del semanario *La Lidia* en particular.

El día 6 de Marzo es el de *Santa Coleta*, cuyo sólo nombre debiera hacer caer de hinojos á todo individuo de pelo trenzado.

Los ganaderos podrían celebrar, á falta de una, tres festividades.—La de *San Lucas, Evangelista* (18 Octubre), por su famoso toro; la de *Moisés, Profeta* (4 Septiembre), cuyos cuernos de luz simbolizarían la “luz,” que los “cuernos,” dan á los criadores de reses bravas; y finalmente, la de *Santa Romana* (23 Febrero), á quien rezarían para que se la concediese buena á los cornúpetos.

Todavía queda la *Divina Pastora* (18 Abril); pero esta fiesta se reservaría, natu-

ralmente, á los pastores, sin excluir á Angel Pastor.

El día 3 de Mayo, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, los diestros pedirían dar todas las estocadas *en la cruz*; y el día 16 de Julio, fiesta del Triunfo de la Santa Cruz, celebrarían piadosamente todas las que hubiesen metido *hasta la cruz*.

Y todavía quedaría para los aficionados la Exaltación de la Santa Cruz (14 Septiembre), para conmemorar, ambos á dos, uno y otro género de estocadas.

Esto de las estocadas obliga asimismo á dedicar devoto recuerdo á *San Simón Stok* (16 Mayo), y á *San Pedro apóstol* (29 Junio), que amén de otros méritos ya especificados por mí en anteriores ocasiones, tiene el de la famosa estocada dada á Malco por todo lo alto, ganando palmas, música... y la oreja del bicho.

Del arcángel *San Miguel* (29 Septiembre) no hablemos. Ya el célebre literato D. Serafín Estébanez Calderón cantó en un soneto sus glorias taurinas y el regalo que hizo de su flamígera espada á Francisco Montes, cuando este incomparable matador pasó desde la tierra al cielo.

Todo lance de capa, después del patrocinio innegable é indiscutible de la *Verónica* (13 Enero), está estrechamente relacionado

con *San Martín* (21 Junio) y *San Eliseo, profeta* (14 del mismo mes).

Al primero podrían rezarle los peones, cuando perdieran el percal y tuvieran que librarse por pies, la siguiente oracioncita: "Glorioso San Martín, que repartísteis vuestro capote con el desnudo, amparadme con él desde la gloria en este crítico trance. Amén, Jesús.,"

Al segundo podría dedicársele esta otra plegaria: "Glorioso Eliseo, que heredasteis la capa de vuestro maestro Elías, haced que tenga yo la dicha de heredar la de *Lagartijo*, cuando Dios Nuestro Señor le llame á la gloria. Amén.,"

Al salir el toro del chiquero, los lidiadores deben invocar á *San Claro* (4 Noviembre) y *Santa Clara* (12 Agosto) para que resulte la res de igual condición.

Los picadores, además de sus patronos naturales, que son *Santiago, apóstol* (25 Julio) y *San Jorge* (23 Abril), deben encomendarse en las caídas á *Santa Quiteria* (22 Mayo), y una vez hecho el quite con toda fortuna, no estará de más un fervoroso recuerdo á *Santa Librada*.

Cuando un toro tarde en cuadrarse, no tiene el matador más que encomendarse á *San Cuadrado* (26 Marzo), y él le sacará de apuros.

¿Que tiene que tomar el olivo?

Pues *Nuestra Señora del Refugio* (12 Abril) le deparará un burladero protector.

¿Que le silba el público?

Pues ahí está *Nuestra Señora de la Correa ó Consolación* (4 Septiembre), que le dará "consolación," y "correa."

El capítulo es inagotable. Los santos relacionados con el toreo, infinitos. *J' en passe, et des meilleurs.*

Complete este ligero boceto de Santoral taurino cualquier otro devoto de *San Cornelio* (16 Septiembre), que es el celestial patrón de los aficionados de buena fe; y perdóneme el lector discreto por la intercesión del santo *Job, profeta* (10 Mayo), á quien debe encomendarse todo el que me lea... y todo el que se abone á la Plaza de Toros de Madrid.

Mayo de 1889.





CARTA ABIERTA

Sr. D. Julián Palacios,

en esta Villa.

MI QUERIDO AMIGO Y CONVECINO: *Oy no ay sol*—escribió don Casiano Hernández (ó escribieron otros en su nombre); y como él, y con la misma ortografía, puedo yo escribir también: *Oy no ay hasunto*.

—De parte de don Julián, que si tiene usted hecho el artículo para *La Lidia*—vinieron á decirme esta tarde.

—No—respondí;—pero que cuente don Julián con él, porque lo escribiré esta noche sin falta.

¡Pronto lo dije!

He cogido los trastos de matar, he brindado, he soltado la montera, he ido en busca del bicho, y... me he encontrado con que no hay bicho alguno en el redondel.

No encuentro un asunto con el cual pueda arrancarme en corto y por derecho, saliendo en regla de la suerte, es decir, del compromiso.

Asuntos, lo que se llama asuntos, no faltan en rigor; pero ¡son de tan pocas hierbas!

El que más no pasa de *añojo*; y lo menos que puedo torear yo, es un *utrero*.

Si pudiera suspender la función, echando la culpa al temporal, como hace la Empresa de la Plaza de Toros cuando se nubla la venta de billetes, pronto saldría del paso; pero en el presente, no se convencería usted, amigo Palacios, con menos que con una tempestad igual á la del jueves último.

Y tempestades tamañas no se ven más que una vez en cada lustro ó en cada *sextercio*, como dijo el otro.

—Se necesita—decía un portugués en los

momentos más aterradores de la tormenta— que venga por aquí la nata y flor de los toros portugueses, y la crema de los aficionados de Lisboa, para que las nubes castellanas se enfurezcan hasta este extremo.

Yo, que en mi calidad de aragonés tengo también mis pujos de amante de la independencia regional, dije al lusitano:

—¡Pues estas nubes de Castilla son unas groseras! ¡Se conducen con ustedes muy descortésmente!

—¡Bah! —replicó sonriendo y encogiéndose de hombros, si es que puede encogerse un portugués:— esta tormenta, tan imponente para ustedes, es una pequeñez para nosotros.

—¿Las hay así en Lisboa?

—Cada *prima-feira* y cada *segunda-feira*; es decir, cada lunes y cada martes. Esto en Portugal no pasa de ser un chubasco. Allí, amigo mío, todo es formidable y gigantesco.

No fué solamente el cielo el que se perturbó con la presencia de los toros de Palha y los aficionados de Lisboa. Aquella misma noche hubo lo que ahora hemos dado en llamar un “fenómeno sísmico,” ó sea un terremoto, y ya se figurará usted que el altivo hijo de los lusos no dejaría de lanzar al estremecido suelo de Castilla el clásico apóstrofe:

—¡*Nao tumbres, terra!*

Pagados ambos tributos por el cielo y el suelo de Madrid á nuestros hermanos peninsulares, es de suponer que el jueves próximo se dé la sexta corrida extraordinaria, y es de lamentar que esto no pase de ser una suposición, merced á lo desprevénidos que en el año de gracia de 1889 siguen cogiéndonos las contingencias atmosféricas.

Continuamos en semejante punto tan atrasados como el día del

...natal dichoso
de Alimenón de Toledo,

cuando el bueno del alcalde Aliatar dispuso aquellas fiestas en honor de

Zaida, á las cuales

vinieron las moras bellas
de toda la cercanía,

desde Aja la de Jetafe y Zahara la de Al-



corcón, hasta Jarifa la de Almonacid con su amante Audallá



y Fátima la preciosa
hija de Alí el Alcalí.

¡Es mucho cuento!
Hasta en esto de las funciones de toros,

donde al parecer ciframos los españoles el poco gusto y la poca actividad que va quedándonos, se nos adelantan ya y nos vencen los extranjeros.

¿Sabe usted, amigo don Julián, cómo se las han compuesto en la artística y, según dicen, suntuosa Plaza de Toros que se está construyendo en París, á la entrada del Bosque de Boulogne, entre la gran Avenida y la rue Pegorieuse?

Cubierto el redondel con un inmenso *velum* ó toldo de una tela especial y transparente (invento que acaba de realizar un gran fabricante francés), y puesta sobre el tendido una marquesita de cristales, de muy airoso aspecto, que no causa el menor estorbo ni molestia á la vista de los palcos, el espectáculo taurino se librará en Francia de que le apliquen una cancioncilla de por allá, que en España le viene como de molde:

*Il n'a pas de parapluie;
ça va bien quand il fait beau,
mais s'il tombe de la pluie,
il se trempe jusqu'aux os.*

Ya sé que en París hay que andar más prevenido contra la lluvia que en Madrid; pero con eso de la tela especial, impermeable y trasparente, no tiene ya pretexto la

Diputación Provincial para rehusar una comodidad tan rudimentaria en los días lluviosos:

1.º Al público que sostiene una finca de tan constantes y pingües productos como la Plaza de Toros:

2.º A las Empresas que pagan por explotarla un arrendamiento tan crecido; y

3.º A los lidiadores.

Si incluyo á estos últimos (para quien har-to poco significa un chaparrón, al lado de un revolcón) entre los merecedores de aquellas atenciones, es por poner el debido y lógico remate á esta noticia que viene días há ro-dando de periódico en periódico:

“Dice un colega que desde el próximo año económico serán contribuyentes, en concep-to de industriales, todos los toreros en ejer-cicio, satisfaciendo una cuota que tendrá por base el importe de los contratos que hayan tenido durante las tres últimas tem-poradas.

„La manera ó forma de hacer estos tribu-tos será por medio de patentes, con arreglo á la categoría de cada diestro.”

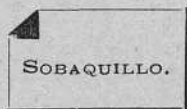
Ya que no se libren los toreros de estos chubascos que traen con el agua al cuello á toda España, ahorrémosles siquiera los otros, ¡á ver si así no se les mojan tanto los papeles!

Y cate usted, amigo Palacios, cómo burla burlando me ha salido el artículo, á la manera que le salió á Lope (salvo la estofa y las hechuras) el soneto que le mandó hacer doña Violante.

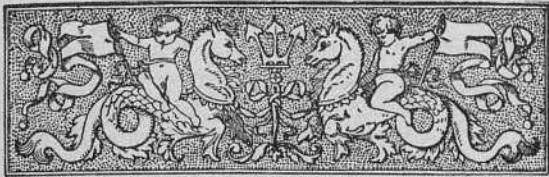
¿Sirve?

Usted lo dirá; y si así fuere, el lector me lo premie. Si no, me lo demande.

Abraza á usted (á través de dos manzanas de casas) su buen amigo y servidor,



En ésta de Madrid, á 8 de Junio de 1889.



POUR UNE FARCE,
VOILÁ UNE JOLIE FARCE



*Toreador, en garde,
Et songe en combattant
Qu'un œil noir te regarde
Et que l'amour l'attend.*

(Carmen, acto II.)

Yo no sé si al torear
en París el *Gordo* — y
quien dice el *Gordo*
dice el *Gallo* y hasta
el *Lagartija* — tendrá
presente, con arreglo
á lo que cantan en la ópera de Bizet, que el
amor le aguarda y que le está contemplan-

do *un ojo negro*; pero lo que puedo dar por seguro es que nada tan á propósito como la lidia que allí se practica para repicar y andar en la procesión; es decir, para tener un ojo puesto en el toro, otro en la novia, y otro en el prefecto del Sena.

¡Cualquiera está para jaculatorias mentales, cuando hay que despachar un Palha que ha conservado piernas ó un Miura que ha aprendido latín!

Meilhac y Halévy, los libretistas de *Carmen*, habían previsto (como maestros que son, al fin y al cabo, en el género bufo) las proezas del *Gordo* en París, y por eso recomendaban al toreador que pusiera sus pensamientos, *en combattant*, tan lejos de la res.

Y, en efecto, con toros embolados y con plumero en vez de estoque, lo mejor que puede hacer un diestro de historia y de vergüenza es pensar en cualquier cosa menos en el arte de Romero y Montes; y no digo en el de *Lagartijo* y *Frascuelo*, porque si también estas dos eminencias se prestan á tomar parte en mojigangas como las del jueves 26 — fecha de la irrupción de los bárbaros españoles en la Roma moderna, — ya no nos queda á los aficionados castizos más remedio que convertirnos en sauces llorones, para que nos planten en el cemen

terio del padre Lachaise, junto á la tumba del toreo serio.

Entretanto, riamos. ¡Plaza al toreo cómico!

La corrida inaugural en la Plaza de Toros de la calle de la Federación (porque no van á ser menos de cuatro circos taurinos los que se levanten en París, amén de las *Arènes Parisiennes*, en donde sólo se "torea," al uso de Provenza y las Landas), ha causado en Madrid más sensación que en la misma capital de Francia, gracias á nuestra imaginación meridional y á todo lo que nos hemos figurado después de leer las noticias telegráficas.

Pour une farce, voilà une jolie farce.

O lo que viene á ser lo mismo en castellano:

Si es broma, puede pasar.

Sin embargo, el extremo á que la llevan podría autorizar la continuación de la conocida redondilla, diciendo de esa broma que

ni puede probarnos nada,
ni yo os la he de tolerar;

pero no seré yo quien diga lo uno ni lo otro.

El bromazo tauromáquico de París prueba, en primer término, la superioridad del torero sobre el toro, como ser dócil y mane-

jable, contra la opinión más comunmente recibida.

Sabíamos ya que no hay toro que se preste á todas las suertes. Desde ahora sabemos que hay toreros que se prestan á todo. ¿Acabaremos por ver á Rafael Molina banderilleando en cesto, y á Salvador Sánchez actuando nuevamente de Sultán en la moji-

ganga *Los eunucos y las oda-*

liscas, como en los tiempos de Antoñeja?

Al paso que van las cosas, no es ningún horror entregarse á tales sospechas. Entretanto, contentémonos con ver al *Ga-*

llo y á *Lagartija* poniendo plumeros á los embolados de la calle de la Federación, y guardémosnos bien de increparles por semejantes pequeñeces.

Aquél, agitando el plumero, cual otro general Bum-Bum, nos replicaría:

—En todo caso, nunca se podrá decir de mí que me quedo como el gallo de Morón: cacareando y *sin* plumas.



Y el segundo nos respondería, mirándose en el espejo de Antonio Carmona:

—Dame pan y llámame *Gordo*.

Tenemos, además, que tolerar benévola-mente la broma taurina de París; porque ¿quién sabe si abre nuevos y luminosos horizontes al arte del toreo, transformándolo de serio en jocoso?

Algo de esto ha previsto, sin saber lo que se “preveía,” un periódico taurino de los que aparecen en Madrid poco después de terminada la corrida; el cual, refiriéndose á la función anterior, y queriendo decir buena-mente que los espadas estuvieron tan trabaja-dores como afortunados, decía no há mu-chos números:

“*Los matadores mantuvieron durante toda la tarde la HILARIDAD del público.*”

El instinto ha hecho profeta al que escri-bió ese estupendo disparate. Vamos á reir-nos mucho con el toreo novísimo; y es lo más bueno que ni aun así dejará el espectáculo de ser harto peligroso. Hasta aquí, eran los lidiadores los que andaban expuestos á pe-recer. Desde ahora son los espectadores los que están en peligro de morir... de risa.

Risibles son casi todos los detalles de la primera corrida dada en la Plaza de Toros de la calle de la Federación; pero, franca-mente, todo ello degenerará bien pronto en

monótono y desabrido, si no se imaginan nuevas y entretenidas variantes.

Por fortuna, ahí está, digo, allí está el *Gordo*, cuya inventiva fecunda é ingeniosa le da el carácter de un Offenbach taurino.

¡Que no deje, por Dios, de practicar en París la *suerte de la venta!*

¿No saben ustedes en qué consiste?

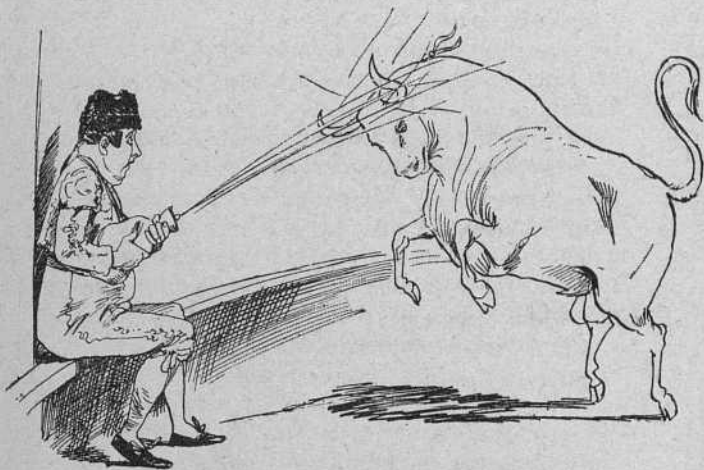
Pues consiste—y más de una vez se ha permitido el *Gordo* practicarla aquende el Pirineo—en tomar una bota de vino llena de agua fresca, sentarse en el estribo de la valla, frente al toro abrumado por el cansancio y muerto de sed, y al verle llegar jadeante y con la lengua fuera, apretar la bota, de suerte que el agua, fuertemente comprimida, salga en refrigerante y enérgico chorro, cayendo sobre el testuz de la res.

Esta, al sentir sobre la abrasada piel el fresco líquido, trata de alcanzarlo con la lengua y absorberlo; en su afán, se entrega á los gestos más imprevistos; hasta baila una especie de danza cómica, y... *le tour est fait*, como dicen los prestidigitadores.

He ahí una suerte que haría furor en París, y que de seguro no silbarían, antes bien la aplaudirían á rabiarse los mismos individuos "protectores de la Sociedad de Animales," según la graciosa errata de la *Agencia Fabra*.

Los interesados, esto es, los toros, se retirarían del redondel con una cierta "interior satisfacción," y quizás lamentarían no volver á pisarlo más.

Por cierto que, entre las noticias telegra-



fiadas de París, me ha hecho muchísima gracia ésta de que los toros corridos en aquellas funciones no volverán á ser lidiados.

¡No, que podían hacer en el redondel lo que hacen en la escena los cuatro comparsas de *I feroci romani!*

Mejor hubiera sido, para contentamiento de nuestra curiosidad, decirnos qué es lo

que se hace con ellos, una vez retirados por los cabestros al corral.

¿Los llevan al Matadero para que sirvan de alimento á los mismos que impiden su muerte en la Plaza?

¿Los conducen á algún asilo de Inválidos del Trabajo?

¿Los devuelven á España para que propaguen en las dehesas el uso del idioma francés?

¿Los acompañan á la *mairie* del *arrondissement* á tomar estado?

Y como no me gusta pasar por preguntón, hago aquí punto final; ó, si se quiere, puntos suspensivos, porque el asunto *donne de oui* (francés del Gordo, el Gallo y Lagartija), y habrá que volver sobre él.

¡Adelante con los plumeros!

Julio de 1889.





PARÍS-MARSELLA-ORÁN



No se trata de trazar el itinerario que conduce desde la capital francesa á la ciudad africana; porque si se tratara de eso, de indicar el camino que

llevan hoy ciertas costumbres, habría que poner el encabeza-

miento de este artículo al revés, ó sea

Orán-Marsella-Paris, pues de Orán parte el ejemplo, en Marsella lo siguen, y en París no falta quien esté á dos dedos de seguirlo.

Si Dumas padre resucitara, reformaría una frase celebérrima de esta suerte:

—El África empieza en los Pirineos, da la vuelta por Orán, y termina en Marsella.

Que en Orán concluya con escándalo y tumulto, y *bronca* por todo lo alto, una corrida en donde la autoridad no permite que se dé muerte á los toros, cosa es que no tiene nada de sorprendente, dada la opinión de los franceses sobre el particular; porque, al fin y al cabo, Orán está en suelo africano, y entre los moros que allí hay y los españoles que allá se han ido, las jaranas de semejante género tienen que ser fruta de todas las estaciones.

Pero ¡ en Marsella !...

En Marsella ofrece ya caracteres más graves, y hasta trascendentales, si el lector se empeña, el monumental escándalo promovido por no haber querido Felipe García y el *Metodo* desobedecer á la autoridad estoqueando sus toros; escándalo que los fogosos adoradores de la *bouillebaisse* dieron "con todo el aparato que requería su interesante argumento," sin que quedara en la Plaza tablón por destruir, banqueta

que deshacer, ni gendarme por insultar.

Marsella ha renunciado á su gloriosa filiación helénico-francesa para "tomar la alternativa,, de ciudad hispano-africana.

Lo que es como á Bismarck se le antoja-se—según su afición á hacerse un sayo, no de la capa, sino del mapa—hacer mal tercio á los franceses por este lado y este estilo, no necesitaba de más pretexto para decir:

—¿Se irrita y altera y alborota esa ciudad porque no se autoriza allí la muerte de los toros? ¡Pues esos síntomas no engañan! Marsella es una ciudad eminentemente española, y hay que reintegrarla á su verdadera nacionalidad, como he reintegrado Strasburgo y Metz á la alemana, y como reintegraré Niza y Ajaccio á la italiana.

¡Y no digo nada si el referido Bismarck supiera que á la prenda de vestir andaluza y torera por excelencia se la llama *marsellés*!

—*Nulla est redemptio!*— exclamaría entonces el feroz enemigo de los franceses; porque él, aunque de caballería, es muy aficionado á los latinajos, y viene á ser una especie de coracero berrendo en dómine.

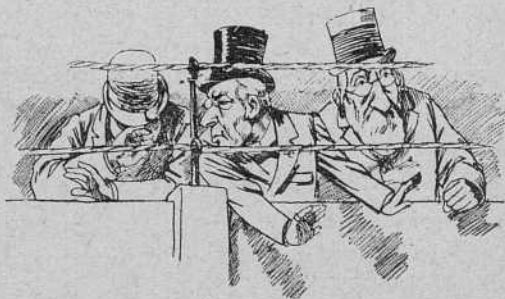
He dicho en el primer tercio de la presente lidia que Marsella no sabe las consecuencias que puede acarrear su manifestación

en favor de la ortodoxia taurina ; pero digo ahora , cambiando la suerte :

¿Y si las supiera?

¿Y si fuera éste un reto lanzado por el arrogante emporio del Mediterráneo á la soberbia metrópoli de Francia?

Pascal dijo:



—Verdad aquende los Pirineos , mentira allende.

El autor de las *Cartas provinciales* no tendría necesidad ahora de pasar la frontera para formular esa sentencia.

Entre París, que se escandaliza al ver á *Lagartija* atreviéndose á estoquear un toro, y Marsella , que se alborota porque Felipe García no se atreve á hacer otro tanto, se alzan hoy unos Pirineos morales (ésta es una metáfora más atrevida que la torre

Eiffel) de más de trescientos cuernos de elevación.

Siempre tuvo Marsella gustos toreros y tendencias separatistas. ¿ Habrá llegado el momento de realizar esos gustos y tendencias, introduciendo la *división de plaza* en la geografía política de Francia ?

¿ Surgirá por un quítame allá esas astas una guerra de secesión como la de los Estados Unidos ?

¿ Tendrá que refundir Julio Verne , aplicándolo á los propios franceses, *Norte contra Sur* ?

¿ Habrá de renovar Alfonso Daudet en su *Numa Roumestan* el famoso y típico estudio de los caracteres, costumbres y temperamentos que diferencian á la gente del Mediodía de la gente del Septentrión ?

Bajo este último aspecto, algo podría decirse acerca del clamoreo levantado en París contra los toros de muerte, y de la algarada habida en Marsella á favor de la suerte de matar; pero ¡ librenme Dios y el evangelista San Lucas de meterme en psicologías ni fisiologías de once varas!

Son muchas varas esas, y yo no tengo brazo, ni jaca, ni garrocha para meter la puya tantas veces.

Ni humor tampoco.

El mío solamente me permite tomar de

capa estas amenidades de la vida contemporánea, y consignar el curioso contraste que se da á orillas del Sena y á orillas del Ródano, para que el sociólogo deduzca lo que quiera (que probablemente no deducirá nada en limpio).

Los parisienses, variando la letra de la *Marsellesa*, cantan :

*Allons, enfants de la patrie,
le jour de gloire est arrivé ;
contre nous la tauromachie
vent porter le sanglant VOLAPIÉ...*

Y los marseleses, como padrinos y tocayos del himno inmortal, lo varían con más legítimo derecho, contestando :

*Aux cornes , citoyens!
Ne soyez pas cochons!
Allons, marchons!
Qu'un sang impur abreuve nos HURONS!*

Veremos, al cabo de esta competencia entre Marsella y París, quién estoquea á quién, y de quién decimos, con Ramos Carrión:

¡Aquí, cantándola, matan!
¡Allí, cantándola, mueren!

Entretanto, cantándola, tiran los bancos á la Plaza; y ¿qué más pueden hacer en favor del progreso taurómico los aficionados franceses sino empezar por donde solemos concluir los aficionados españoles?

Julio de 1889.







CORREO EMBOLADO

SEÑOR DON ENRIQUE ROMÁ,

en Paris.

Mi querido amigo y consecuente anabaptista: Doblemente regocijado, por lo que toca al cariño y por lo que atañe al buen humor, he recibido tu carta del *boulevard*, y con ella el curioso ejemplar de la hoja suelta contra los toros, que se repartía á la salida de la primera función que se dió en la Plaza de la empresa Hernando.

Es un documento que parece dictado por el tipo inmortal en quien tu tocayo Henri Monnier acertó á personificar tan maravillosamente la memez solemne, la hinchazón burguesa y la cursilería intelectual.

M. Joseph Prudhomme n'en aurait pas fait mieux, me permito decir (por no ser menos que el *Gallo* en su brindis) en otra carta que escribo hoy al doctor Thebussem, remitiéndole el gracioso documento.

¿A qué mejores manos podía ir á parar?

En las mías no hubiera durado más de veinticuatro horas, y el doctor, águila caudal que desde las nubes aprecia en su justo valor la menor brizna del suelo, sabrá dar al papelejo aquel destino que mejor le convenga. Concédale los honores de la colección ó los de la higiene, siempre saldrá servida la "curiosidad."

Lo que ahora tendrá que oír y que ver es lo que digan y escriban los taurófobos después de la hazaña realizada por *Lagartija* en la función del jueves 4, atreviéndose á estoquear un toro *pour de bon*.

(Si dejas á algún traductor de folletines esta carta, cuida de advertirle que *pour de bon* no significa *por lo bueno*.)

—*Tue-le, tue-le!* dicen que gritó el público, aplicando contra el cornúpeto el famoso apóstrofe de Dumas hijo en favor de los

cornúpetos de otra clase: *Tue-la, tue-la!*

Y el bueno de Juan Ruiz "cumplió,, con dos pinchazos y media estocada tendida, acabando el puntillero con el toro, pero... ¡después de levantarlo TRES VECES!

Francamente, el estreno de la suerte de matar ha debido quitar las ganas de volver á verla á los parisienses mejor dispuestos en su favor.

¡Cómo habrán puesto el espectáculo de *répoussant, révoltant y dégoûtant!*

La suerte suprema no podía presentárseles á los parisienses más que *imponiéndola* con brío verdaderamente avasallador. Y para imponerla en donde nunca la han visto ejecutar, no tenemos hoy en España más que un solo torero: Rafael Guerra.

Los mismos *Lagartijo* y *Frascuelo*, cuya autoridad es aquí tan extraordinaria y cuyo prestigio ha tiempo que ha llegado hasta París, no podrían cargar ahora con aquel peso.

El gran torero y el gran matador se encuentran en el caso de aquellas mujeres espléndidamente hermosas, ya muy entradas en la madurez, de las cuales se dice que "tienen días,,. Cuando están en esos felices momentos, eclipsan á las beldades juveniles más frescas y rozagantes; pero ¿y cuando la suerte no les concede tal favor?

Convengamos en lo que queda expuesto más arriba, y convengamos asimismo en que fué un error permitir á *Lagartija* que parodiase el final de *La última lamentación de lord Byron*, cambiando la lira, digo, el plumero, por la espada.

Por supuesto, que no se pudieron quejar los espectadores. ¡Mira tú que si llega á ser el *Gordo!*... Aquella tarde se arma en París la gorda.

No tendrás perdón de Dios si no me comunicas detalles del juicio de faltas á que han sido citados el empresario y el matador. Por cierto que los periódicos no dicen nada del puntillero... ¿Lo reservan quizá para la guillotina?

Dime también qué han hecho con las tres espadas decomisadas á *Lagartija*. ¿Las han llevado ya al Museo Cluny? ¿Las reservan quizá para combatir á la triple alianza? ¿Las devolverán "emboladas," á su dueño?

Contéstame á todos estos puntos, porque la impaciencia me ahoga más que el calor. ¡Y eso que ni en el Senegal aprieta tanto como está apretando en esta nuestra bendita tierra!

Figúrate que en Valencia han muerto, dentro de los vagones donde iban destinados á Barcelona, nada menos que diecisiete toros, asfixiados por el calor.

Ignoro qué medidas habrá tomado la Sociedad Protectora de Animales contra este alarde tauromáquico del rubicundo Febo; pero supongo — y en todo caso deben recoger

la idea los bestiófilos—que se habrán juntado los individuos de la Sociedad para dar una silba al sol, como hizo nuestro ejército el día de la batalla de Tetuán, al verlo aparecer después de quince días de lluvia.



Yo le he tocado las palmas; pero desde la sombra, por si acaso.

Esta alternativa tomada por el rey, ó, si lo prefieres, por el Carnot de nuestro sistema planetario, ha sido el hecho tauromáquico más saliente de estos últimos días. Antes se contentaba con picar, y con picar bien. Ahora mata, y mata de verdad. ¡ Va-

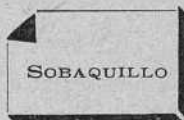
mos, que el sol ha resultado ser el Felipe García de los astros! Como éste, ha pasado de varilarguero á espada.

Además de la alternativa del *olipandó*, debo darte cuenta de la del *Fabrilo*, pocas semanas hace, y de la del *Tortero*, á quien se la dará *Frascuelo* mañana domingo, si el tiempo no lo impide.

Del *Fabrilo* no te diré sino aquello de que España es una nación eminentemente agrícola... ¡Que el toreo *fabril* no sirve, ea!

Respecto del *Tortero*, lo mejor será, dados los malos tiempos que alcanza la afición, atenerse al adagio, y convenir en que "á falta de pan, buenas son tortas,,.

Y aguardando la tuya (no la torta, sino la carta, aunque si quieres mandar tortas de la feria de Neuilly no te las despreciaré) te abraza por encima de los Pirineos tu verdadero amigo,



En Madrid á 6 de Julio de 1889.



TOROS DE GUERRA

No aludo á los que estoquea Rafael II, ni tampoco quiero decir que este sin par mancebo se haya metido á criador de reses bravas, como Rafael I, su glorioso predecesor.

Trátase de una nueva idea que entrego á la masticación, deglución, digestión, etcétera, etc., de mis contemporáneos, y que

viene á continuar la serie de "estudios," en que me he propuesto aplicar á la tauromaquia las *ineluctables* leyes del progreso.

Creo que no necesitará más explicaciones el lector que me haga la merced de recordar mis artículos *Un nuevo cuerpo facultativo, Lances de honor, Toros mecánicos, Santoral taurino, El estanco de los toros*, y alguno más de igual especie.

La idea que voy á apuntar me la ha sugerido un hecho que acaba de ocurrir en Sevilla, ó, mejor dicho, en sus afueras.

¿Quién no ha leído en los periódicos lo acontecido á un regimiento de caballería, que estando de paseo reglamentario, tropezó con los toros destinados á tres corridas, con sus correspondientes paradas de cabestros y el obligado acompañamiento de ganaderos, zagales, garrochistas, etc., etc.?



Los caballos del regimiento se asustaron, desbocándose gran número de ellos. Hubo graves caídas de los soldados, y en el ganado daños sin cuento,

porque los animales se lanzaban ciegos hacia las zanjas y arboledas, coceándose mutuamente en los encontronazos.

Aquello fué un desastre; los oficiales que conducían la tropa se vieron en grandísimo aprieto para poder rehacerla y regresar al cuartel á reponerse de tan imprevista y singular derrota.

Las consecuencias que hasta ahora ha tenido esta aventura un si es no es cervantesca, redúcense á una serie de altisonantes oficios (esto es muy español), mediados entre el coronel del regimiento, y el capitán general, y el alcalde de Sevilla, y no sé si también el arzobispo.

¡Cuán diferentes habrían sido las consecuencias, si todo ello hubiera pasado en un país más juicioso, más práctico y más observador que el nuestro!

Cuando solamente la pacífica aparición de los toros y su acompañamiento causó tal desorden y estrago en la caballería, ¿qué no habría ocurrido si se hubiera azuzado y enardecido á las reses bravas?

Porque es de suponer que en aquel campo de Agramante—en donde los cabestros harían el augusto papel de reyes Sobrinos— todos los esfuerzos de vaqueros, zagales y garrochistas se encaminarían á mantener quietos y tranquilos á los toros.

De otra suerte, se arma allí la de San Quintín... vuelta del revés. Es decir, á costa de las armas españolas

y del glorioso pendón
de Castilla y de León.

Un hecho así, acaecido entre alemanes, ingleses ó franceses, tendría consecuencias

serias y resultados formales; porque al momento se pensaría en sacar partido de la bravura y del ímpetu de los toros para reforzar y aumentar los recursos del arte de la guerra.

¿No aprovechan los ingleses en su ejército de la India las poderosas facultades del elefante, ni más ni menos que en tiempo de Darío y Jerjes?

¿No hacen lo propio en Egipto con los camellos?

¿No han creado franceses y alemanes un servicio de *perros de guerra*, del cual se proponen obtener grandes ventajas?

¿No estudian también la manera de utilizar las golondrinas en una forma análoga á la de las palomas mensajeras?



Pues si, á pesar de los extraordinarios adelantos en el armamento moderno, y á despecho de las inmensas transformaciones que está experimentando el arte de guerrear, se advierte ese empeño por aprovechar todas las fuerzas animales de la naturaleza, ¿ por qué no ha de seguir España el ejemplo de Alemania, Inglaterra y Francia, y á falta de elefantes y camellos, se vale de lo más fiero al par que manejable de la fauna española, formando un cuerpo de *toros de guerra*, que, á fin de evitar rivalidades, ocuparía un puesto intermedio entre los cuerpos especiales y las armas generales de nuestro ejército?

Tenemos los primeros cuernos del mundo—aunque nos esté mal el decirlo,—y no es cosa de desaprovechar tan buenas armas.

Harto más avisados que nosotros eran los españoles de la antigüedad, y harto lo probaron en la tremenda paliza que dieron á los cartagineses á cuatro leguas de la vieja Salduba (hoy Zaragoza), si hemos de creer á Florián de Ocampo y á Duchesne.

Amílcar Barca, el gran caudillo cartaginés, pudo dar cuenta fácilmente de los mil y un pueblos en que se dividían los habitantes de la Península; pero en cuanto se juntaron oretanos y ólcades, túrdulos y turde-

tanos, carpetanos y vetones, corietes y austrigones, bastetanos y bástulos, etc., etc., para dar al invasor la batalla definitiva, la cosa varió de aspecto.

El encuentro fué á orillas del Ebro. La infantería cartaginesa, ayudada por los famosos elefantes africanos con sus torres á cuestas, fué impotente para romper las apretadas filas de los iberos. Amilcar tuvo que apelar á su recurso supremo, y la formidable caballería númida se precipitó sobre las masas de indígenas.

Éstos, en efecto, empezaron á replegarse en desorden á uno y otro lado apenas tuvieron encima los terribles jinetes africanos; pero ¡cuál no sería el asombro de la caballería al ver que, detrás de los españoles, al parecer fugitivos, surgían movibles torbellinos de fuego, que avanzaban en revueltos giros contra los cartagineses!

Los iberos habían reunido verdaderas manadas de toros y grandes carretas cargadas de materias inflamables, con sus correspondientes bueyes, en cuyo testuz ardían hacecillos de paja impregnados de pez y alquitrán.

“Incitadas las bestias—dice un historiógrafo—por el dolor y la gritería, se precipitan furiosas, arrollando y abrasando cuanto encuentran á su paso, y dejando

horribles surcos entre las filas enemigas.

„La confusión comienza : entre el humo y la polvareda no se ven más que aquellas columnas de fuego, que corren, giran y vuelven á correr por medio del ejército casi destrozado. En vano Amílcar quiere poner orden en sus filas: su voz es ahogada por los lamentos y gritos de espanto.

„El ejército cartaginés cae deshecho, y para acabar de concluir con él, la caballería celtibera, que hasta entonces había permanecido impassible tras de un montecillo, se precipita sobre los restos del enemigo, le alcanza y le acuchilla sin piedad.

„Amílcar ve su perdición sin remedio, y fiando su salvación en la fuga, hunde el acicate en el vientre de su corcel, que, relinchando, se desboca hacia el río : un pelotón de celtiberos le sigue. Al llegar el general al Ebro, redobla sus esfuerzos y entra en



sus espumantes ondas. El generoso corcel, herido ya, pretente en vano ganar la opuesta orilla, y los soldados españoles, detenidos en la ribera, miran con inquietos ojos á Amílcar luchando desesperadamente con las aguas. Por último, la cabeza del general cartaginés se hunde y vuelve á aparecer varias veces, hasta que un remolino de espuma viene á ocultarle para siempre.,,

¿Qué tal? ¿Toreaban nuestros antepasados? ¿Tenían mano izquierda?

La derrota de Amílcar fué de gran trascendencia para la altiva Cartago, y el efecto que produjo en los iberos fué tal, que

TODAVÍA SE FESTEJA EN ARAGÓN.

¡Así como suena, caballeros!

Es fama—y no es broma, puesto que se trata de una versión recogida por cronistas serios—que de aquel ardid famoso proviene la costumbre, conservada todavía en muchos pueblos de Aragón, de correr por la noche toros, en cuyas astas arden bolas de pez y alquitrán, y á los que vulgarmente se llama hoy *toros de ronda*.

¿Prosperará mi proyecto de *toros de guerra*?

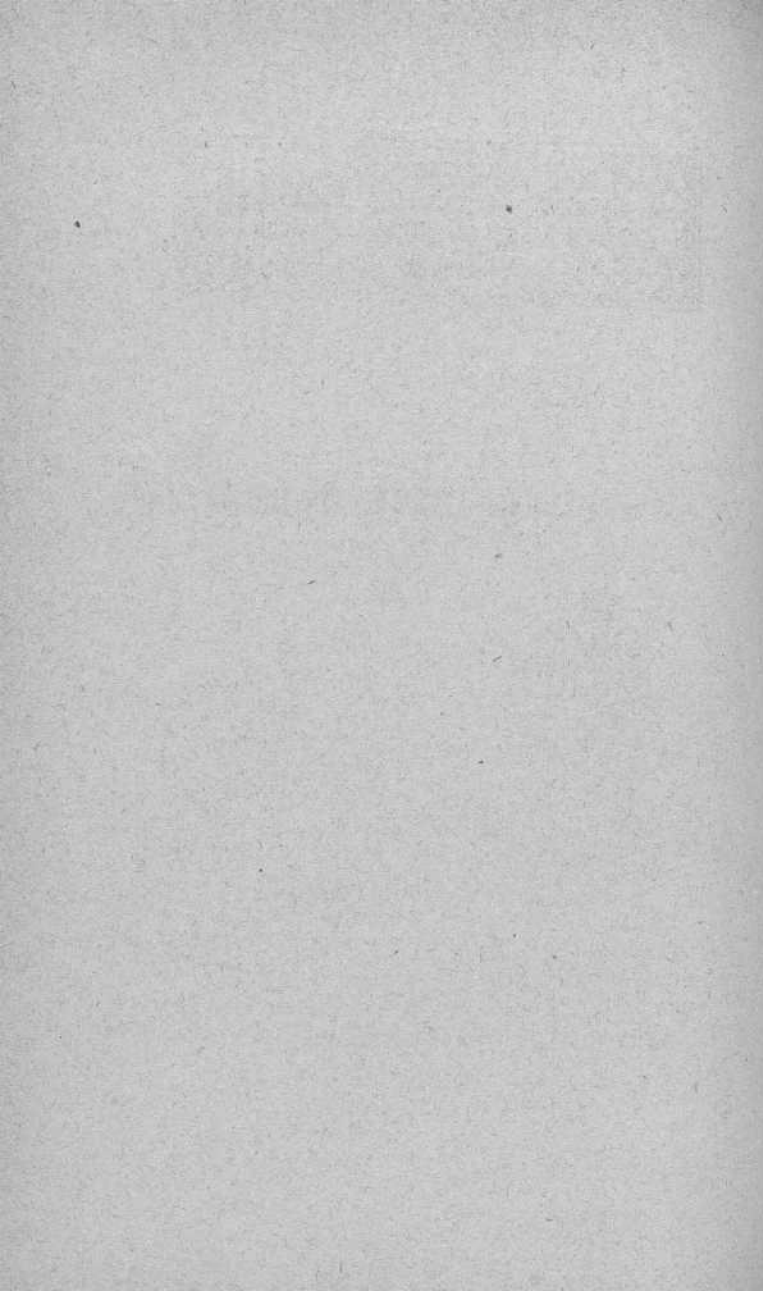
Ahí está la idea, para que la recoja, si quiere, el general Cassola—el de las reformas *non-natas*—ó algún émulo suyo que se proponga eclipsarle.

Yo, entretanto, á guisa de himno nacional, cantaré la incomparable marcha de *Pan y toros*, modificando la letra levemente:

España será libre,
libre Castilla,
mientras haya en España
reses bravías ;
porque tenemos
para asustar á Europa
miles de cuernos.

Septiembre de 1889.







SE ARRANCAN PITONES SIN DOLOR



No ha mucho tiempo que vi anunciada en un periódico la vista en juicio oral y público “de la causa seguida á un conocido republicano de Málaga por hurto de tres *pitones* ó trancos de la pita”.

—¿Y ocurre eso en Málaga — exclamé indignado al leer la noticia—sin que hasta las piedras se levanten contra los fautores de ese atropello ignominioso?

Ignoro en qué habrá parado el proceso

del conocido republicano malagueño ; pero si los Tribunales han hecho una víctima más del aforismo que dice *summum jus summa injuria* , consuélase el procesado con otros ejemplos altísimos de desdichas semejantes.

También Jesús, redentor de la humanidad, y Sócrates, iluminador de la razón, y Galileo, averiguador de la verdad física, y Colón, descubridor de otro hemisferio, y hasta Parmentier, propagador de la patata, fueron igualmente conspuídos (permítame Castelar el usufructo de este epíteto) y vieron desconocido de igual suerte su derecho á la admiración y al respeto de todos los hombres de buena voluntad.

Podrá el malagueño sufrir una pena transitoria por el acto de que se le acusó ; pero desde las gemonías (permítame Castelar esta nueva intromisión en su particular vocabulario) subirá hasta la cumbre misma del Capitolio, y allí recibirá coronas sin cuento y homenajes sin medida.

Figúrese el discreto lector qué prodigioso efecto produciría en Madrid la llegada del malagueño aludido, previa una racha de anuncios en esta forma :

“Se arrancan pitones sin dolor.”

Con esta nota, por supuesto:

“También se hacen zurcidos sin conocerse en el cuero cabelludo.”

Los triunfos de este bienhechor, real y efectivo, de la sociedad contemporánea, eclipsarán en pocas horas los que en su larga vida torera han logrado *Lagartijo* y *Frascuelo*, si el intrépido operador, tomando en corto á sus clientes y arrancándose por derecho, los *desminotaurizaba*—como diría Balzac—por todo lo alto, y salía perfectamente por la cola...

—¿ Por qué cola ? — preguntará el curioso lector.

Por la cola de pacientes, que de fijo habría formada á todas horas á la puerta del ilustre operador.

Ni la coronación famosa del Petrarca, ni a que Mad. de Stael soñó para su Corina, ni la de nuestro insigne Quintana, ni la apoteosis en vida de Víctor Hugo, ni las fiestas de Granada en honor de Zorrilla, podrían compararse con lo que harían en obsequio del malagueño los infaustos héroes de las tragedias, dramas, comedias y sainetes del teatro conyugal.

¡Maravillosa ceremonia la que en semejante ocasión podría disponerse!

Los agradecidos clientes del gran malagueño, libres del peso de sus... preocupaciones, le acompañarían en espléndido cortejo, vestidos, unos con el traje de Menelao en *La bella Elena*; otros con el de protago-

nista de *El nudo gordiano*; éstos como el Renato de *Un ballo in maschera*; aquéllos como los burgueses florentinos de *Boccaccio*; todos, en fin, con atavíos de igual olor color y sabor



Y al desfilarse el triunfador con su brillante séquito bajo arcos compuestos de aquella materia dura y transparente que suele servir para hacer peines, mangos de cuchillo y tinteros de bolsillo, los organizadores de la fiesta dirían con más orgullo que el alcalde

del chascarrillo, tocándose la espaciosa y serena frente:

—¡Todo eso ha salido de aquí!

Con las entusiastas aclamaciones de los *desminotaurizados* confundiríanse las voces de gratitud de los peluqueros por poder cortar ya el pelo á muchos de sus parroquianos sin dificultad alguna; las de los sombrereros, libres también de tomar medidas extraordinarias á muchos de sus clientes;

las de los caseros, á quienes tan desesperados traen los deterioros que gran parte de sus inquilinos les causan involuntariamente en los marcos de las puertas y en los techos de las habitaciones...

Y así sucesivamente, sin olvidar á los comerciantes y tenderos que opinen como un amigo mío que abrió hace poco su establecimiento en la Carrera de San Jerónimo, con toda la portada pintada de encarnado.

—¡Qué rojo tan chillón!—le dije al verla.

—Es verdad, y aun á mí mismo me daña la vista; pero ¿qué quiere usted? Ese color es el único á que acude la mayoría de mis conocidos.



Lo he dicho y lo repito.

Podrán los jueces de Málaga haber impuesto al extirpador de pitones una pena transitoria é inmerecida ; pero no lograrán sustraerle , como nuevo Mesías que es , al culto de aquella inmensa parte de la humanidad que padece hambre y sed de reformas verdaderamente "capitales".

El perseguido de hoy será el redentor de mañana.

Yo me complazco en ser el primero que le envía entusiasta saludo. Conste , sin embargo, que al saludarle no me quito el sombrero...

Podría figurarse que necesito sus servicios.

Octubre de 1889.





VIRTUTI ET MERITO

AL ILMO. SR. D. CARLOS GROIZARD Y CORONADO



Publicista, licenciado en Derecho, tercer secretario de Embajada, ex diputado á Cortes, gobernador civil de la provincia de Salamanca, caballero de la Orden de Carlos III, comendador de la de Isabel la Católica, etc., etc., etc.,

EN SALAMANCA.

Mi querido amigo:
Ante todo, siguiendo la antigua costumbre de españoles—lo mismo moros que cristianos,—pediría á usted albricias; pero ¿qué albricias habría de dar á un tan constante é impeni-

tente heterodoxo como yo, un tan perfecto é inapeable ortodoxo como usted?

Ni siquiera le aceptaría una de esas condecoraciones musulmanas del *Medjidié*, del *Nischam Iftijar*, etc., que trae usted emparejadas con las cruces católicas; porque en materia de veneras y cintajos, no estoy más que por la Legión de Honor de Francia y por la Altísima Orden de la Gran Cordillera Pirenaica de Andorra, republicanas ambas á dos.

Si usted me las proporciona, estaré á dos dedos de lograr la completa felicidad, y alcanzaré ésta por entero en cuanto pueda lucir, al lado de aquellas insignias, las de la Real y Efectiva Orden del Mérito Taurino é Intelectual, que más tarde ó más temprano habrá de fundarse en España y dehesas adyacentes.

¿Que no?

¡Vaya si se fundará!

Y advierto á usted que uno de los primeros agraciados con la placa y banda de la nueva Orden será usted mismo.

Si para ingresar en ella se necesita formar expediente, allá va, como base y fundamento para formarlo, esto que me complace en recortar, y recorto á lo Juan Molina, de un periódico salamanquino:

“A los pueblos que solicitan licencia del

gobernador para correr novilladas se les concede el permiso á condición de que previamente hagan efectivos sus atrasos por razón de las obligaciones de instrucción primaria.

„El sistema este ha dado tan buenos resultados, que la mayor parte de los pueblos que se hallaban en descubierto por estas atenciones, tienen al corriente dichos atrasos.

„Si esto no se llama tener sangre torera de pura raza, que venga Dios y lo vea.

„Los pobres maestros de escuela tienen por necesidad que inculcar á sus discípulos taurinas aficiones, si no quieren que, tiempo andando, peligren sus mermadas asignaciones.

„La enseñanza torera y la instrucción primaria marchan paralelamente en estos pueblos..”

—¡Olé ya, y vamos paralelizando!—exclamé lleno de gozo al leer esas últimas líneas del diario salmaticense.

¿Qué español de buena casta, en quien se junten el cariño á las viejas costumbres de la tierra y el amor á las refulgentes luces del progreso, no hubiera hecho lo mismo, echando el sombrero al ruedo é imaginándose ver en él á usted como jefe de cuadrilla, seguido de todos los alcaldes y todos

los maestros de escuela de la provincia de Salamanca?

¡ Ahí es nada ! ¡ Reconciliar á Cristo con Belial ! (Si se me permite tomar por Cristos á los maestros de escuela, cuya pasión y muerte no son inferiores á las del Mesías, y



se me consiente "comparar á la afición taurina con Belial, que era un dios cornudo.)

¡ Ahí es una friolera ! ¡ Conseguir que la enseñanza torera y la instrucción primaria marchen paralelamente !

En donde la afición á los toros sea nula ó rudimentaria, ó permanezca en estado latente, esa "marcha paralela," no significaría

nada ni tendría mucho desatisfactoria; pero en donde la sangre torera hierve, ó *jirve*, como dicen los clásicos, con el ímpetu y constancia que distinguen á los hijos legítimos de ese riñón de Castilla, la frase que sirve de tema á esta carta significa mucho.

Y es, además de halagüena, tan trascendental, que de ella ha de derivarse la creación de la Orden que echo de menos, y que más tarde ó más temprano deberá fundarse.

Claro está que el procedimiento no es nuevo; pero ¿quién lo ha seguido con tan admirable éxito como usted?

—Si ese pueblo (decían los gobernadores al alcalde de Villamorral ó al de Villacerri) no hace efectivos sus atrasos por las obligaciones de iustrucción primaria, no concedo licencia para correr toros, ni novillos, ni becerros, ni siquiera caracoles.

Y, *en efecto*, con tal de no pagar al maestro, los pueblos se quedaban gustosos sin novillos.

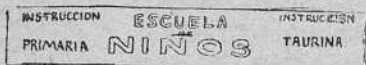
Es decir, se los hacían al pobre profesor.
Lo que cantan en una popular zarzuela:

En España, con gusto,
quedamos ciegos,
si le saltan un ojo
á un compañero.

Eso ocurría hasta en provincias y regio-

nes donde el vulgo tiene vinculada la afición taurina; con lo cual queda demostrado que en esas comarcas andan tan anémicos en punto á sangre torera como en lo tocante

á la instrucción pública.



Solamente en Aragón, que ya sabe usted

que es mi tierra, para lo que usted guste mandar (con ó sin bastón de autoridad civil), ha dado fruto aquel sistema; porque allí fructifica en seguida todo lo bueno.

Y con ese laurel se quedaría Aragón, sobre los infinitos que tiene conquistados, si usted—al decir de los papeles públicos—no hubiera recabado

para los salamanquinos la definitiva y áurea palma, acertando á dar espléndido desarrollo al procedimiento y llegando á conseguir que en esa privilegiada porción de la Península marchen "paralelamente," la primera enseñanza y la afición á los toros.

¡ Voto á Dios, que la cosa me ha dejado enteramente *lelo* (sin *para*),

y que diera un doblón por describilla,

como dijo el otro de cosa bastante más deleznable y pasajera!

Pero me reservo para tratarla como es menester en alguna conferencia del Museo Pedagógico, en alguna lección del Ateneo de Madrid, quizá "en el seno," del Consejo de Instrucción Pública, y acaso desde el propio banco azul, sosteniendo un proyecto de ley; si es que usted no se me adelanta á ocupar ese anhelado puesto—como es lo más seguro,—y da á la idea todo el desenvolvimiento de que es susceptible.

Se establecería, por de contado, la Real y Efectiva Orden de que he hablado más arriba. Se podrían instituir *Corridas de Honor*, subvencionadas por el ministerio de Fomento para los pueblos que más atendieran á la instrucción primaria. Habría *Novilladas de Mérito*, subvencionadas con arreglo á los fondos provinciales, que seguirían á aquéllas en importancia. La carne de las reses muertas en esas funciones se distribuiría entre los maestros de escuela que con mayor celo hubiesen estimulado á sus alumnos, así en lo taurino como en lo intelectual...

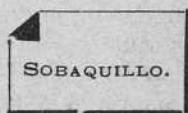
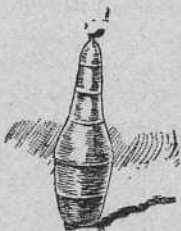
¡Qué sé yo! Se presta tanto el asunto, que no quiero ofender la fantasía y viveza de imaginación de usted, trazando líneas y poniendo colores en donde usted dibujará y

pintará cuanto se le antoje , dejándose llevar de las mágicas sugerencias de la *folle du logis*.

Yo , que me complazco en desatenderla, para obedecer tan sólo las severas enseñanzas de la realidad , veo abrirse nuevos y luminosos horizontes á la cultura patria en este inesperado consorcio de las Letras y los Cuernos, que daría ocasión á un nuevo Don Quijote para refundir deliciosamente el célebre discurso de las Artes y las Letras.

Si yo tuviera fuerzas para hacerlo , yo lo haría.

Entretanto, y á falta de cosa mejor, acepte usted un testimonio más de mi amistad y un abrazo extraoficial—¡muy extraoficial!—de su afectísimo seguro servidor q. b. s. m.



En Madrid á 12 de Octubre de 1889.



LA VIDA PARISIENSE



¡Cuidado, que no me refiero á la célebre opereta de Offenbach!

Podría, no obstante, servir el asunto que tengo sobre el tapete para una segunda parte de aquella deliciosa farsa, si viviera todavía el Orfeo bufo que animaba con su música cosquilleante y retozona las caricaturas escénicas de Meilhac y Halévy.

Entre los agasajos que en el segundo acto de la opereta se prodigan

al barón de Gondremark, recién llegado á París, y dispuesto á

s'en fourrer

jusque-là,

jusque-là,

esto es, á ponerse como el chiquillo del esquilador, podría figurar "el toreo para andar por casa,, que ha inventado un periodista parisiense.

Al lado de esa invención, *La soirée de Cachupin* es un engendro tan frío como incoloro.

Mientras alguno de nuestros picapedreiros literarios se ocupa en transportarla al teatro, quiero entretener con ella á mis lectores, "arreglándola,, del francés.

Fabricio Cuadrado (vamos al decir, Carré), ha publicado un artículo en *La France* con este título: "De la influencia de la Exposición en las reuniones de la sociedad,,.

Hasta ahora—según la tesis del cronista—todo el que trataba de "quedarse en casa,, y ofrecer á sus amigos una fiesta animada y divertida, tenía que echar mano siempre de los mismos recursos.

—Tendré que contar ante todo—se decía el dueño de la casa—con las niñas de Mengáñez, que ya están bastante ajaditas y no

pierden ni un baile desde hace doce ó trece años; pero, en fin, son *decorativas*, y sobre todo, son las únicas que bailan los lanceros con todas las figuras de la tradición. Pues ¿y la de Perengánez? ¿Quién prescinde de la de Perengánez? Vendrá á las doce y media bien dadas, y nos cantará la romanza *Dolce sguardo*, que viene “colocando” en todas las *soirées* habidas desde 1879; pero la tal romanza es ya tan de cajón, que si no la oyeran mis invitados, se llamarían á engaño y hasta torcerían el gesto. ¡Y lo mismo digo si no traigo al chico de las de Zutánez! Le oiremos por la milésima vez el inevitable monólogo *Los cancheros*, imitando á Coquelín, y mis amigos saldrán de casa verdaderamente encantados.

Todo eso ha concluído — dice Carré, — gracias á la Exposición Universal.

Los parisienses que se queden en casa podrán ofrecer á sus contertulios cosas bastante más nuevas.



¡No más lanceros, romanzas y monólogos! Las niñas de Mengánez (*mesdemoiselles de Mainganay*, como si dijéramos) se plantarán en medio del salón y bailarán un fandango, imitado de las gitanas de la Exposición, con sus correspondientes meneos de caderas y brazos, corregido todo ello—y agravado—con gestos y muecas de señorita parisiense.

¡Qué éxito obtendrán! Hasta es posible que encuentren novio, y gracias al fandango, se vean libres de ellas las tertulias.

La de Perengánez (*madame Perengenville*) renunciará á su *Dolce sguardo*, y saldrá por seguidillas, imitadas también de la *troupe espagnole*. Los invitados se crearán trasladados á Sevilla, y hasta los jugadores de *whist*, que no dejaban las cartas por oír la romanza tan conocida, saldrán del gabinete al salón, se figurarán estar delante de la propia *Macarrona*, y animarán extraordinariamente la reunión lanzando los *oles* de ordenanza (los *ollés*, escribe Carré).

El cronista advierte al dueño de la casa que todas estas cosas cuestan más caras que las antiguas, porque despiertan la sed y “animan la bebida”, como decimos en España.

¿Y para fin de fiesta?

Las de Mengánez han dejado el meneo y emprendido el *flirteo* con sus admiradores. La de Perengánez se ha dejado caer sobre un sofá, muerta de cansancio... ¿Cómo reanimar la *soirée* y concluirla dignamente?

Nada más fácil, gracias á la Exposición... y á las modas españolas.

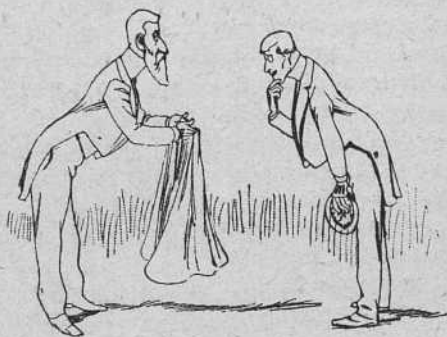
—Dispone usted— dice el cronista de *La France*—sillas y butacas en forma de circo; deja usted un espacio libre delante de la puerta del salón, cuidadosamente cerrada; en seguida distribuye usted á los invitados, en vez de los tradicionales juguetes del cotillón, picas, banderillas y capotitos de colores, y espera usted

la entrada del chico de las de Zutánez, que vendrá inevitablemente á recitar el monólogo de costumbre.

La señal de su llegada la dará la criada de la casa, á la cual habrá aleccionado previamente un trompeta de caballería,



¡Tarari! Suena el clarín en la antesala; se abre la puerta del salón; penetra en él nuestro héroe, y los convidados empiezan á tomarle de capa, á darle el quiebro de rodillas, á darle bofetaditas en el hocico, á picarle y á banderillearle, gritando: *¡Bravo! ¡Toro!* (Así lo pone Carré.)



Claro está que el pobre Zutánez se asombrará primero, y se resistirá después; pero su asombro y su resistencia serán un encanto más, que dará verdadero carácter taurino á la *soirée*, y aun si ocurre que el cornúpeto improvisado no protesta — es decir, si sale manso, — los contertulios tendrán todavía el divertido recurso de agitar uná-

nimemente los pañuelos y gritar, como en la Plaza de Toros de la rue Pergolèse: ¡*Vacca!* ¡*Vacca!* (Al texto francés me atengo.)

El cronista parisiense espera distraerse mucho este invierno con el programa que señala á los organizadores de fiestas de sociedad; pero advierte á los lectores que la parte taurina del programa requiere cierto tacto y discreción.

Los caballeros deberán guardarse muy bien de mirar á la señora que tengan al lado cuando griten: ¡*Vacca!* ¡*Vacca!*

Deberá también evitarse, en lo posible, que el papel de toro lo desempeñe un casado.

¿Qué opinan de todo esto mis lectores madrileños?

Convengan conmigo en que tienen gracia *y tal*—como dice el *Regatero*—las ocurrencias del colaborador de *La France*, que en vez de Cuadrado se debiera llamar Redondo, por lo bien que “redondea,” lo que escribe, y porque merecía ser tocayo de nuestro ilustre Chiclanero.

¡*Ollé!* ¡*Ollé!* (como él dice.)

Aunque no logre aclimatar en la vida parisiense las innovaciones que señala,

el intentarlo sólo es heroísmo,

y me apresuro á proponer que se abra en las columnas de *La Lidia* una suscripción para regalar al diestro parisiense una muleta de honor, en premio á la habilidad con que trastea á sus compatriotas.

Octubre de 1889.





À ENSEÑARSE TOCAN

Ó LA «TOILETTE»

Á GRANDE ORQUESTA

También podría titularse este artículo, ateniéndome al origen y al género del asunto que lo inspira,

LE GRAND LEVER
DE SA MAJESTÉ LE ROI
LOUIS XIX

Pero no quiero "francesear," más de lo necesario, y prefiriendo ampararme bajo un epígrafe más castizo, imitado del que lleva el sainete de moda en Madrid, cedo este otro título á *Caliban, Grosclaude, Millaud, Champsaur*, ó al que quiera poner en solfa—ya por lo fino, ya *grosso-modo* la ocurrencia *bien parisienne* de que da cuenta el *Figaro* llegado ayer á esta villa que fué del oso y el madroño.

Y digo que *fué*, porque ya no le queda ni una cosa ni otra... Nuestros mejores madroños se los ha llevado á París la flor de la majeza de ambos sexos, prendidos (no los sexos, sino los madroños) de sus basquiñas á lo Goya y de sus chaquetillas toreras; y en cuanto al oso, allá se han marchado también los que mejor "lo hacen," por principios.

Ello es, volviendo al tema, que un Barnum ha propuesto á Luis Mazzantini—recién llegado á París y jaleado por Blasco en el periódico de la calle Drouot—que se deje ver vestir los días de la corrida, ó lo que es lo mismo, que, en vez de vestirse solo en su cuarto, se vista en un gran salón, donde serán admitidos á ver la *toilette* las señoras y los caballeros que paguen una cuota determinada.

El diestro se presentará en el salón al

salir del baño, envuelto en una bata, que bien podrá ser

una bata
¡alelí!
con vivos encarnaos.

En seguida procederá á vestirse, y cuando tenga ya puestas todas las prendas de su traje de matador, sin que quede nada por enseñar, se irá á la Plaza sin ocuparse — dice el cronista — de ninguno de los espectadores para nada.

Las crónicas no añaden si Mazzantini ha aceptado semejante proposición.

Proposición que demuestra — lo digo en elogio del Barnum, de quien ha partido — un profundo conocimiento del corazón humano y vísceras adyacentes; amén de un estudio, hecho á conciencia, de los gustos reinantes en la moderna Babilonia.

Es indudable que así como Calipso no se podía consolar de la marcha de Ulises, Francia echa á veces muy de menos, con vivir tan á gusto bajo el régimen democrá-



tico y republicano , algunas de las entretenidas y ostentosas mojigangas de la antigua monarquía.

Una de éstas era la ceremonia de *le petit et le grand lever* de los reyes, que se verificaba al levantarse de la cama el soberano.



En la primera parte no intervenían más que los individuos de la familia real (*los príncipes de la sangre*, como se decía con bien poca limpieza) y los magnates más allegados al trono. El Delfín, ó uno de estos grandes señores, presentaba á S. M. la camisa y le ayudada á ponérsela.

Tras de estas y otras escenas que recuerdan las de Rodríguez y Escriu en *Barba-*

Azul, venía la segunda parte (*le grand lever*), que consistía en salir el rey, de bata y babuchas, á la cámara, en donde recibía el homenaje de los demás cortesanos,

re-
verentes,
di-
ligentes,

y veía si éstos inclinaban la espina dorsal dos ó tres centímetros más que el día anterior.

—Yo renovaré todo eso—ha debido de pensar el referido Barnum; - pero modernizándolo y “cotizándolo”, para conciliar las antiguas costumbres de Versalles y Trianon con las actuales de Chicago y New-York.

A la par de Su Majestad el Tenor, monarca absoluto en ambos hemisferios, “disfrutamos”, en España de Su Majestad el Matador, y este rey nuestro se halla á tan poca distancia de serlo también de los franceses, que ya se piensa en concederle los regios honores del *grand lever*; á tanto la entrada, con rebaja á favor de los colegiales, militares sin graduación y señores sacerdotes.

Las señoras sacerdotisas, diaconisas simplemente, del culto que el discreto lector

se puede figurar, deberán pagar á precio más subido que los ó las demás asistentes; porque ellas son las que salen ganando, por uno ú otro estilo, en esta deliciosa combinación.

El Barnum habrá dicho:

—¡Hasta el nombre de Mazzantini es favorable á mis planes! Hay franceses que suspiran por un Napoleón... Pues bien, yo les daré un Luis. ¡Se encuentran con quince francos de ventaja!



Y como acceda este Luis á la ceremonia del *grand lever*, tendrán los parisienses un Luis XIX, y dejaremos tamañitos al fastuoso Luis XIV,

al refinado Luis XV, al débil Luis XVI y al escéptico Luis XVIII.

No hay para qué decir que no puedo creer en semejantes complacencias por parte de Mazzantini, ni de ningún otro torero español; pero si se diera el caso de que alguno "se prestara á la suerte,, se podría dar al espectáculo muy curioso y divertido desarrollo.

La música, en primer lugar, se impone. Es cosa que pide ¡música! ¡música!

Aparte de la sinfonía, que se compondría adrede para ejecutarla antes de la presentación del diestro, y en donde un maestro de genio haría seguramente maravillas, lo indicado, al salir el protagonista del baño envuelto en su bata, sería un poco de música del primer acto de *Niniche*.

Después, á medida que avanzase la ceremonia, podría ejecutarse (letra de Olona y música de Gaztambide) aquello de

Voy á ponerme hermoso,
bonito y fresco,
como una flor,

y algo de lo que canta Zerlina al desnudarse en el segundo acto de *Fra-Diávolo*, sin perdonar el *ritornello* cómico de uno de los brigantes, que habría de encomendarse á uno de los picadores de la cuadrilla.

La parte más importante del concierto sería el *refrain* de los célebres *couplets* de Escamillo en la ópera *Carmen*, modificando levemente la letra de Meilhac y Halévy con arreglo á las necesidades de la situación:

Toréador, en garde,
et songe, en T'HABILLANT,
qu'un œil noir te regarde,
et que l'amour l'attend.



Todo ello, incluso lo de *l'œil noir* (el ojo negro), conmovería seguramente al diestro, y daría lugar á inesperados episodios en el curso de la acción.

Y no todo sería música, *jonjana y guasa verde*, como dicen los andaluces; porque podría darse al espectáculo mayor delicadeza y elevación, gracias á las aficiones literarias—y sobre todo teatrales—que van privando entre los toreros modernos.

El diestro recitaría, con acentos y ademanes á lo Rafael Calvo, los versos de Segismundo en *La vida es sueño*:

«¿Yo despertar de dormir
en lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente
que me sirve de vestir?
¿Yo entre músicas y flores?...» etc., etc.

Con lo cual tendría el acto, además del carácter taurino, verdaderos tonos de “solemnidad literaria”.

Así podrían, por otra parte, disculpar y justificar su asistencia muchas damas y caballeros (sin contar los académicos é hijas de familia); pero no estorbaría poner en el salón varias *loges grillées*, ó sea tribunas con celosías, porque hay personas tímidas y reservadas que gustan de saborear estos

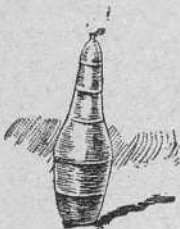
espectáculos á solas, sin mezclarse con la muchedumbre.

¡A cuántas ampliaciones y *développements* se presta la ceremonia ideada por el Barnum parisiense!

Sin embargo, quiero parar la jaca antes de que se me desboque; y dejándome en el tintero—que es de cuerno, naturalmente—no pocos comentarios y ocurrencias nada flojas, abandono las derivaciones de esta peregrina *Exhibition* al examen del doctor Cullérre, para que en la nueva edición de su libro *Las fronteras de la locura* añada algo á lo que allí dice de los “exhibicionistas”,

y de este canto y de su historia salgo.

Septiembre de 1889.





¡LLORAD, PATRIOTAS!

Si, llorad; y al derramar vuestras lágrimas, no contéis siquiera con el leve consuelo de poder enjugáros las, porque esto no lo habríais de hacer sino con un pañuelo de *Lagartijo*, y es claro que, aunque el maestro tenga muchos, nunca serán bastantes para tantos millares de ojos.

¡Y qué ojos!

Los más dulces y enloquecedores (*coté des dames*) y los más ardientes y expresivos (*coté des hommes*) deben tomar parte por igual en este lloriqueo patriótico, pues se trata de un duelo que daría motivo á un

moderno Catulo—á un Catulo Mendés, pongo por caso—para regalarnos con un nuevo

Lugete Veneres Cupidinesque

como el que inspiró el pobre pajarillo de Lesbia.

Triunfábamos en el grandioso certamen de París, á falta de otros méritos, por los de nuestra preciosísima sangre... torera.

Destacábase y sobresalía España, ya que no por más elevada representación, por la que habíamos otorgado á *Cara-ancha*, *Maz-zantini* y *Valentín Martín*.

Lo mejor de París—y al decir "lo mejor," ya se sobreentiende que se habla de las mujeres—había sancionado y realzado tales éxitos, juntando á las palmas y laureles del combate las rosas y jazmines del amor...

La *buffalitis*, como ha dicho un cronista parisiense, había dejado de causar estragos, cediendo el puesto por completo á la *tauromaquitis*; y hasta las más fervientes admiradoras del capitán Cody (a) *Buffalo-Bill*, le habían vuelto desdeñosamente las espaldas, convenciéndose de que los bigotes y las melenas del Barnum norteamericano no valían un maravedí junto á las coletas y las caras semiclericales de nuestros toreros.

No por ser ese efecto perfectamente indiscutible, ha dejado de discutirse la causa; porque el cronista á quien antes he aludido, pasmado ante los desastres producidos por la *tauromaquitis*, se preguntaba :

«En quoi ces messieurs à performances accusées par des collants de satin rose et bleu mourant, aux têtes plus ou moins glabres de vieux séminaristes coupables, ont ils bien pu séduire nos esthétiques de l'avenue des Acacias?»

Dejo el parrafillo en francés para que nuestros toreros no se irriten al verse comparados con los seminaristas viciosos, ni éstos se mueran de gusto al verse equiparados con los héroes de la tauromaquia.

Ello es—por más que el parisiense no se explicase la razón—que las hijas de Eva estaban allí en “el disloque,” por las hechuras de Angel, Luis, Valentín y *Cara*, y que el entusiasmo de algunas ha llegado hasta el punto de abandonar lucrativas y envidia-



das posiciones (ó si se quiere, posturas) por marcharse tras de un Escamillo más auténtico y original que el que habían visto interpretar al barítono Taskin.

Pero ¡ay! que todo pasa, todo acaba y todo cansa... Los laureles ganados por nuestros toreros en la moderna Babilonia, están á punto de secarse miserablemente; y á punto, por consecuencia, de sufrir lastimosa derrota el amor propio español.

Sí, patriotas: ¿de qué nos servirá haber quedado bien en nuestro reciente conflicto con Marruecos, si va un moro á vencernos y humillarnos en pleno París, á la faz del mundo civilizado y en el campo mismo de nuestras últimas victorias?

La llegada á la capital de Francia del famoso moro argelino Ahmet-Ben-Amar, cazador de leones, hace sospechar á todos los *fins connaisseurs* de las parisienses, que á la actual epidemia de *tauromaquitis* va á suceder una fuerte y aguda crisis de *Ahmet-Ben-Amaritis*, y que el reinado de las chaquetillas recargadas de oro y plata va á sucumbir ante el imperio de la chilaba y el turbante.

—¿Y por eso hemos de llorar?— exclamará algún lector, ardiendo en santa ira y en furor patriótico, y sintiendo asomar el fue-

go á sus mejillas, en vez de las lágrimas á sus ojos.

Sí, lector; no nos queda más remedio que echarnos á llorar, como Abu-Abdallá-el-Zaquir, al contemplar por última vez la hermosa Granada.

Cuando las excitaciones y arengas bélicas á que ha dado lugar el incidente de Alhucemas han sido recibidas por el pueblo español con tan desconsoladora frialdad, ¿qué efecto queréis que le produzcan mis trenos jermiácos y la derrota que amenaza á nuestros más legítimos y castizos representantes en París?

Los mismos toreros, con ser los mayores enemigos de la media luna y los llamados á sufrir personalmente las consecuencias de la victoria del moro Ahmet-Ben-Amar, tendrán flema y cachaza suficientes para no arrancarse contra él á volapié, ni siquiera á paso de banderillas.

Desarmados por el corruptor y afeminado toreo de París, se contentarán, á lo sumo, con marcar la suerte.



¡Malditos plumeros!

Y si no espero nada de los hombres de espada y muleta, ¿qué he de esperar de los de espadín y tricornio?

La diplomacia debiera tomar cartas en el asunto, pues se trata de un cazador de leones; es decir, de un enemigo jurado y declarado de nuestro escudo de armas; de un infame musulmán que se dedica á aniquilar los símbolos vivientes de nuestra fiereza y bravura.

Pero ya verán ustedes cómo la diplomacia permanece impassible, á pesar—¡y cuidado que es grave la coincidencia!—de que España está representada en París por todo un señor León.

¿A qué se aguarda? ¿A que Ahmet-Ben-Amar lo cace?

Resueltamente, este país está perdido.
¡Llorad, patriotas!

Octubre de 1889.





EL BIGOTE

DE

PONCIANO

— ¡Qué porquería! — exclamará el discreto y pulcro lector. — ¡Un *Plato* que es todo pelos! (1)

Verdad; y si el lector no es lector, sino lectora, con lo

(1) Este artículo no es de *Sobaquillo*, sino de *Cávia*, y se publicó en *El Liberal* como *Plato del día*.

cual subirán de punto aquella discreción y pulcritud, |

yo le suplico
que á mi poca precaución
otorgue su perdón ,

(letra y música del popular dúo de los paraguas), y como siga leyendo, después de haberme respondido con el obligado

pues perdonado desde luego
queda usted ,

verá que ello no podía ser de otra manera, ni me era dado proscribir de mi cocina este género de guisote.

El bigote de Ponciano Díaz es hoy la comidilla de medio Madrid, y yo no soy quién para negarme á servir al público platos de su gusto.

Si los parroquianos de Fornos y el Inglés se empeñaran, no habría más remedio que poner en las listas de uno y otro *restaurant*:

"*Mojama á la Gilimón.*"

"*Gallinejas á lo Lavapiés.*"

"*Cordilla variada.*"

No es que el mostacho del intrépido y notabilísimo caballista mejicano deba figurar en la historia capilográfica de la humanidad al nivel del puesto que se reservaría en

nuestro *Arte de Cocina* á aquellos "manjares".

Todo lo contrario.

El bigote de Ponciano es negro, fino, sedoso, está muy bien puesto y se recorta con mucha gracia, varonil y española, en el semblante del hijo de Méjico, y sobre todo, lo lleva él.

Y á él, según cuentan las crónicas, se le hace tan cuesta arriba despojarse de su bigote para vestirse de torero español y tomar la alternativa de espada en la Plaza de Madrid, que de esa resistencia suya parece originarse la tardanza en la realización de la ceremonia tauromáquico-internacional.

No en vano se llama cuestiones peliagudas á las arduas y difíciles.

La del bigote de Ponciano Díaz lo es tanto, que hasta simboliza y representa la lucha entre la Tradición y el Progreso.

Casi casi entre el Oscurantismo y la Luz.

Si vuelve á representarse en Madrid el baile *Excelsior*, le asegurará un nuevo y brillante éxito, un verdadero *regain de succès*, el cuadro en donde salga la Luz amparando con majestuoso ademán la integridad y libertad capilográfica de Ponciano, mientras el Oscurantismo avanza hacia el torero, con la bacía y el jabón en una mano y con la navaja de afeitar en otra.

No es de ahora esta lucha.

En tiempo de la primera guerra civil, cuando los barberos dibujaban á las gentes en la cara verdaderos programas políticos, algunos toreros se dejaron el bigote, á fin



de hacer pública ostentación de sus ideas liberales.

A los de á caballo (como el gran picador Francisco Sevilla, que llevó el bigote mucho tiempo) les toleró el público la audaz innovación; pero ésta pareció tan mal en los lidiadores de á pie, que se juntaron contra ellos tirios y troyanos, blancos y negros, carlistas y liberales, obligando á los dos ó

tres revolucionarios "en pelo," á quitarse el consabido atributo.

Desde entonces acá la tradición ha seguido victoriosa, y áun se ha exagerado; porque hasta las patillas, tan castizas y características en otro tiempo, han caído al golpe de la tijera y la navaja.

El único torero que todavía las gasta es el *Regatero*, y el único picador, José Calderón. ¡Dios se las conserve muchos años!

Pero viene Ponciano Díaz, se resiste á sacrificar en aras de la tradición el bigote que tantas veces se ha atusado, satisfecho y orgulloso, después de sus triunfos en Méjico y en España, y á la manera del dueño del sembrado, que veía una burra ajena comiéndosele el trigo, exclama con razón:

—¿Qué tienen que ver los bigotes con el estoquear toros?

Nada, y á fe que *Lagartijo* no valdría menos por llevar unos bigotes á lo Moret, ni *Frascuelo* perdería en valor por gastar unas barbas á lo Pidal.



Pero ¿á que no hacen la prueba?

De fijo que tampoco hará D. Francisco Pi y Margall la que le ha propuesto Juan Vallejo en un soneto muy punzante, invitándole á presentarse ante los federalistas sin barbas y sin lentes...

Como tampoco se resignaría Castelar á perder aquel bigotazo que parece estar diciendo á todas horas :

—¡ Mucha artillería ! ¡ Mucha caballería !
¡ Mucha guardia civil !

Todo esto tiene algo de *fetichismo*, y quizá por haberlo olvidado D. Cristino Martos, dejándose crecer la barba, viene sufriendo tales derrotas y amarguras. Cambió de fisonomía, y lo único de que pueden cambiar los hombres políticos es de casaca.

A los toreros se les permite, y aun se les aplaude, el cambio en la cabeza... del toro.

Por eso sin duda no quiere hacerlo Ponciano Díaz en la propia. Y es fácil que alegue, para no despojarse del bigote, razones análogas á las que tienen nuestros toreros para no dejárselo crecer ; pero sobre toda clase de argumentos, está la voluntad nacional.

Cúmplala Ponciano, como la cumplía Espartero,

no el torero,
(¡qué torero!)
el valiente General.

y guárdese bien de dar oídos á los partidarios de componendas absurdas, que le aconsejan que se tape el bigote antes de ir á los toros, al modo de ciertos actores cuando tienen que desempeñar determinados papeles.

Ese remedio sería peor que la misma enfermedad.

Nada, nada. Transija Ponciano, y entregue su cabeza al barbero, porque si no, se expone á que la pida el público.

Mientras no se proclame el revolucionario principio de *La cabeza libre en el toro libre*, eche pelillos á la mar, y llámenos, si gusta, gente de poco pelo.

Y, en fin, que no se diga de un hombre de su mérito y excelentes prendas:

—¡Mire usted que “ponerse moños,” debajo de la nariz!...

Octubre de 1889.





GALOP FINAL



Se cumplieron las profecías.

¿Recuerdan ustedes aquellos anuncios fatídicos y siniestros que hicieron á principio de verano en las Cortes los políticos conjurados contra la situación?

Decía el general Cassola, tomando el olivo :

—En [descargo de mis temores os advierto que tenéis el peligro muy encima.

Seguía el Sr. Romero Robledo, perdiendo las zapatillas y desciñéndosele la faja :

—Si este Gobierno sigue, temo por la paz pública y por la monarquía.

Y concluía el Sr. Martos, tirándose de cabeza al callejón :

—Yo digo al Sr. Sagasta como dijeron los Carvajales á Fernando IV : “*Cuatro meses vivirás* „. Me despido con esto hasta fines de Octubre, en que tendremos otro ministerio.

Y, efectivamente, ahí le tienen ustedes ya, formado por unos cuantos ganaderos andaluces.

Se cumplieron las profecías de los conjurados, no á costa, como querían ellos, de la situación P. M. S., sino á expensas de la otra, de la marcada con las iniciales M. R. F., que ahora se han convertido en R. I. P.

Cayó, pues, la situación taurina, ya que no la política, y los hombres de la conjura pueden darse la satisfacción de decir, para dejar á salvo el amor propio :

—¡Pues no íbamos tan descaminados!

Con lo cual ya pueden presentarse altivos y orgullosos en las Cortes; iniciar con toda autoridad el debate próximo, y, en fin, *dé-couper la morue*, como decía en París á M. Carnot un conspicuo personaje fusio-nista, hablando de “cortar el bacalao.”

—¡Váis á tener que marcharos á América como Mazzantini!—dirá el de Antequera.

Y le responderá el de la Rioja :

—Lo que debe hacer el Sr. Romero Robledo es mirarse en el espejo del Sr. Romero Flores.

Sea de esto lo que quiera , y sea cual fuere el juicio que merezca á los cronistas presentes y á los historiadores futuros la gestión de la Empresa que acaba de dejar el poder como quien deja el capote en las astas de una res codiciosa , lo cierto es que la temporada taurina de 1889 ha concluído gloriosamente.

Gloriosamente , sí ; porque ha muerto como el célebre toro *Jaquetón* , recibiendo la puntilla, sin dar lugar á que se le estoquease.

Dos corridas de abono se han quedado en el tintero.

(—¿Qué tintero?

—El tintero

donde moja la pluma el *Buñolero*.)

La nueva empresa empieza por devolver á los abonados el importe de las localidades para esas corridas, y los hombres reflexivos no podemos menos de exclamar:

—He ahí una prueba más de la supremacía de la tauromaquia sobre la política.

¿Cuándo se ha visto que unos gobernantes nuevos paguen las trampas de los anteriores?

Cubiertos todos los compromisos de la situación taurina, dirá Calino, y aun Gedeón, y hasta Fabié:



—La temporada de 1889 concluye... bajo los mejores auspicios.

Ha sido, en efecto, una temporada que dejará grandes recuerdos y llenará muchas páginas en los fastos tauromáquicos.

Aparte de las alternativas dadas al *Tortero*, *Fabrilo*, *Zocato* y *Torerito*, con las cuales queda asegurado para muchos años—sobre todo con las tres primeras—el esplendor del arte taurino ;

aparte de las dos memorables corridas de Beneficencia, con su séquito de escándalos y *brincas*; aparte de la sensación causada por el anuncio de la retirada de *Frascuelo*, que no quiere exponerse á concluir su carrera como Tamberlick y Cánovas; aparte, en fin, de otros episodios no menos importantes, la temporada de 1889 será particularmente famosa

por su carácter internacional. Ha sido el año de la supresión de las fronteras.

Nuestros toros han roto la valla, metiendo la cabeza en el extranjero, mientras otras reses forasteras invadían nuestros redondeles.

Y quien dice toros, dice lidiadores (cuernos á un lado, por supuesto).

En tanto que el ganado portugués de Palha mostraba en nuestros circos que no es costal de *palha*, ni muchísimo menos, poníanse en París "moralmente," á la altura de la torre Eiffel, las astas de nuestros toros... á falta de las astas de nuestras banderas.



En tanto que los toreros españoles triunfaban en París y anulaban los Pirineos har-to mejor que Luis XIV, vencían en Madrid los toreros mejicanos, anulando las distancias inmensas del Atlántico y las viejas rencillas de familia.

¡Ah! En verdad, en verdad os digo que si por algún camino hemos de llegar los humanos á aquella fraternidad universal tan

anhelada por filósofos y poetas, ha de ser por la senda del toreo internacional,

senda por donde han ido
los varios diestros que en París han sido.

La fecha de 1889 se inscribirá en el libro de la Historia al lado de la fecha inmortal de 1789; que si hace cien años trajo raudales de luz al mundo entero la proclamación de los derechos del hombre, ahora hemos abierto los ojos á todo el mundo, mostrándole en pleno París las grandezas del toreo por derecho.

No ha lucido, es verdad, en todo su esplendor el arte de Costillares y Montes ante las gentes y naciones congregadas en París, como tampoco en 1789 se realizaron en toda su plenitud aquellos nobles y benditos ideales.

Pero todo se andará; y así como la magnífica lucha empezada en 1789 llegó á sangriento paroxismo en 1793, ¿por qué no hemos de ver los toros embolados de hogaño, libres de sus astas y muertos á estoque en 1893, á instancia del mismo pueblo de París?

Entonces sabremos si acertó ó no Pepe-Hillo, cuando se recibió aquí la noticia de la ejecución de Luis XVI, y hubo de pre-

guntar en la tertulia donde se hablaba del suceso :

—¿ Y cómo ha muerto Zu Majeztá ?

—Degollado—le dijeron.

—¿Degollao?—repuso;—¡nunca zerán torero ezoz francezez!

El tiempo nos dirá si Francia es capaz de colocarse á nuestra altura , completando las grandes iniciativas tauromáquicas del año de la Exposición.

¡ Hasta el que viene , lectoras y lectores!

¡Y quiera Dios que nos coja
con salud y con dineros
la Empresa de ganaderos ,
que brotó al caer la hoja !

Octubre de 1889.





CARNOT

EN EL APARTADO

Con ese mismo título publicó hace pocos días *El Liberal*

el siguiente telegrama:

“*Paris 30* (10-40 n.).—El presidente de la República, M. Carnot, ha asistido hoy al apartado de los toros para la corrida de mañana en la Plaza de la calle de Pergolese, fijándose con curiosidad en todos los incidentes.

„El personal de la Plaza le ha aclamado con entusiasmo.—L.”

Este suceso vendría á coronar los de diversos géneros que han ocurrido en el París taurino de 1889, si el verbo "coronar," pudiera emplearse con exactitud á propósito de una escena en que ha intervenido como protagonista el jefe de un Estado republicano.

Pero si no á coronar, ha venido á sancionar todas las suertes del toreo hispano-francés el acto de M. Carnot; y la sanción ha sido tal, que nunca pudieron soñarla tan completa y definitiva los mayores partidarios de la supresión de la barrera pirenaica.

No se contentó el presidente de la República con presentarse de improviso en el apartado de la Plaza de Toros, sino que lo hizo con carácter semi-oficial, yendo acompañado del general Brugère.

Lo vió todo, lo alabó todo, gastó dos horas en hacerse cargo de cuanto encierra la Plaza de la rue Pergolese, y para fin de fiesta, se hizo dar una lección de tauromaquia, y ¡tomó la alternativa!

La tomó, sí, señor; y en realidad, las presentes líneas debieran titularse *La alternativa de Carnot*, y el presente artículo debiera traer la reproducción gráfica de la escena, no en caricatura, sino en serio.

El encargado de poner en manos de mon-

sieur Carnot el estoque y la muleta, fué Valentín Martín.

Después de haber explicado y ejecutado el diestro los pases de muleta y las estocadas, el presidente de la República, que había seguido la explicación con extraordinario interés, quiso á su vez manejar el trapo y el acero para darse cuenta de los diversos movimientos que había visto ejecutar al torero español.

Y es fama que M. Carnot no sintió el menor embarazo ni dificultad al manejar los trastos. No le faltó más que gritar:

—¡Vengan ratas!

El acto del presidente de la República, á quien inmediatamente dió el lisonjero dictado de *barbián* todo el personal español de la Plaza de Toros, es tanto más sorprendente, cuanto que M. Carnot es la corrección y la frialdad personificadas. Derecho, rígido, impasible, se presenta en todas partes tan inalterable y bien compuesto, que los parisienses dicen que su frac y su levita son de hojalata negra.



Pero está de Dios que no haya granito ni hierro—cuanto más hojalata—que resista á los prestigios, estímulos y atractivos del toreo.

Francia, victoriosa sobre Europa y América en el gigantesco y pacífico torneo de 1889, se ha dejado vencer por España; y no por la España de las letras, las ciencias, las artes, los vinos, los granos, los tabacos (¡ni si-



quiera por la España de los chocolates de Matías López!), sino por la España de los cuernos.

Y de los cuernos embolados, para mayor ignominia... de los franceses.

Un aficionado á las metáforas clásicas diría que la túnica de Deyanira en que se ha abrasado el Hércules francés, ha sido el capote esplendoroso y deslumbrante de nuestros toreros.

Sin embargo, el de Valentín Martín no aniquilará ni consumirá á M. Carnot... Antes bien, le prestará calor y fuerzas para la brega en que está empeñado.

Nieto de aquel insigne Carnot, llamado

el organizador de la victoria, que fué al gran Napoleón más de lo que es Juan Molina á Rafael *el Grande*, quiere reverdecir los laureles de su abuelo, acrecentándolos en provecho propio.

En vez de preparar las reses á los demás, quiere despacharlas por sí mismo, trasteándolas y estoqueándolas *secundum artem*.

Para el trasteo ha demostrado superiores y extraordinarias condiciones, según el que ha dado á sus enemigos dentro de casa.

¿Llegará á estoquear con igual acierto y fortuna á los de fuera?

Esa es la cuestión, que quizá se ha propuesto resolver, añadiendo á las lecciones de su propia ciencia y experiencia, las enseñanzas de Valentín Martín.

El acto de M. Carnot no es lo que se figura la gente vulgar (*ce qu'un vain peuple pense*, como dijo el clásico francés). Tiene tanta trascendencia, que de fijo á estas horas está dando que hacer á los alemanes.

No digo yo que Guillermo II haya pedido ya á su embajador en Madrid que le envíe á toda prisa quien le explique el cambio en la cabeza y el volapié neto; pero verán ustedes cómo en la visita que nos ha anunciado el emperador de Alemania, no echa éste en saco roto el ejemplo de Carnot.

Tendremos al augusto tudesco en el apar-

tado; y así como desde Atenas ha saludado al pueblo alemán, mientras “contemplaba conmovido las columnas del Partenon”, cuando llegue aquí, telegrafiará á los berlineses, diciéndoles—para que nos enteremos los madrileños—que la mayor emoción de su vida la ha experimentado contemplando “las tapias del corral de la Plaza de Toros.”

Hay que halagar á cada pueblo en sus respectivos afectos y gustos.

Federico III se llevó á Berlín un estoque de *Lagartijo*. Mucho será que el hijo no se nos lleve al maestro en persona.

¿De qué le sirven ya Bismarck ni Moltke?

Noviembre de 1889.





DEL CÍRCULO

Y DE SU CUADRATURA

Muy bonita idea, sí, señor,
muy bonita idea la
de fundar un Círculo
Taurino.

Lo echábamos muy
de menos; y sin dar-
nos cuenta de qué era y en qué consistía lo
que nos hacía falta, sentíamos una vaga
nostalgia, una indefinible congoja, algo así
como la *saudade* del portugués melancólico,
ó la *anyoransa* del catalán romántico, ó
la *morriña* del gallego sentimental...



Por fin, nos hemos curado de estos dolorosos anhelos, que un aficionado á hacer frases llamaría en los actuales momentos el *dengue* del alma, la *grippe* del espíritu, ó acaso el *trancazo* del "yo,, conciliando la Metafísica con la enfermedad de moda.

Apenas se supo que la creación del Círculo Taurino "era un hecho,, nos sentimos felices todos los aficionados, y hasta el que se hallaba con más tendencias á adoptar el siniestro y tétrico pesimismo de Hartmann, se muestra más optimista que el propio Pangloss y se pasa el día tarareando el *Tout à la joie* de Fahrbach.

¿Qué hubiera sido de "la afición,, sin el Círculo Taurino?

Nunca tan oportunas como en la ocasión presente las consabidas frases de "viene á llenar un vacío,, "viene á satisfacer una necesidad,, etc., etc.; así por lo que toca á los toreros como por lo que importa á los aficionados.

Éstos, al paso que lleva el toreo moderno, acabarán por no poner los pies en la Plaza de Toros, y necesitan un sitio en donde refrescar las gratas impresiones de antaño y llorar las desdichas de hogaño.

Aquéllos harán lo que hacen los revolucionarios de ahora. Los de antes se batían en las calles, y los de hoy se contentan con

hacerse socios de un Casino. Así los toreros, en vez de irse á la cabeza del toro, se contentarán con ir á la cabeza del Círculo Taurino.

Y no pongo *cabecera* en vez de cabeza, porque ignoro si la habrá en el nuevo y deseado centro de recreo.

Supongo que en él no se jugará más que al toro; pero si prevalecieran otras diversiones, el *monte* se llevaría las preferencias de los aficionados, aunque no fuese más que por honrar la memoria del gran Francisco Montes.

El *treinta y cuarenta* también tendría aficionados, y ya se sabe qué color elegirían los frascuelistas... ¡El negro!

No por eso quedaría sin partidarios el *encarnado*, que, al fin y al cabo, éste es el color del engaño, y lo mismo acuden á él los hombres que las bestias.

Pues ¿y el *baccarrá*?

El *baccarrá* sería el juego predilecto de los matadores. ¡Pobre banquero, si apuntaba *Lagartijo*! ¡Los *pases* que daría!...

En cambio, ¡pobres puntos, si tallaba *Frascuelo*! ¡Un diestro que *abate* con tanta prontitud!...

A los ganaderos no se les dejaría tallar ni apuntar. Solamente se les permitiría hacer *vacas*,

Los puntilleros ni siquiera podrían penetrar en el salón. Son muy peligrosos. ¿Quién no recuerda haberles visto en la Plaza *levantando muertos*?

Por lo que hace á otras clases de juegos,



todo socio que jugara al ajedrez ó á las damas, recibiría *ipso facto* la patente de "maleta".

¿Por qué?

Pues por permanecer arrimado á los tableros.

El noble juego del billar proporcionaría

buenas contratas al varilarguero que se luciera *picando* las bolas.

¡Y eso que las bolas recordarían las de los embolados y humillarían un tantico el amor propio de los socios!

En el tresillo sería constantemente "palo de favor,, el de espadas.

El tute se les prohibiría á los contratistas de caballos, porque siempre tendrían tute de ellos.

Y el mus, por análogas razones, se les prohibiría á los buenos banderilleros. Si se les dejaba, ganarían siempre con los *pares*.

Pero no anticipemos los acontecimientos ni las suposiciones, sin saber á ciencia cierta si se jugará ó no á algo más que al toro en el Círculo Taurino.

¿No es más probable que, en vez de ese carácter frívolo y quizás nocivo, tenga marcados tonos de cultura é ilustración?

Allí se suavizarán muchas asperezas y se redondearán muchas angulosidades.

Se aprenderán muchas cosas útiles, y el que menos pondrá cátedra de limar pitones.

Allí fraternizará el picador con el abona-



do, y luego en la Plaza, cuando éste le suelte un *¡so tumbón!*, aquél sabrá responder con un *¡so morral!*

En fin, que todos seremos unos, y no *hunos*, como somos ahora que estamos sumidos en la barbarie y el atraso.

Signo de redención y de progreso es la creación del Círculo Taurino, por más que algunos retrógrados afirmen que lo verdaderamente taurino, y sobre todo lo verdaderamente circular, es el redondel.

Hasta aquí se trataban, comunicaban y conocían los toreros, empresarios, ganaderos y aficionados por medio de un intermediario: el toro.

Ahora se conocerán, comunicarán, tratarán mejor sin necesidad del intermediario "en cuestión", y siempre es un adelanto—que nos pone en camino de llegar al maravilloso descubrimiento de poder vivir sin comer—esto de poder saborear á diario

un plato de ternera... sin ternera.

Pero el problema que por fas ó nefas viene á quedar definitivamente resuelto, es otro, y tan importante, que hará imperecedera en la Historia la fecha de 1889.

Meter la tauromaquia entre cuatro paredes, es un empeño tan arduo, que si los or-

ganizadores del Círculo Taurino salen bien de él, como espero, podrán darse tono de haber resuelto satisfactoriamente la cuadratura del Círculo.

¿Que salen mal de la generosa empresa, y el Círculo acaba por falta de socios?

Pues también será un hecho la cuadratura del Círculo desde el momento en que el Círculo quede en cuadro.

O sea cuadrado para la muerte.

Diciembre de 1889.





TOREO INTERNACIONAL

Sr. D. Felipe Pérez,

en la Redacción de «Los Madriles.»

QUERIDO Felipe: Tu españolismo te ciega, y si no fuera porque estamos al quite Labra en Madrid, Latino Coelho en Lisboa y yo en *Entroncamento*, habrías agravado á estas horas el conflicto anglo-portugués con una complicación hispano-lusitana; y ¿qué

buen español ni qué buen portugués no maldeciría tu nombre?

Sí, Felipe; has estado á dos dedos de ser tan funesto para España y Portugal como lo fueron tus tocayos Felipe II y Felipe IV, aquél, por su despotismo, y éste, por su desidia.

Estábamos á partir un piñón *os lusos e os hespanhoes*, y por poco volvemos á tirarnos los trastos á la cabeza. Estos "trastos", Felipe, son los que me cedías en tu *Crónica* del número anterior de *Los Madriles*.

Refiriéndote á la entrada del duque de Veragua en el Ministerio sagastino, decías:

"Hay quien cree que su entrada en el Gobierno tiene alguna relación con el conflicto anglo-portugués.

„Los portugueses, ante la perspectiva de una acometida de *John Bull*, que, por si ustedes no lo saben—que sí lo sabrán—significa *Juan Toro*, han dirigido sus miradas á España, patria de *Lagartijo*, de *Frascuello* y de *Guerrita*.

„¿Hay nada más natural que Sagasta, en previsión de futuras contingencias y posibles cuestiones con *Juan Toro*, dé entrada en el Ministerio á un ganadero tan inteligente como el señor duque de Veragua?

„Dejo este asunto, para que pueda tras-

tearlo con su gracia extraordinaria, mi querido amigo *Sobaquillo*, si no prefiere *aderezarlo* con su sal y pimienta Mariano de Cávía, sirviéndolo al público en uno de sus sabrosísimos *platos del día*..”

Muchas gracias, ante todo, por esos halagüenos piropos, que vienen á resolver el extraño problema de que sepa á miel (y á miel hiblea) lo que dice un escritor que es todo sal (y sal ática).

Mi inseparable amigo Cávía ha hablado ya en *El Liberal* de la alternativa dada al descendiente del descubridor del Nuevo Mundo por el descendiente de...

(Ignoro quién fué el Colón
que halló el pimientó morrón.)

Pero yo no había metido mi cuarto á ganaderos—porque lo que es “á espadas,” no puede decirse en el presente caso—ni había dicho: *¡Esta muleta es mía!*

Celebro que tu amabilidad me haya proporcionado ocasión de decirlo; y, sobre todo, de decirlo en tu favor.

¿Qué mal genio guió tu pluma cuando escribiste que los portugueses, ante la perspectiva de una acometida de *John Bull* (léase *Juan Toro*), habían dirigido sus mi-

radas á España, patria de *Lagartijo*, de *Frascuelo* y de *Guerrita*?

Solamente pudo inspirarte tal idea

*il dio delle tempeste,
il fiero Adamastor,*



enemigo implacable de los portugueses, según el gran poeta de *Os Lusíadas* y el averiado libretista de la ópera póstuma de Meyerbeer.

¡El pueblo de los grandes rejoneadores, los grandes pegadores y los grandes criadores necesitan de los toreros y ganaderos de por acá!...

Blasphemasti, querido Felipe; y si no rasgo mis vestiduras á estilo antiguo, es porque probablemente no me costearían los portugueses un traje nuevo.

Dos buenos rejones del ilustre *farpalheiro* Tinoco bastarían para escarmentar á John Bull, y aun para dejarlo en disposi-

ción de que lo recogieran las mulillas; porque excuso decirte que, tratándose de lidiar hijos de la rubicunda Albión, los rejoncillos resultarían puestos "en los mismos rubios,,.

Pues ¿y los pegadores?

Este género de toreo, que nosotros hemos desechado ha siglos, y que los portugueses han conservado, previendo sin duda las actuales contingencias, es el más acomodado á las condiciones y gustos de John Bull; y si atendemos á lo bien que se conserva en Portugal, y lo decaído que está el pugilato en Inglaterra, no dejaremos de hallar cierto equilibrio entre las facultades de aquella nación, aunque tan pequeña, y esta otra, aunque tan formidable. ¿Que John Bull es de los toros que *pegan*? Pues, amigo, tampoco los *pegadores* portugueses son mancos.

Y si Portugal intenta "soltar el toro,, á John Bull y echar á reñir entrambas reses, tampoco habrá menester de nuestros veragüeños para nada, teniendo allá unos Palhas que, en cuanto salen al redondel, siembran el espanto y el terror. La res británica es codiciosa y pegajosa; pero la res portuguesa, hasta cuando se defiende, tiene buenas condiciones.

Ahora se ha pegado á los tableros, ne-

gándose á comerciar con Inglaterra, y Salisbury pierde el tiempo... y el percal.

—Yo no atiende—dice el comercio lusitano—más que al percal francés y al catalán.

Convencido ya, querido Felipe, de la verdad que “entrañan,” mis observaciones, podrás argüirme todavía que, sin el auxilio de nuestros toreros, Portugal no puede estoquear á John Bull.

A John Bull no le estoquea nadie. Se tapa y no se deja. Toma el olivo, es decir, se atrinchera en sus islas, y allí no hay quien le meta mano. Felipe II lo intentó, yéndose á la cabeza del toro con la *Invencible*, y ya sabes de qué modo salió de la suerte.

Sí, sí; ¡anda con toreo español á John Bull!... Aquí lo tienes en plena Península, con el hocico y las pezuñas sobre nuestro cuerpo (véase Gibraltar), y sin que haya un *Lagartijo* providencial que nos quite de encima el bicho á punta de capote.

Supones tú que Sagasta habrá dado entrada en el Ministerio al duque de Veragua, ganadero inteligentísimo, en previsión de posibles cuestiones con el tal *Bull*.

Para eso debía haber llamado á don Antonio Miura, que entiende más que el Duque—cuyos toros son claros y noblotes—de reses de cuidado y mala intención.

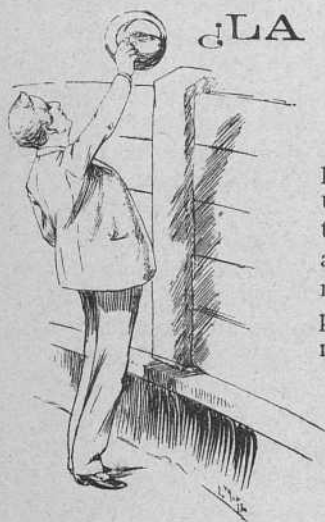
¿No te parece?

Pon el V.º B.º á esta carta; publícala en desagravio á los portugueses, en quienes has supuesto una inferioridad tauromáquica que no existe; y publícala en testimonio de lo mucho que te quiere,

SOBAQUILLO.

Enero de 1890.





¿LA TOMO?

No tengo corazón para arrimarme á un toro como no esté disecado, y aun así, con precauciones; no tengo vista para saber si son tres matadores los que van sobre un empresario, ó si son tres empresarios los que van sobre un burro; no tengo más facultades

que la de Derecho y la de Filosofía y

Letras, y aun éstas malamente, y sin rematar; me pesan la muleta y el estoque más que los malos Gobiernos al país; sé de toreo tanto como cualquiera que no haya bajado en su vida al redondel; mis hechuras toreras son análogas á las de Arderius cuando hacía el papel del barón del Monte en la popularísima zarzuela de Frontaura y Gaztambide; pero todo esto, ¿qué importa, ni qué significa, ni qué vale?

Si ustedes quieren, y encuentran un señor Obispo que me garantice cien días de indulgencia, la tomo.

La tomo, como la han tomado muchos que estaban á mi nivel en punto á coraje, y vista, y facultades, y conocimientos, y hechuras toreras; y en cuanto la haya tomado, ¡vengan ratas!

Porque es lo que va á ocurrir. Ya no hay peligro alguno en tomar la alternativa... Son tantos los que la han tomado, la toman ó la tomarán de un momento á otro, que tendrán que dedicarse á matar ratas, agotadas ya las existencias de reses mayores.

¡Cómo cunde la *alternativomanía* entre la gente de pelo trezado!

Ya no hay *maletas*... Todos son *baules mundos*.

Grandes, medianos y pequeños, nuestros diestros y nuestros aficionados pueden de-

cir á coro, como aquellos *artistoni* de una revista muy en boga hace diez ú once años:

—*Tutti siamo primi!*

Sí; en la vida tauromáquica todos somos primos, comenzando por los espectadores.

Arroyo, ¿en qué ha de parar
tanto crecer y subir
tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar?

Pues parará, con eso y con el diluvio de coletas que está cayendo, en una nueva inundación como la de la leyenda mosaica, que acabará con todo “lo existente,, si no hay un Noé despabilado y listo en cuya arca se salven... un par de toreros de cada especie.

Entretanto, pecho al agua, ¡y á nadar!

Y no á nadar en la cuna de la res, como diz que hacían antaño los jóvenes que tomaban la borla, sino á nadar en las tablas, para demostrar que por algo estamos en los tiempos en que el estudio de la gimnástica es gratuito y obligatorio.

¡La “gran batuda,, de las alternativas!

Cualquiera la toma; cualquiera la da; y en estos dares y tomares, llegaremos á ver algún nuevo hidalgo manchego que salga de su villorrio ansioso de asombrar á Euro-

pa y América, y con la priesa, pida la pescozada y el espaldarazo al primer ventero socarrón con quien tropiece en el camino.
—No me levantaré jamás de donde estoy,



valeroso toreador de viandantes,
hasta que la vuestra cortesía me
otorgue un don que pedirle quiero,
el cual redundará en alabanza vuestra y en
pro del género humano.

Resistirá el ventero; porfiará el hidalgo,
cederá al fin el socarrón, y dará la alter-
nativa al maniático en el propio corral de

la posada; se toreará el novel diestro un cuarto de cabrito en compañía de la *Moliner*a y la *Tolosa*; nombrará por apoderado á cualquier Sancho Panza; y á los siete días, aparecerá su nombre en los carteles de la Plaza de Toros de Madrid.

Y no en carteles así como se quiera, sino en carteles de corrida de abono, para que el aficionado clásico y consecuente, castizo y constante, tome también alguna parte en la "tomadura,, y no salga de la Plaza diciendo el monótono: *Sin novedad.*

Por supuesto, que todas estas novedades maldita la novedad que ofrecen.

Cada alternativa se parece á otra alternativa, como una gota de agua se asemeja á otra gota de agua. Y uso este símil acuático, porque son como el agua, efectivamen-



te, las alternativas de ahora. No tienen olor, color ni sabor.

La inmensa facilidad que ofrece para todas las cosas de la vida el progreso moderno, ha alcanzado también á la tauromaquia; y del propio modo que ahora vemos realizarse en montón y al minuto infinidad de cosas que antiguamente exigían muchísimo trabajo, y muchísimos más *muchísimos*, vemos dar y tomar alternativas al minuto y en montón.

Se fabrican ya al vapor, como los buñuelos y las patatas fritas, y no tardará en llegar el día en que se den á la puerta del Bazar de la Unión, como el jabón barato y los abanicos japoneses.

Se hace cualquiera doctor en Tauromaquia con la misma facilidad que tuvo la Universidad de Valencia para hacer doctor en ambos Derechos al duque de la Victoria.

Aquello asombró en su tiempo. Ahora no se asombraría nadie si se anunciara mi "investidura," para la próxima corrida.

Conque, ¿la tomo?

Bien mirado, no merece la pena de tomarla. Dentro de poco, lo extraordinario, lo meritorio, lo distinguido, lo *chic*, consistirá en no tenerla, como acontece con las cruces de Isabel la Católica y con los honores de jefe superior de administración civil.

Durante algún tiempo ha estado de moda el lema: *Menos doctores y más industriales*. Ahora hay quien dice que ya sobran industriales y faltan doctores.

En el toreo hay exceso de una cosa y otra. Todos se meten á doctores é industriales á la vez, resolviendo el problema que tanto daba que hacer á don Modesto Fernández y González.

Tenemos peste de *doctores... de industria*.

Mayo de 1890.





BODAS DE PLATA

El terminillo éste se ha puesto de moda (por algo es extranjero), y lo mismo se aplica en su recto sentido que en el puramente figurado.

Así se llamó *bodas de plata* al vigésimo quinto aniversario de la entrada de Bismarck en el poder, cuando es

harto sabido que el ex canciller de Alemania jamás se casó con nadie; y así se llamó *bodas de oro* al quincuagésimo aniversario



sacerdotal de León XIII, cuando es harto dudosa la relación que puede existir entre el sagrado ministerio del Papa y las funciones conyugales.

Así también, puesto que este año hará veinticinco que tomó la alternativa Rafael Molina, podemos hablar de las *bodas de plata* de *Lagartijo*.

¿Qué digo hablar?

Celebrarlas es lo que debemos hacer, y con toda la solemnidad que requiere el caso.

Ahora que todas las ciudades, villas, pueblos y lugares andan buscando y rebuscando fechas que conmemorar y celebridades á quienes festejar, como pretexto para atraer forasteros, ¿por qué no aprovecha Córdoba la ocasión?

Y esta ocasión no es calva. Tiene una magnífica coleta, á la cual debe agarrarse Córdoba, como Granada se agarró hace poco á la romántica melena de D. José Zorrilla.

La ciudad de los califas no hace nada por salir del marasmo en que está sumida y dejar de dar pretexto á sus enemigos para que repitan aquella coplilla que solía cantar Arderíus:

Si Córdoba fué sultana,
ya hace tiempo que lo fué;
hoy no es más que una gitana
desgreñadita y fané.

¡Un jubileo lagartijista! ¡Ahí es una friolera! Si se deciden los cordobeses á celebrarlo, y no está allí media España para el 15 de Octubre próximo, me dejo cortar lo que ustedes digan.

No me atrevería á ofrecer tanto, si las fiestas fueran en honor de Séneca ó de Lucano, ó de los Abderrhmanes, ó del Gran Capitán, ó de D. Luis de Góngora; pero tratándose del que reúne en su persona (¡atiza, manco!) los timbres y blasones de aquellos personajes, todos los pronósticos resultarían pálidos al lado de la realidad.

Venga la realidad, pues, y no se achiquen los cordobeses por no tener nada pensado, que aquí estoy yo para darles un programa *dislocante*, como se dice ahora.

¡Me río yo de las fiestas de Mayo en Madrid!

Por de pronto, y para hacer boca, ciertamente poético.

Sin certamen poético, no hay fiestas completas en nuestra poética España.

Con un estoque de honor al autor de la mejor *Oda al toro Barrigón* (que así se llamaba el primer toro muerto por Rafael en la Plaza de Madrid al tomar la alternativa); con otro premio, consistente en una muleta, al autor del mejor romance descriptivo de *Los pases de molinete*; y dando, por úl-

timo, la puntilla al que presente el mejor soneto sobre el asunto *Lagartijo tirando la montera*, creó que habría base suficiente para el certamen.

Además de éste, podría el Ateneo de Córdoba (porque en Córdoba hay Ateneo) con-



vocar otro concurso para premiar las tres siguientes memorias:

1.^a Una memoria histórica, titulada *Paralelo entre la dinastía de los Abderrhmanes y la de los Rafeles*;

2.^a Una memoria técnica, denominada *Vindicación del paso atrás y defensa del tranquilo*;

Y 3.^a Una memoria médica acerca de los remedios más eficaces para aliviar á los

biliosos que no puedan ver con calma la llegada de Rafael á estas *Bodas de plata*.

Tratándose de festejos esencialmente taurinos, las corridas de toros tendrían excepcional importancia.

Sin perjuicio de ampliar esta parte del programa—que bien merece capítulo separado—me permito indicar, siguiendo la moda que ahora priva en toda clase de diversiones, una *gran corrida de blanco y negro*.

Las cuadrillas vestirían de blanco con alamares negros.

Los toros serían berrendos en negro, y se procuraría sacar uno ensabanado para picarlo con caballos negros y no ponerle más que banderillas negras, y otro negro zaino para picarlo con caballos blancos y prenderle solamente banderillas blancas.

A fin de que también la divisa fuese blanca y negra, los toros serían de D. Rafael Laffite y Laffite, y con objeto de que todos los detalles correspondieran al conjunto, los monos sabios serían... negros vestidos de blanco.

Por supuesto, que además de los certá-





menes y corridas de toros, formarían parte del programa la inevitable procesión cívica y la imprescindible *Exposición Lagartijista*; y eso que, en lo tocante á esta última, los adversarios de *Lagartijo* no dejarían de argüirme en contra de su oportunidad, porque el toreo del maestro no

es precisamente lo que se llama un *toreo de exposición*.

Pero, en fin, si la hay (con E mayúscula), bastará para llevar á la Meca del toreo fieles sin cuento, el solo atractivo de ver reunido todo lo referente á la vida torera de Rafael: retratos, caricaturas, moñas, regalos, estoques, trajes, carteles, cabezas de toro, etc., etc.

La procesión podrá dar lugar á un verdadero derroche de inventiva é ingenio, aunque desde luego confieso que adolecerá del defecto que se advierte en todas las solem-



nidades de carácter taurino... De exceso de pendones.

Así como para las fiestas de Mayo en Madrid se prepara la jira campestre que llevará el nombre de *Florida* (á estilo de lo que en Roma lleva el nombre de *Cervara*), en Córdoba se podrá disponer otra en la dehesa en donde tiene Rafael sus toros.

Estos tomarán parte en la *juerga*, y los habrá "enseñados," para los forasteros.

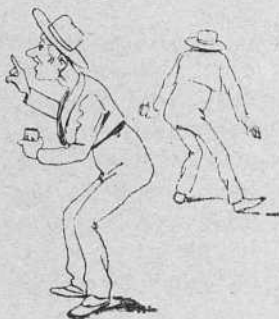
De iluminaciones, no hay que hablar. Toda la ciudad se alumbrará... con vino de Montilla.

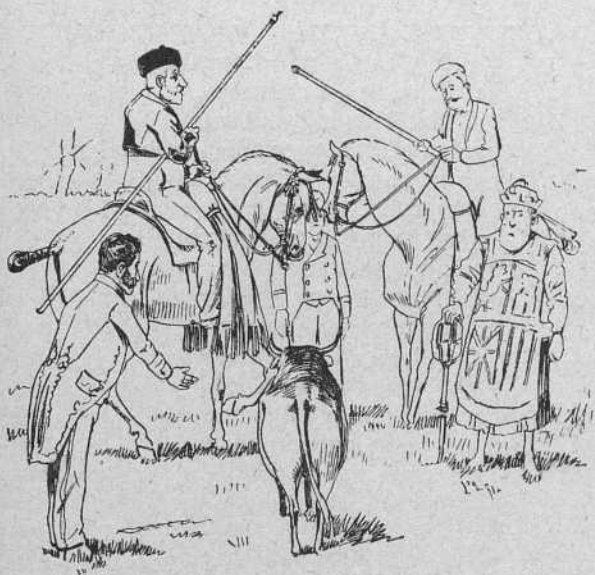
La única clase de festejos que no entra en mi programa es la de los fuegos artificiales. ¡Sería ofender á Rafael en clase de criador de reses bravas! Peor que nombrar la sogá en casa del ahorcado es nombrar la pólvora en casa del ganadero.

El asunto se presta á que se luzcan, desarrollándolo, imaginaciones más fecundas que la mía; pero como boceto de un programa, basta el presente.

¿Hace?

Mayo de 1890.





FUNCIÓN DE DESAGRAVIOS

El buen duque de Veragua,
á fin de desagraviar
al Congreso, y conjurar
el complot que allí se fragua,
tiene en planta un pensamiento,
con el cual los diputados

que hoy están más disgustados
van á bailar de contento.

Cedan en sus iras locas
contra el Duque, y dénme albricias
por mis noticias. ¡Noticias
como éstas, se dan muy pocas!

Que no me lo martiricen;
que no me lo *cristineen*;
que no me lo *cerralbeen*;
que no me lo *canovicen*...

Que lo perdonen, en suma,
y al olvido den su olvido;
remedio pondrá él cumplido
á ese *lapsus* que le abruma.

“Ya que no les invité
(dice) á la inauguración
de la actual Exposición,
mejor fiesta les daré.

„Mucho mejor, voto á tal,
porque ahí está Mazzantini
que dirá si no es infini-
tamente más nacional.

„Esta invitación atenta
pienso hacer al Parlamento:
El ministro de Fomento
da á las Cortes una tiente.

„¡Qué envidia todo el país
tendrá á sus representantes!...
¡Siento no haberla dado antes,
que estaba aquí Pepe Luis!

„Garrochista colosal
es el tal; como él no hay otro;
lo mismo derriba un potro,
que una res, que un General.

„Pero, en fin, á falta de él,
otros habr.á que se luzcan
y en la dehesa se conduzcan
igual que en el redondel.

„Porque para estos deportes
y estas taurómacas artes,
más que el ruedo de otras partes
sirve el ruedo de las Cortes.

„¡Hay allí cada torero!
Ya le he dicho á *Lagartijo*:
—Mucho toreas; pero, hijo,
más nos torea Romero.

„¿Le invitaré? ¡Bien querría
de Romero libertarme!
¡Ese hombre va á resabiarme
toda la ganadería!

„¿Y Martos? Se me figura
que á todos debo llevar;
pero ¡Martos!... ¡Invitar
á la propia *jettatura*!

„¡Bah! De todos ellos ¿quién
no ha sufrido revolcones?
Fuera de las contusiones,
estará aquello muy bien.

„Las Exposiciones son
indudablemente buenas;

pero, á ver, estas fáenas
¿no traen más... exposición?

„Estas son netas y puras;
sin “mandanga,” y con verdad...

¡Yo estoy por la realidad!

¡Déjenme á mí de pinturas!

„¡Al toro, y viva mi tierra!

¡Ante todo, lo patriótico!

Lo extranjero y lo estrambótico...
que lo organice Becerra.

„¡Becerra! ¿Estará conforme?
Claro; con amores mil.

Si la fiesta es becerril,
hasta vendrá de uniforme.

„Mi proyecto es excelente.

¡Qué idea tan pistonuda!

¡Soy mucho Duque!... Una duda
se me ocurre solamente.

„El cuerpo parlamentario,
¿preferirá un herradero?

¡Mas no! Dice el *Regatero*
que eso ya lo ve á diario..”

Así piensa el de Veragua
desagraviar y halagar
al Congreso, y conjurar
el complot que allí se fragua.

Den al olvido su olvido,
y nadie se indigne, en suma,
por el *lapsus* que hoy abruma
á un prócer tan distinguido,

que no trae más intereses
ni se aviene á más empresas,
que cuidar de sus dehesas
y vender caras sus reses.

Mayo de 1890.







QUÍMICA TAURINA

ARMONICEMOS (sin *h*) la ciencia y la fe.
La falta de la *h*

os dará á conocer que no es, señora,
el padre Mir á quien aludo agora.

La fe de nuestros mayores y la ciencia de
nuestros menores, ó viceversa, no se armo-
nizan sino cuando se pone por delante la
letra *h*, cuya aspiración—porque supongo
yo que será una *h* aspirada—comunica á

dicha armonía un cierto tono socarrón y malicioso como el del característico ronquido de los hijos de Jaén.

Otra es la fe que acepta ahora la mano amiga que le tiende la ciencia.

Es aquella de quien se dice en las revistas de toros:

“El matador se tiró con fe...”

Y aquí saldrá más de un lector diciendo:

—¡Vaya! Todo ello se reducirá, como si lo viera, á demostrar que *Lagartijo* es el matador que ha conseguido hermanar la ciencia con la fe, y aun la libertad con el orden.

Pues no, señor; ahora no se trata de eso. Se trata de otra cosa.

Quisiera yo saber qué gesto pondrían mis honorables consocios del Ateneo, si en la sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales se levantara un señor expresándose en estos términos:

—Estudiando á fondo, señores, la ciencia de Lavoisier y *Costillares*, de Berzelius y *Pepe Hillo*, de Berthelot y Mazzantini...

Lo que es como se hallaran presentes los doctores Ezquerdo, Simarro y Escuder, se me figura que no tardarían en pedir la palabra, y hasta en proceder de palabra... y obra.

Y sin embargo, harían mal en creer que tenían enfrente á un alienado.

La química y la tauromaquia están hoy estrechamente unidas, gracias á Mazzantini; el cual puede exclamar como el personaje de la comedia *El Anzuelo*:

La facultad de Farmacia
pide mi coronación;
yo digo como Dantón:
¡Audacia, audacia y audacia!

Y como á la audacia suele ir siempre unida la fortuna, he aquí la reseña del feliz suceso logrado por Mazzantini en las corridas en Orán los días 25 y 26 de Mayo último, según la versión de una correspondencia de aquel punto que ha publicado *Le Petit Journal* de París en su número del 29:

“Las corridas del domingo y lunes han sido muy buenas. El célebre torero Mazzantini, con su brillante cuadrilla, hallábase presente; pero sobre la fiesta se cernían oscuros nubarrones... administrativos.

„El ministro, el prefecto y el alcalde habían prohibido formalmente la muerte de los toros, so pena de irrevocable y definitiva clausura de la Plaza. Temíase, además, que se renovara el motín de 14 de Julio último, de que ya se dió cuenta en *Le Petit Journal* (1). La Plaza, por consiguiente,

(1) Y en este tomo, pág. 126.

había sido rodeada por las tropas, y la caballería estaba preparada en los cuarteles.

„A pesar de este aparato militar, y de esta especie de sitio, y de todas las triquiñuelas administrativas, las corridas han tenido gran éxito.

„Mazzantini había prometido simular la muerte del toro



de una manera especialísima, que consiste *en inmovilizar é insensibilizar el animal por medio de una picadura farmacéutica.*

„Ha cumplido, efectivamente, su promesa, y la ficción ha sido completa. El entusiasmo era inmenso.

„Estallaron aclamaciones calurosas y vivas frenéticos... Sombreros, cigarros, sombrillas, abanicos, ropas y hasta zapatos, llovieron sobre la arena; sobre todo, cuando

las mulillas, ricamente enjaezadas, arrastraron el cuerpo *inmovilizado* del toro.”

Lo que no dice la reseña es si el toro, al volver más tarde en sí, preguntó, á estilo de melodrama y de novela sentimental:

—¿En dónde estoy?



Ya ve el lector que no se trata de una broma mía, y que la realidad moderna supera y eclipsa las creaciones de la inventiva más audaz.

Lamento que á la hora de escribir el presente artículo no se halle Mazzantini en Madrid. Le hubiera hecho una *interview*, á estilo de reporter, y sabríamos á qué atenarnos acerca de tan peregrina invención.

Un reputadísimo médico, amigo mío,

nombrado ya en párrafos anteriores, dice que la sustancia de que se ha valido Maz-zantini en su *picadura farmacéutica*, debe de ser el *curare*. Este activísimo veneno, suministrado en cierta dosis, produce la parálisis transitoria de los músculos exteriores, y por consecuencia, la muerte aparente.

Sea de ello lo que quiera, la invención está llamada á causar una verdadera revolución en el toreo... y en la farmacopea.

Habrá que añadir á las asignaturas de Farmacia una de *Quilmica taurina*, y á los toreros no se les dará la alternativa si no acreditan antes haber estado de practicantes en un laboratorio.

Extendiendo á las demás suertes del toreo el procedimiento ideado para la de matar, tendremos:

1.º Capotes impregnados de determinadas sustancias anestésicas, ó lo que fueren, para *parar* á los toros, ó bien embriagarlos, si salen flojos;

2.º Puyas con morfina, que alivien el dolor de las reses;

3.º Banderillas que den por resultado *aplomar* científicamente á los toros, graduando, según fuere menester, la dosis de la mixtura farmacéutica;

4.º Muletas empapadas y empapantes, en el sentido recto del vocablo, y no en el figu-

rado que habíamos empleado hasta ahora, para dejar al toro dispuesto á bien morir con toda *cloroformidad*; y

5.º Estoques de la invención de Mazzantini.

La puntilla se dará á los aficionados que gusten bajar al redondel y se presten á recibirla, para que haya derramamiento auténtico de sangre de verdad, siquiera sea un derramamiento tan leve como el que resulta de un descabello aplicado en regla.

El toreo, en fin, entra en una fase nueva, gracias al consorcio de la ciencia y la fe realizado en Orán, y los hombres del antiguo régimen tenemos que ir pensando en retirarnos.

¿Quién me sustituirá á mí?

El doctor Carracido quizás; acaso el doctor Garagarza; tal vez... ¡el doctor Garrido!

Junio de 1890.





LA COLETA DE FRASCUELO

Es verdad—preguntaba una señora á un aficionado á toros—que al ser arrastrado el último toro muerto por *Frascuélo* se cortará éste la coleta en medio de la plaza?

—Señora, ignoro cómo se verificará el ceremonial; pero tengo noticias del destino que se da al glorioso símbolo de la profesión taurómaca.

—¿Se saca á pública subasta? ¿Se rifa entre los concurrentes á la corrida? ¿Lo llevan al Museo Arqueológico?

—Ninguna de esas tres cosas. Me han dicho que el matador ofrece una comida á sus amigos, y que en cada uno de los platos que sirven á cada comensal, va un pelo de los que forman la inestimable trenza.

—¡Jesús! ¡Qué porquería!

—No es porquería, señora... Se trata, por el contrario, de algo así como una comunión bajo las especies del pelo y la pomada.

—¡Jesús! ¡Qué atrocidad!

Por este estilo (y me quedo corto) son muchos los diálogos que se oyen por ahí y muchas de las variaciones que hacen los *dilettanti* sobre motivos de la retirada de *Frascuelo*.

No se habló más en Atenas cuando se supo que Alcibiades había cortado la cola á su perro; ni lloró más el pueblo de Israel cuando se quedó Sansón sin pelo; ni se alarmó más el imperio visigótico español cuando dejaron al rey Wamba sin coleta...

Con la diferencia, en favor de Salvador Sánchez, de que no son ganas de llamar la atención, como en el caso del famoso ateniense; ni Dálilas engañosas, como en el episodio bíblico; ni conjurados envidiosos, como en la historia de Wamba, los que cortan la trenza al intrépido *Frascuelo*.

Se la corta él mismo, al verse bajo el din-

tel de la traidora puerta (traidora, porque aparece orlada de flores y laureles) que conduce á la decadencia, á la postración, á la inutilidad.

La corrida de hoy constituye un hecho nuevo en la historia de nuestros toreros.

Como la coleta se lleva atrás, es muy difícil verla encanecer.

Frascuelo ha tenido ese acierto, y su retirada es tan hábil y oportuna, que todavía hemos de ver el siguiente tema puesto á discusión en la sección de Historia del Ateneo de Madrid:

“¿Cuál ha sido más importante y trascendental, la retirada de Jenofonte con sus diez mil soldados, ó la de Frascuelo con sus diez mil onzas de oro?”

Porque, eso sí, Salvador se retira bien acompañado. Si buena coleta se corta, buenas peluconas le quedan.

Esta metamorfosis (siempre dentro del orden capilográfico) podría ser asimismo objeto de curiosa disertación; y el que quisiera remontarse á más altas disquisiciones, tendría motivos para hacerlas muy interesantes estudiando á la par el “valor,” personal de *Frascuelo* y los “valores,” que ha adquirido con él.

Carlyle, el gran pensador inglés, ó, mejor dicho, el gran vidente, ha dicho que todavía en nuestros tiempos “el valor es un valor.”

Su célebre “*Valour is still value*,” á nadie puede aplicarse mejor que á *Frascueto*; y si á Salvador no le estorbare el inglés—como de fijo le estorbará—esa frase sería un bonito lema para la caja en donde guarde el valeroso matador su preciada trenza.

¡Trenza que desmiente y echa abajo las leyes fisiológicas, porque los cabellos que la forman no tienen sus raíces en el occipucio, sino en el corazón!

...*Non ha forza il braccio
se dal cor non la prende,*

ha dicho Monti (el poeta italiano, no don Jenaro el astrónomo); y lo propio puede decirse de la coleta de *Frascueto*.

Su importancia viene *dal cor*.

Ténganlo presente los principiantes que ahora empiezan á llevarla, y sepan que antes de dejarse crecer el pelo, hay que dejarse crecer el corazón.

La Escritura lo ha dicho, y no viene mal la cita, ahora que hay presbíteros, como el sochantre de Granada, que se meten á picadores de toros:

“Qui observat ventum, non seminat; et qui considerat nubes, non metet.”

Lo cual, puesto en romance para los profanos, viene á significar que “no se pescan truchas á bragas enjutas.”

Embraguetándose, y ensangrentándose las bragas, ha llegado Salvador Sánchez al apogeo en que hoy le vemos, teniendo á todo Madrid pendiente de su coleta.

Entre el vulgo ha corrido la especie de que un banquero ofrecía por ella diez mil duros.

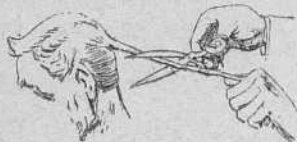
¿Cuántas horas de trabajo representa esa cantidad para un bracero?

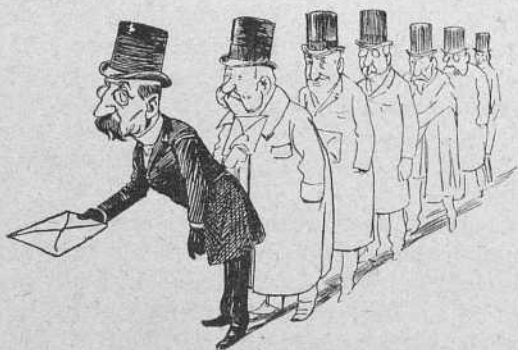
He ahí un capitalista—si la especie es cierta—que sabe lo que se hace.

Con ese rasgo de frascuelismo se gana de un golpe toda la voluntad y simpatías del proletariado.

Del proletariado... frascuelista.

Mayo de 1890.





CONSULTA PÚBLICA

Y a que no pude ayer echar la tarde á toros, la eché á hombres públicos.

Deseoso de conocer la opinión de algunos de ellos acerca de la retirada de *Frascuero*, y persuadido de que á mis deseos responderían justamente la amabilidad de aquéllos y el interés del público, les he consultado uno por uno. A renglón seguido va el resultado de la consulta; siendo de adver-

tir—en descargo de mi probidad profesional—que estoy dispuesto á rectificar todo error de transcripción.

*
* *

Todo es desolación y acabamiento. No puedo ponerme luto por el fin de la vida taurina de *Frascueto*, porque lo llevo ya por el fin del sistema parlamentario. Sin embargo, me he enlutado por dentro... Me he bebido un frasco de *La reina de las tintas*.

ANTONIO MARÍA FABIÉ.

Quid interest recessus Frascuelli? Quod interest Hispaniæ est ingressus meus academicus. Depilatus Salvator, comatus Commeleranis. Aster mortuus novus surgit. Abest adsum.

F. COMMELERÁN.

Humorada.

Si no hubiera tijeras ni barberos
que cortaran la trenza á los toreros,
mucho más duraría
la española y valiente torería.

R. DE CAMPOAMOR.

¡Otro que se marcha! Todos se van antes que yo. ¿Estaré destinado á acabar con toda la humanidad? En tal caso, los aficionados no deben echar de menos á *Frascuélo*. Mato yo mucho más que él.

PRÁXEDES M. SAGASTA.

Ayer Bismarck; hoy *Frascuélo*;
todos se van, menos yo.
¡Tómeme cualquiera el pelo!
Pero ¿cortármelo? ¡No!

TRINITARIO R. CAPDEPÓN.

Yo sé por qué exhalan—aroma las flores;
yo sé por qué vuela—tan alto el condor;
yo sé otras mil cosas—y... ¡no sé los pelos
que había en la trenza—del gran Salvador!

JOSÉ ZORRILLA.

¿Queréis que renuncie á la emisión de billetes del Banco de España? Pues bien, autorizadme para hacer una emisión de pelos de la coleta de *Frascuélo*. Ya sé que la idea es “peliaguda,„; pero tampoco me negaréis que es “salvadora,„

M. EGUILIOR

Siempre he sido lagartijista, y siempre he tenido á Rafael por el único. Sin embargo, convenía que hubiera un *Frascuelo*. El frascuelismo era lo que llamamos en política *la oposición de su majestad*.

F. ROMERO ROBLEDO.

¡Oh tabacos! ¡Oh palmas! ¡Oh alegrías
de los pasados días!
¡Oh pases! ¡Oh estocadas! ¡Oh *Frascuelo!*
¡Oh gloria! ¡Oh trenza! ¡Oh pelo!

G. NÚÑEZ DE ARCE.

Votado ¡ah! el sufragio universal, ¿qué le quedaba que hacer al Alcides del toreo? Retirarse, como yo, á escribir la Historia de España. Y aquí me asalta una duda... ¿Preferirán este otro historiador los editores?

EMILIO CASTELAR.

¡A la Academia con él!

MIGUEL DE ESCALADA.

Al día siguiente de mi célebre artículo sobre la *Lenta, pero continua desaparición de la media luna en la culta Europa*, se

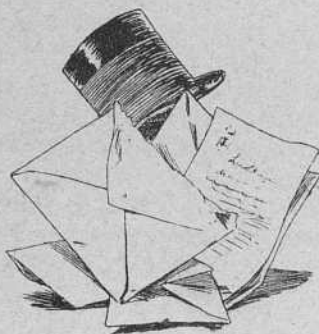
presentó *Frascuelo* en público con una media luna de esmeraldas colgando de la cadena del reloj. ¿Era un homenaje que me tributaba? ¿Era un agravio que me hacía? ¿Apoyaba mi tesis? ¿La desmentía, por el contrario? Ahora que se ha retirado á la vida privada, renunciando á rivalizar conmigo, creo llegada la hora de que los estadistas diluciden y esclarezcan este punto oscuro de la política contemporánea.

EL VIZCONDE DE CAMPO GRANDE.

¡Sépallo España
¡Sépallo Europa!
¡Ya hay uno menos
que me haga sombra!

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Mayo de 1890.





I

Cómo me las compondré cuando, en la *Historia de España contada por Sobaquillo*, llegue á los siglos XVI y XVII, para hablar de nuestros famosos tercios en Flandes?

No acierto á comprender qué "tercios," sean éstos. Allí no pasamos nunca del primer "tercio," de la lidia. Poníamos picas nada más.

Y nótese que, aun sin pasar del primer tercio, nuestros mayores estaban muy por debajo de los actuales varilargueros. Sin duda eran las reses de extraordinaria pujanza, porque ellos no metían el palo dos veces. Se contentaban con poner "una pica," en Flandes.

II

Cuando oigo ó leo algo acerca del lujo en la construcción de las Plazas modernas, digo como el personaje puesto por Pereda en *El sabor de la tierruca* :

—¡*Taddy, pobreza!*

Para lujo, el de la Plaza de Toros de Zaragoza á fines del siglo pasado.

¿Quién ha de figurarse que el que pintó los tablones que separan el tendido del callejón, es decir, la barrera, fué el mismísimo D. Francisco Goya?

A su vuelta de Roma, tuvo uno de sus muchos arranques tauromaníacos, y cogiendo los pinceles, hizo gracioso alarde de su portentosa facilidad en las escenas y episodios del toreo, que trasladó con vibrante y vigoroso color á cada uno de los *panneaux* que hay entre pilastra y pilastra.

Cuando la intemperie empezó á destruir aquella obra genialísima, cuyo valor sería ahora incalculable, una brocha bárbara "pintó," de nuevo la barrera, no sin que se salvaran algunos de aquellos tablones.

Lo sé por quien todavía alcanzó á verlos,

hace muchos años, en manos que después han dejado que se perdiera tal tesoro.

Y recordándolo, digo :

¿Qué valen junto á eso el hierro, y la piedra, y el cristal, y las imitaciones, moriscas ó romanas, de las modernas Plazas de Toros?

Ahí es nada. ¡Una barrera pintada por Goya!

Tanto valdría poner acuarelas de Fortuny en los aros de papel por donde saltan las amazonas de los circos.

III

JERÓNIMO JOSÉ CÁNDIDO



UANDO no por su arrojo y osadía
frente á la brava res, siempre famoso
su nombre, que voló de coso en coso,
en los fastos taurómacos sería;

que él, en pro de la hispana bizarría,
trocó el justillo de ante, nada airoso,
y el calzón montaraz, por el vistoso
traje de seda y rica argentería.

A su invención los lidiadores deben
el lujo y gentileza seductora
que dan festivo aspecto al cruel combate;
pero á tales derroches hoy se atreven,
que Cándido diría:—¡Éstos de ahora
son toreros no más de escaparate!

IV

Hay en España un Obispo (y de los buenos), que lo es por obra y gracia de Manuel Domínguez.

Allá por los años de cincuenta y tantos, era ídolo del público sevillano el intrépido *Desperdicios*.

No todos los aficionados apreciaban de igual manera su mérito. Si eran muchos sus admiradores, también le censuraban algunos. De ahí, bandos enemigos, disputas ruidosas, peloterías, riñas. Hubo navajas tintas en sangre. y es fama que se esgrimieron también armas de más noble linaje y caballeresca historia.

Tales fueron las lucientes hojas de Toledo que cruzaron, á impulsos del ardor juvenil, dos oficiales de un distinguido y brillante cuerpo del ejército.

Íntimos amigos, habían asistido juntos el día antes á la corrida de toros, en compañía de otros camaradas y de las inevitables botellas del rico oloroso.

—¡Te digo que Manuel no ha vaciado al toro ni le ha esperado á pie firme!

—¡Te digo que *Desperdicios* ha recibido en toda regla!

—¡Tú qué sabes!

—¡Tú que entiendes!

Las palabras se agriaron, los ánimos se encendieron, y sin que nadie pudiera impedirlo, sonó un bofetón... El duelo fué irremediable, y el desenlace del duelo fué funestísimo para uno de los dos bravos militares.

El otro, cumplida la dura ley que le había obligado á reñir con un amigo cariñosísimo, sintió tal congoja y pesadumbre, que se apartó del mundo, trocando á poco el seductor uniforme por la austera sotana.

Tan ilustrado como virtuoso, llegó, andando el tiempo, á ceñir el anillo pastoral, y he aquí cómo hay en España un Obispo que debe su mitra y báculo al estoque y muleta de Manuel Domínguez.

V

Anécdota moderna:
Siendo ministro de la Gobernación don Francisco Romero Robledo, estaban una



noche haciéndole la tertulia varios de sus amigos, y entre ellos Rafael Molina.

Se hablaba de toros; y tanto por halagar al Ministro, gran lagartijista, como al maestro, todos se declararon entusiastas de *La-*

gartijo, mezclando con estos elogios agrias censuras á *Frascuero* y su estilo, por creer quizás que así agradaban más al de Córdoba y al de Antequera.

—Vamos, caballeros — dijo D. Mariano Zacarías Cazorro, que se hallaba presente;—no hay que quitar nada á Salvador.

Y en breves frases puso de relieve todos los méritos del intrépido espada.

—¡Choque usted!—exclamó *Lagartijo* levantándose de su asiento y tendiéndole la diestra;—ya veo que aquí no hay más frascuelistas que usted y yo.

VI

Anoche en el Imperial
decía el *Meco* al *Condena*:

—Oye, tú, que sabes tanto:
¿no es verdá que hay una fiera
que llaman *onza*?

—¡Verdál!

—Pus á una fiera como ésa
la recibo yo mejor
que á un toro de Concha-Sierra.

VII

Los procedimientos de mojiganga empleados en las corridas de toros de París han abierto nuevos horizontes á los partidarios de la pena de muerte.

Porque es lo que ellos dicen:

—¿Matan á los hombres en la plaza de la Roquette, y no dejan matar á las bestias en la Plaza de Toros? Si lo que se busca en la pena de muerte es la ejemplaridad, no nos oponemos á que el sentenciado suba al patíbulo, y se le haga creer que va á morir, y ponga la cabeza en la guillotina... limitándose el verdugo á “marcar la suerte”.

Me figuro lo que contestaría Alfonso Karr á esas pretensiones, si no le hubiera cortado la coleta la muerte:

— Aplaudo ese novel procedimiento.
Yo lo defenderé con ardimiento...
cuando los criminales
“embolen” previamente sus puñales.

VIII

Meditación:

¿Por qué se ha dado á la *muleta* este nombre?

Porque en cuanto la maneja un matador, sabemos *de qué pie cojea*.

IX

Tuvo un hijo Antonio Recio,
picador de empuje y fama,
y al presentarlo en la iglesia
para que lo bautizaran,
dijo:—Como éste ha de ser,
si la vista no me engaña,
picador como su padre,
¡que lo bauticen con árnica!

X

Disputaban un día Gayarre y *Frascuero*
acerca del canto y el toreo, queriendo cada

cual para su respectivo arte la supremacía, en punto á dificultades y obstáculos que vencer.



—No le des vueltas, concluyó Salvador: el toreo tiene más mérito que el canto.

—Pero ¿por qué?

—Porque antes de trabajar, tú ensayas... ¡y yo, no!

XI

—No hay que hablar de precauciones
donde está Curro Canguelo.

—¿Quién, el matador?

—El mismo

que viste y...

—¿Y calza?

—No es eso.

El mismo que viste, y pierde
los zapatos en el ruedo.

XII

En un examen de segunda enseñanza:

—¿Cuántas clases de sangre hay?

—Sangre roja y sangre blanca; sangre ca-
liente y sangre fría.

—¿Nada más?

—Sangre venosa y sangre arterial.

—¿No hay otra clase de sangre?

—Como no sea la sangre torera...

XIII

MEMORIAS DE UN HORTERA

¿No dicen que es la Pilar
tan fogosa, y que recarga?
Pues ayer vino por gró
y sólo tomó dos varas.

XIV

¡De cuántas antinomias y contradicciones
está lleno el toreo!

El ideal de los diestros consiste en *coger los blandos*; y, sin embargo, su aspiración se cifra en *coger los duros*.

XV

Era domingo de Pascua,
y hacía un tiempo infernal,
y el lunes llovió á torrentes,
y el martes llovió la mar.

Retrasada la apertura
del curso cornamental,
exclamaba *Lagartijo*:
—*¡Jasta Dios da er paso atrás!*

XVI

23 de Agosto.—Hasta las *Nouvelles à la main* de los periódicos parisienses son ahora taurinas.

En *L'Événement* llegado hoy á Madrid, encuentro esto, que dejo en francés, porque así es como tiene gracia:

“Tout s'espagnolise.

Mme. X... à une de ses amies:

— Mon mari revient aujourd'hui, et je tremble qu'il n'ait appris quelque chose!

—Et ça t'effraye?

—Ah! c'est que lui, il n'est pas *embolado!*”

Con ésta serán cuatro las palabras españolas que hayan adquirido carta de naturaleza en los demás idiomas cultos.

Sabido es que las otras tres son *maritornes*, *camarilla* y *pronunciamento*.

XVII

—Me gusta que llueva mucho,
—dijo un torero de invierno,—
porque así *empapo* á los toros,
y así me *mojo* los dedos.

XVIII

En el café Suizo.

Se habla de riquezas artísticas delante de un señor muy ignorante y muy aficionado á toros.

—Lo mejor que hay en Madrid, dice uno, es *La Perla* de Rafael.

Y mi hombre pregunta:

—¿Y cuánto le ha costado esa alhaja á *Lagartijo*?

XIX

Nada conozco que al poëta inspire
tanto como los cuernos.

¿Lo duda alguno? Pues que estudie y mire
nuestros dramas modernos.





ÍNDICE

Páginas

| | |
|--|-----|
| PRÓLOGO.—De pitón á pitón | vii |
| <i>Macheroni alla romana</i> | 1 |
| Lances de honor..... | 13 |
| Carta á un <i>Alguacil</i> ex cronista de <i>El Globo</i> | 19 |
| Ración de lengua..... | 29 |
| Toros mecánicos..... | 39 |
| <i>Lettera á Filippo Filipponi, baritono berrendo in basso</i> | 45 |
| Tañedores y vihuelas | 51 |
| El estanco de los toros | 59 |
| Un nuevo cuerpo facultativo..... | 65 |
| La escuela de tauromaquia y el toreo moderno... .. | 73 |
| <i>Alleluia! Alleluia!</i> | 79 |
| Obras de arte | 87 |
| Sobaquillo: <i>Mis Memorias íntimas</i> | 95 |
| El santoral taurino..... | 103 |
| Carta abierta..... | 109 |

| | |
|--|-----|
| <i>Pour une farce, voilà une jolie farce</i> | 117 |
| Paris-Marsella-Orán | 125 |
| Correo embolado..... | 133 |
| Toros de guerra..... | 139 |
| Se arrancan pitones sin dolor..... | 149 |
| <i>Virtuti et merito</i> | 155 |
| La vida parisiense..... | 163 |
| A enseñarse tocan, ó la <i>toilette</i> á grande orquesta. | 171 |
| ¡Llorad, patriotas!..... | 181 |
| El bigote de Ponciano..... | 187 |
| Galop final | 195 |
| Carnot en el apartado..... | 203 |
| Del círculo y de su cuadratura..... | 209 |
| Toreo internacional..... | 217 |
| ¿La tomo?..... | 225 |
| Bodas de plata..... | 233 |
| Función de desagravios..... | 241 |
| Química taurina..... | 247 |
| La coleta de <i>Frascuero</i> | 255 |
| Consulta pública | 261 |
| Capotazos | 267 |